



# FIDENCIO, EL NIÑO

*J.R.M. Ávila*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CRÓNICAS  
II



LIBROS UANL

# FIDENCIO, EL NIÑO

*Serie: Crónicas II*

*Ediciones de la Hacienda San Pedro*



# FIDENCIO, EL NIÑO

*J.R.M. Ávila*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
MONTERREY, NUEVO LEÓN, MÉXICO, 2026

Primera Edición, julio 2026

ISBN: 978-607-27-2930-8

.....  
Santos Guzmán López

*Rector*

Mario Alberto GarzaCastillo

*Secretario General*

Jaime Arturo Castillo Elizondo

*Secretario Académico*

José Javier Villarreal

*Despacho de la Secretaría de Extensión y Cultura*

Antonio Ramos Revillas

*Director de Editorial Universitaria*

Dinorah Zapata Vázquez

*Coordinadora del Centro de Información de Historia Regional*

*Hacienda San Pedro*

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© J.R.M. Ávila

.....  
Dirección de Editorial Universitaria UANL

Padre Mier 909 Pte. esquina con Vallarta, Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P.  
64000

Teléfono: (81) 8329 4111

e-mail: editorial.uanl@uanl.mx

Página web: editorialuniversitaria.uanl.mx

Esta publicación, en su integridad y los derechos contenidos en ella, está protegida por la Ley Federal de Derecho de Autor y la Ley Federal de Protección a la Propiedad Industrial, por lo que no podrá ser reproducida con fines comerciales sin autorización del editor. Asimismo, queda prohibido cualquier uso de esta publicación, sea total o parcialmente, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, incluyendo, pero no limitado, a la generación y/o publicación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en esta obra y en cualquiera de sus partes, pertenecientes a la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través de la Dependencia Universitaria que corresponde. Las violaciones a estas disposiciones constituyen una infracción en materia de comercio, derechos de autor y un delito.

.....  
Este libro fue evaluado por una comisión dictaminadora por pares externos.

.....  
Impreso en Monterrey, México

Printed in Monterrey, Mexico



FIDENCIO, EL NIÑO



## PRÓLOGO

**E**n el panorama religioso del estado de Nuevo León, destaca una devoción popular endógena que se originó en una pequeña población de la desértica llanura del municipio de Mina: la veneración al Niño Fidencio. La localidad en que surgió esta particular devoción se llama Espinazo, misma que se localiza a más de cien kilómetros al noroeste de Monterrey, en los límites de Nuevo León con el estado de Coahuila. Aunque desde tiempos del porfiriato la comunidad se pudo comunicar por ferrocarril con el resto del país, su apacible vida no experimentó cambios sino hasta que José Fidencio Constantino Síntora comenzó a practicar curaciones en la década de 1920.

Fidencio era originario de Guanajuato, si bien se avecindó en Nuevo León desde muy temprana edad. La afamada actividad taumatúrgica del Niño Fidencio (como era conocido por sus discípulos y devotos) atrajo a multitudes de personas a Espinazo, de todos los estratos sociales, procedentes tanto de varias partes de México como de los Estados Unidos. A principios de 1928, el curandero incluso se llegó a entrevistar con el propio presidente de la república Plutarco Elías Calles, quien había visitado brevemente Espinazo acompañado del gobernador Aarón

Sáenz y del general Juan Andreu Almazán. Lo anterior contribuyó a incrementar la notoriedad del Niño Fidencio, especialmente luego de que empezaran a circular noticias de que el taumaturgo había curado al presidente de un misterioso padecimiento.

Aunque Fidencio falleció en 1938, su legado en la religiosidad popular no se diluyó con el paso del tiempo. Por el contrario, hasta el día de hoy, Espinazo sigue siendo un lugar de peregrinaje y encuentro espiritual para miles de creyentes convencidos de la milagrosa impronta del Niño. No importa que la Iglesia católica nunca haya avalado la pretendida santidad de Fidencio, pues para sus seguidores, el personaje es tan venerable como cualquier otro miembro del santoral católico. En definitiva, el fidencismo forma parte de un importante capítulo en la historia de la piedad popular mexicana, razón por la que dicho fenómeno ha sido ampliamente documentado y estudiado por periodistas, historiadores, sociólogos y antropólogos.

Ahora, la prolífica pluma del escritor Juan Ricardo Martínez Ávila (mejor conocido por su seudónimo J.R.M. Ávila) nos ofrece una fascinante narrativa del ministerio taumatúrgico de Fidencio. No es la primera vez que Ávila colabora con la Universidad Autónoma de Nuevo León para poner a disposición del público la creatividad y la agudeza literaria de su producción. Bajo el sello de la UANL se han publicado sus libros *Relámpagos* que fueron (2016), *La guerra perdida* (2017) y *Maquinaciones* (2018), además de que varios de sus artículos han aparecido en la revista *Reforma Siglo XXI de la Preparatoria No. 3*. Por ello, el Centro de Información de Historia Regional y Hacienda San Pedro, que tengo el honor de coordinar, se congratula de publicar la más reciente aportación que Ávila hace a las letras nuevoleonesas: *Fidencio, el Niño*.

El marco literario de esta obra es la crónica, que de vez en cuando roza los linderos de la novela histórica. Fidencio y sus circunstancias fueron reales, aunque aquí se entremezclan con las reflexiones propias del autor acerca de lo que los personajes de la época pudieron haber hecho, dicho, sentido o pensado respecto a los acontecimientos que les tocó vivir. Es manifiesto, por lo que se advierte a lo largo de la narración, que Ávila está bien familiarizado con documentos de archivo y con notas periodísticas tocantes al Niño Fidencio. En ocasiones incluso remite a los lectores directamente a notas de los diarios *El Porvenir* y *El Universal*. Pero en Fidencio, el Niño, también queda claro cómo muchos de los informes que se contaron en vida sobre Fidencio partían de una gran cantidad de rumores que circulaban entre las multitudes arremolinadas en torno a Espinazo. Testimonios muchas veces contradictorios, pero que alimentaban la fe de miles de personas que tenían en Fidencio un último resquicio de esperanza frente al dolor, la enfermedad y el sufrimiento.

En Fidencio, el Niño, los lectores descubrirán el día a día de un fenómeno social que trascendió los límites del pequeño pueblo de Espinazo para atraer incluso miradas internacionales. Porque más allá del Niño Fidencio, la gente es la gran protagonista de esta narración. No solamente los enfermos que acudían con devoción a Espinazo, sino también los adversarios del Niño: sacerdotes católicos, profesores y médicos. Como bien explica Ávila: “el sacerdote, que no acepta más devoción que la promovida por él; el profesor, que prefiere el saber por encima de cualquier creencia; y el médico, con tan escasa clientela por culpa del curandero”. También desfilan a lo largo del libro reporteros, fotógrafos, políticos, mineros, hacendados, antiguos revolucionarios y curiosos, todos entreverados por el asombro ante el fenómeno fidencista.

Aunque el Niño Fidencio falleció hace casi un siglo, su relevancia se mantiene vigente, en la medida en que la creencia en torno a él y a sus poderes sigue representando una perspectiva esperanzadora para muchos enfermos, dolientes y apesadumbrados. Su figura, en otro tiempo controversial, es hoy indiscutiblemente un símbolo de la religiosidad popular mexicana. En ese sentido, la obra de J.R.M. Ávila es una contribución que se enmarca perfectamente en los objetivos que persigue este Centro de Información de Historia Regional: difundir la historia y la cultura regional del noreste de México. Esperamos que este libro despierte el interés de los lectores en un personaje de honda significación espiritual para miles de devotos que residen en Espinazo, en Mina, en Nuevo León, en México y en Estados Unidos: ***Fidencio, el Niño.***

*Dinorah Zapata Vázquez  
Coordinadora del Centro de Información de  
Historia Regional y Hacienda San Pedro*

## CAPÍTULO I

**E**l primer inconveniente en Irapuato es la tardanza del ferrocarril. Hace mucho que pasó la hora de abordar, pero a Fidencio no le importa. Imagina que le espera un viaje mágico, aunque ya a bordo sabrá que se equivoca, que la magia se desvanece a medida que avanzan, que el sopor anula su entusiasmo. “Si quieres duérmete, porque falta mucho para llegar”, dice quien ha venido en su busca. ¿Qué tal si este hombre se le hace perdedizo y lo abandona?

De Irapuato a Silao pasan casi dos horas. Ahí transbordan. “Acomódate y duerme bien porque este tramo va a ser más largo”. Seis horas exactas para arribar a Aguascalientes. Encuentran gorditas con guisos de chicharrón, carnitas, chorizo, frijoles, papa. Compran de más porque llegarán hasta pasado mañana y no encontrarán comida más adelante.

Casi vencido por el sueño, escucha nombres de estaciones: Pabellón, Rincón de Romos, Guadalupe y Zacatecas, donde se detendrían veinte minutos y por poco se llevan una hora. Siguen Calera, Fresnillo, Matamoros y finalmente Torreón. “¿Ya llegamos?”, dice esperanzado, después de eternas horas de viaje. “Todavía falta. Mañana tomamos otro tren”. Salen a caminar para desentumirse. Se niega a cenar, pero no desprecia dos vasos con agua de limón.

Parten de nuevo después de las ocho de la mañana y Fidencio alcanza en el trayecto una tranquilidad apenas rota por la incertidumbre de la hora de llegada. Se pregunta cómo será el lugar al que arribarán. ¿Al menos como Irapuato? Al instante recuerda las fresas y se le hace agua la boca.

Antes de las cuatro de la tarde, tras detenerse en estaciones desiertas, se escucha un grito: “¡Estación Espinazo!”, y el otro dice: “Ya llegamos”. Sólo ellos bajan. La única persona que los espera es el excoronel villista Enrique López de la Fuente.

\*\*\*

Fidencio deberá mantener pulcra una casa en la que se acumulan polvo y basura desde que la esposa de Don Enrique falleció. Además, ha de limpiar, cocinar, barrer, trapear, lavar y planchar. Nadie sabe si será capaz de hacerlo hasta que lo ven desempeñando esas tareas sin mostrar el menor cansancio, sin quejarse de que son trabajos para una mujer. No falta quien se pregunte si es una muchacha fea disfrazada de muchacho.

Tampoco faltará quien diga que el dueño necesita una mujer hecha y derecha, no tanto para que cubra los trabajos que el recién llegado hace muy bien, ni para que le proporcione sexo, que para eso el coronel no se anda con tiento ante las mujeres que encuentra a su alcance, sino para que atienda al pequeño Ulises. ¿Qué hará Fidencio al respecto?

También de eso se desengañan pronto porque es capaz de cuidar al niño, mantenerlo alimentado, contento, limpio, bien vestido y hasta lleno de cariño. Se sorprenden, sobre todo, cuando el niño lo nombra Mamá y él no se incomoda.

\*\*\*

Las curaciones comenaron por casualidad, Fidencio ve niños y personas mayores rodeando a una gallina entelerida. Le soplan en el pescuezo y en la cabeza, la zarandean para que reaccione y no lo consiguen. Se acerca y les dice: “Déjenme a mí. Yo sé cómo revivirla”. Los demás se apartan sonriendo, pensando que bromea. Sin hacer caso de sus burlas, toma la gallina, la lleva a su casa, la deja en tierra y embroca encima de ella una cubeta de metal.

Quienes lo han seguido se miran intrigados entre sí, ya borradas las sonrisas de sus rostros. Fidencio entra a la casa y sale de inmediato con una cuchara en cada mano. Aporrea la cubeta por mucho tiempo. El ruido llega hasta los corrales y tanto vacas como chivas se repliegan en el fondo, espantadas por la trcalada. Algunos mirones retroceden aturridos, pero él no lo nota.

De repente se detiene, pide silencio que los demás guardan. Sin quitar la cubeta, acerca una oreja a ella y, en cuanto la retira, esgrime de nuevo las cucharas y reanuda el golpeteo. Quienes lo rodean vuelven a las burlas. Le dicen palabras que no escucha ni quiere escuchar, empeñado en aporrear la cubeta. Cuando ven que ni caso les hace, empiezan a dispersarse, pero apenas han caminado unos pasos, la trcalada se detiene y ellos regresan.

Fidencio vuelve a pegar una oreja a la cubeta. No necesita pedir silencio. Todos se encuentran expectantes, aunque incrédulos. Y cuando menos lo esperan, se escuchan un aleteo y un cacareo sin ton ni son. Fidencio levanta la cubeta con cuidado, agarra la gallina y la acaricia hasta tranquilizarla. “¡La revivió!”, dicen casi a coro. Como para comprobarlo, esbozando una sonrisa de satisfacción, suelta a la gallina, que se fuga corriendo. “¡La volvió loca!”, exclama alguien.

La gallina deja de correr y camina sin rumbo hasta que se queda quieta. “¡Se va a morir otra vez!”. No es así. Fidencio le acerca agua y ella bebe. Después le ofrece maíz y sólo pica en él. Se retira y un poco después regresa a comer como si nunca hubiera estado muerta.

Desde entonces, cuando algún animal doméstico se enferma, resulta herido, requiere atención médica o entra en peligro de muerte, Fidencio se encarga de curarlo. ¿Cómo? Nadie sabe. Si le preguntan señala al cielo, dándole el mérito a Dios en que empezó a creer desde sus tiempos de monaguillo.

\*\*\*

Así se la pasa hasta que un peón le dice: “Habías de curarme de este dolor que no me deja ni dormir”. No lo piensa, de inmediato se encarga del hombre y le desaparece el dolor. Es así como se convierte en el médico de Espinazo.

Lleva a cabo las curaciones sin descuidar los quehaceres que desempeña en la casa y sin desatender a Ulises. En poco tiempo se gana el aprecio y el respeto de casi toda la gente de Espinazo. Al menos eso ha cambiado en este lugar. Ya no lo acosan como en los pueblos en que antes vivió. Ya no recibe burlas, ya no hay quien lo maltrate por cualquier pretexto. Nadie se burla de su figura, ni de su apariencia lenta y afeminada.

Hasta el trabajo toma a juego, a la ligera, jamás de mal modo, pero siempre es eficaz, por lo que no hay quien se queje de él. Los animales no cuentan, porque no pueden expresarle su gratitud, pero los enfermos agradecen cuanto hace para regresarles la salud o esfumarles un dolor, para integrarlos a la tan apreciada nadería de la vida normal. Gozan ahora viviendo sin sobresaltos, sin temor a una muerte que se vislumbraba como única opción.

Muchos habitantes de Espinazo y los alrededores lo han visto aliviar cólicos tercios con hierbas hervidas en simple agua; han atestiguado que, con apenas punzar abultamientos bajo la piel, expulsa pues acumuladas por meses o años; lo han visto hacer curaciones que ni un médico se atrevería a practicar.

Lo que más sorprende es la tranquilidad que muestra mientras lleva a cabo esas pequeñas pero riesgosas operaciones. Se encarga de una herida como si se tratara de exprimir una espinilla infectada, como si pelara una naranja o como si remendara ropa, sin que las manos le tiemblen, sin asquearse de lo que ve, huele o toca, sin alterarse ante lamentos o alaridos.

¿Cómo no impresionarse ante eso? ¿Cómo no dejar de lado la apariencia de este muchacho que cualquiera juzgaría blandengue o ingenuo, y cuyos modos rayan en lo afeminado? ¿Cómo no respetarlo, aunque parezca lerdo y en ocasiones alucinado? Se gana el respeto sin necesidad de tener a su lado al excoronel villista para que lo proteja.

Jamás ha tenido contacto carnal con mujeres. Esto, aunado a su rostro lampiño y a su voz aguda, sería suficiente para que se le tildara de maricón o joto, como sucedía en lugares que dejó lejos, en el pasado. Lo más que hace la gente es endosarle el sobrenombre de Niño, y no en son de burla, ni por respeto, sino en señal de sumisión. De ahora en más, se le conoce como Niño Fidencio.

\*\*\*

Aunque el trabajo en casa no crece, la cantidad de gente que se acerca a Fidencio en busca de salud, sí. Curar no es problema para él. Los habitantes de Espinazo apenas pasan de cien y no todos se accidentan o padecen enfermedades. Pero agregar gente de los alrededores al menos triplica el trabajo de doctor que se le ha adjudicado.

Al principio, a su amo-papá le cae en gracia ver su seriedad y la credulidad que la gente muestra ante sus curaciones. Sin embargo, cuando nota la creciente clientela le advierte: “Mientras cumplas con tus obligaciones, puedes hacer y deshacer, curar o dejar morir a esos cristianos”, señala hacia afuera con el pulgar, “pero si me descuidas la casa, aunque sea tantito, o me desatiendes a Ulises, porque te las vas a ver conmigo”. Fidencio lo entiende y así queda convenido. No se habla de cobrar, no se piensa en negociar con los males de los enfermos que con tanta esperanza se acercan.

Cuando una curación impide que Fidencio atienda los deberes de la casa, apenas entra con la ropa manchada de sangre e inmundicias, lo aborda el excoronel: “¿Qué comió Ulises?”. “No sé, papá”, dice Fidencio bajando la mirada. “¿Y por qué no sabes, si es tu obligación?”. “Es que un enfermito estaba...”. Un golpe en el rostro deja mudo al curandero. “La próxima vez que pase esto, te me largas. ¿Entendido?”. “Sí, papá. No va a volver a pasar”. Ulises observa desde la puerta con ojos de susto, pero nada se atreve a decir.

Desde entonces, Fidencio se levanta temprano para tener ropa, comida y limpieza listas antes de atender a personas necesitadas de médico y desamparadas de riquezas.

\*\*\*

Contra su voluntad le llenan de gallinas el corral, le acarrearán maíz, frijol o lo que tienen a la mano. A él no le gusta. Los regaña con una vocecita que a nadie atemoriza. Ellos hacen como que acatan, pero terminan amontonando lo que pueden frente a la casa. Al día siguiente, cuando descubre bolsas, bultos o animales de corral, pide a los familiares de los enfermos que tomen cuanto necesiten para que coman mientras esperan curación.

No se hacen de rogar. De inmediato encienden fogatas y asan gallinas. Obedeciendo a Fidencio lo hacen en orden y evitan dejar sucios los alrededores. ¿Qué más pueden pedir? Vienen por salud y hasta bien comidos regresan. Lo que traen ni lo tocan, lo dejan a cambio de las curaciones. Ya lo aprovecharán otros.

Hasta que un día sale el excoronel muy enojado y recibe a los que vienen por curación y a quienes los acompañan. De manera hosca, pero sin malas palabras ni malos modos, les pide que se vayan, que Fidencio ya no vive ahí, que no vuelvan más. Le preguntan dónde encontrarlo y les dice que no sabe, que él no es su pil mama. La gente no tiene más remedio que desalojar los alrededores de la casa.

Nadie se explica el porqué de su desaparición. Mientras se retiran, observan la casa limpia, ven que Ulises viste bien y oyen que le pregunta a su papá: “¿Y Mamá?”, el hombre no le responde, simplemente entra a la casa casi arrastrándolo. “¿Habrá descuidado sus quehaceres?”, dice alguien. “¿No le daría de comer a Ulises?”, dice otro. “¿Se le olvidaría lavar o planchar?”. Nadie se explica la ausencia.

Alguien dice que no hubo discusiones ni golpes y que, aunque el dueño de la casa es de carácter fuerte, como todos los militares que anduvieron con Pancho Villa, no se atrevería a hacerle algo, porque lo quiere como a un hijo y Fidencio hasta le dice papá.

Hay quien asegura que hace tiempo el excoronel se enojó tanto por un descuido del muchacho, que sacó la pistola para amenazarlo. La levantó al cielo diciéndole: “Ahora sí te voy a matar, hijo de quién sabe cuántas”, y cuando quiso apuntarle, se le quedó la mano en el aire y no la pudo bajar hasta que el Niño le agarró el brazo y lo desarmó. Agrega que puede haber sido por miedo que lo corrió.

Varias personas que estaban desde ayer, dicen que oyeron un “¡Lárgate!”, y presenciaron la salida de Fidencio con la cabeza gacha, encorvado y llorando en silencio, volteando a cada momento, con la esperanza de que el otro lo llamara y le dijera que lo perdonaba, pero no sucedió. Callan, caminan, se alejan afligidos, sin saber dónde buscar su última esperanza.

\*\*\*

Le gusta sentarse bajo la sombra de este pirul que no se parece a la de ningún árbol de cuantos ha conocido. Llega llorando, desconsolado, sabiéndose huérfano de por vida. La camisa empapada de un llanto que parece que nunca terminará. Se pasa horas así, hasta que el sufrimiento lo derrumba y resbala su espalda en el tronco del árbol.

Llora como nunca lo había hecho, más que nadie en esta tierra, más que un enfermo que llega con el dolor encajado como daga que él se encarga de retirarle del cuerpo. Pero a Fidencio no hay quien le saque esta daga de dolor que atraviesa su vida. ¿Cómo no llorar si ni Dios sería capaz de aliviarlo, de arreglar lo que está mal en su vida? Ni Dios, siendo Dios, podría resucitarle a sus muertos, regresarle a sus seres queridos, desaparecer las cicatrices que tiene por dentro de tanto maltrato.

Se siente perdido, llora por su papá y su mamá reales, llora por el aborrecimiento que al final le ha mostrado su amo-papá, llora porque sabe que Ulises ya no tendrá mamá y no es bueno que un niño pierda tan pronto a dos mamás, llora por el abandono en que ahora caerá la casa que cuidaba.

Se detiene a cuestionar de qué sirve ser bueno y trabajador, ayudar a la gente y ponerla contenta, si a él nada más le toca el maltrato, el abandono, la desgracia.

¿Podría ser feliz alguien que pierde al padre, a la madre, a los hermanos, a hijos como Ulises? ¿Cómo soportar con una sonrisa el hecho de que nadie en la vida lo quiera ni lo haya querido?

Si lo procuran es para encontrar alivio, para que trabaje por ellos, no porque lo quieran. Nadie es capaz de darle un abrazo amoroso. Si lo hacen es por agradecimiento, pero no por amor. Está visto que su amo-papá, no lo quiere. Lo que a él le interesa es la casa, que trabajen por él y para él. ¿Cómo es que ahora lo ha corrido sin darle un quinto para que al menos alcance a regresar a su tierra? Pero, ¿acaso alguna vez hablaron de dinero a cambio del trabajo?

Escucha una voz. No intenta consolarlo. No le interesan el sufrimiento, el abandono, los maltratos que Fidencio ha recibido. La voz se escucha tranquila al decirle que ya no llore, que será médico de médicos, que curará las enfermedades que nadie más cura, que lo hará con hierbas que ha de señalarle.

Y como si sólo eso necesitara para consolarse, respira hondo y empieza a ser el Niño Fidencio que la gente necesita.



## CAPÍTULO 2

**E**l tren se detiene en Espinazo por más tiempo del que acostumbra. Nadie se explica el porqué de la demora. Como nada hay por hacer mientras se espera el alivio, los acompañantes de los enfermos se apiñan para enterarse de lo que sucede. Al parecer, los pasajeros que debían bajar, ya lo han hecho. Sin embargo, hay trajín adentro del tren.

¿Ha muerto alguien? ¿Esperan a que llegue alguna autoridad a dar fe? Todo se va en especulaciones hasta que alguien dice: “Es un gordo con el que están batallando, porque apenas lo pueden mover”. “Que es un gordo que está inválido”. “Que es un gordo que traen en una camilla y no pueden bajarlo ni entre seis hombres”. “Que es un gordo y pesa más porque viene dormido y no lo pueden despertar”. El rumor cunde, se tergiversa y provoca más incertidumbre todavía.

Finalmente aparece un hombre obeso, aunque no tanto como el rumor se ha empeñado en hacer creer. Ni va en camilla ni dormido ni es inválido. Se ha incorporado con dificultad para bajar y acomodarse en una silla de ruedas. Apenas la echan a rodar, un silbato se deja oír y se reanuda el viaje del tren. ¿Qué sucede con este hombre? ¿Cómo es que se queja tanto si no se ve grave?

Ante el revuelo, los enfermos que esperan desde hace días

le ceden el lugar, pues suponen que lo de ellos es un dolor de nada, sin importancia. Fidencio lo conduce a su humilde consultorio y quienes esperan se ven ávidos de saber cuál es la dolencia del recién llegado. Lo que más asombra es que la quejumbre del hombre se silencia apenas queda a solas con el curandero. “¡Qué tan bueno para curar no será Fidencito!”, dice alguien, mientras los ojos contentos se ven unos a otros, con esperanza creciente.

Una de las ayudantes entra con una vasija llena de agua y al salir le preguntan de qué está enfermo el hombre. “De váríz”, dice, y nada más agrega. Se miran extrañados. Debe ser una enfermedad de ciudad. “¿Y eso qué es?”, dice un niño. “Es cuando las venas se hinchan. Dicen que duelen mucho porque la sangre como que se cuaja y no se mueve. Por eso el hombre casi llora”. “Mi abuela murió de eso. Dizque es enfermedad de mujeres, sobre todo cuando están embarazadas”. “No, si uno se la pasa de pie, sea mujer u hombre, le da. Y siempre se carga en las piernas y en los pies”.

Tras hora y media, sale Fidencio y sigue atendiendo enfermos. Así se la pasa hasta el oscurecer, en que regresa a su consultorio. La gente se dispersa para cenar según sus posibilidades y a dormir tratando de no escuchar cómo se agravan los enfermos y se retuercen en quejidos y llanto en la oscuridad. Entre los pocos que no pasan mala noche se encuentra el varicoso. Dos días después, radiante, aborda por su propio pie el tren, que se detiene justo el tiempo que acostumbra. Quedan sólo rumores: que el hombre tenía várices desde niño, que había consultado con los doctores de México sin buenos resultados, que ni siquiera en Nueva York le habían hallado remedio. “¡Qué tan bueno para curar no será Fidencito!”, dice el eco.

\*\*\*

Llegan enfermos a quienes nadie se atreve a ver, tocar o auscultar. No por miedo a contagiarse, ni por asco, ni porque vienen boqueando o al borde de la muerte. Es por miedo a empeorar la situación del paciente. ¿De qué sirve obrar una curación si en lugar de mejorarlo se le manda a la tumba? ¿Cómo va a arriesgar un médico así su reputación?

Por más preparado que esté un médico, no intenta apaciguarlos con palabras de esperanza. Al contrario, emite su diagnóstico casi como una sentencia, sin ponerse por un momento en el lugar de estos enfermos. Sus frases de desahucio son contundentes. Matan más que la mismísima enfermedad: “Es inútil intentar una operación, usted ya no tiene remedio”, dirá alguno. “¿Qué anda haciendo aquí exponiéndose a morir en la calle?”, dirá otro. “Lo único que puedo hacer es aconsejarle que se vaya a su casa a bien morir”, será otra atroz perla de sabiduría médica. “Mejor váyase a morir cómodo en un rincón de su casa”, será otra frase que pretende ser misericordiosa.

Y el enfermo, que nada sabe de medicina, pero se ha doctorado en dolor, no puede más que aceptar la sentencia. ¿Cómo va a saber más un enfermo terminal que un médico que se ha pasado tanto tiempo quemándose las pestañas en la universidad?

Además, ¿cómo va a aspirar al alivio un enfermo que se encuentra en la miseria, sin trabajo, sin medios para pagar un servicio de salud? Por supuesto, el médico pone por delante el tema del pago. No lo acepta en especie. Lo que cuenta es el dinero: monedas sonantes y billetes contantes que compensen sus estudios. Es la merecida retribución que pretende obtener en premio a sus desvelos de estudiante.

La medicina más barata queda para las instituciones que dan a cambio una salud que por barata no puede durar. ¿Cómo perder el tiempo tratando de curar a los pobres

que salen hasta por debajo de las piedras y no en ricos que pueden pagar por una mejor muerte? Al fin, los deudos de los ricos no reclaman una muerte, al contrario, hasta la esperan con tal de heredar. En cambio, los pobres están desahuciados mucho antes de enfermar. ¿Qué caso tiene gastar el tiempo en ellos?

Ante este panorama, ¿cómo no va a llegar la marabunta ante Fidencio? Él no les niega sus servicios, no los da por perdidos ni por muertos, no les escatima la esperanza ni les cobra por rescatarlos de la muerte. No teme contagiarse de sus males ni empeorar su situación. Como si separase maíz de frijol, opera heridas purulentas y las desembaraza de pus o tumores. El médico de los miserables no se porta como los médicos acreditados por sus estudios. Por eso los pobres lo buscan.

\*\*\*

Una de las enfermedades más terribles en los tiempos que corren es la lepra. Nadie sabe cómo se contagia. Aunque mucho se dice que se contrae al tener contacto con un leproso, sigue siendo un misterio porque a veces aparece en una persona mucho tiempo después, cuando ya ni se recuerda al leproso con que se tuvo contacto. Es como un hechizo oscuro, una especie de castigo cuya razón se desconoce.

La enfermedad no respeta a pobres ni a ricos. No se necesita mucha ciencia para darse cuenta de que es más complicado para los pobres evitar el contagio. Los ricos pueden aislarse en aposentos seguros y lujosos mientras los pobres trabajan por ellos y para ellos. Los pobres no tienen quién trabaje a su favor. Nadie hará su trabajo si no lo hacen ellos mismos.

Basta pronunciar la palabra lepra para estremecerse. ¿Cómo no temerle si en la iglesia se habla de ella como castigo de Dios? ¿Cómo no rehuirle si los leprosos pobres son intocables y ni siquiera tendrán el consuelo de ser sepultados en tierra bendita? Podía tenerse la esperanza, en tiempos antiguos, de que Jesús los limpiara de esa enfermedad, pero en estos tiempos, ¿quién se atrevería a intentarlo, si no es Fidencio?

Curar un tumor o evacuar de pus a un enfermo es operación para la que no se necesita mucha sabiduría, comparado con curar la lepra. No se trata de sobreponerse a la repugnancia que esa piel blancuzca y carcomida provoca, sino de soportar el aspecto de la nariz, una plasta de carne descompuesta o cicatrizada a medias. ¿Quién se atreve a acercarse a estos enfermos? Nadie más que Fidencio.

Para él no hay obstáculo que le impida ver a un leproso como lo más natural del mundo. Nada lo detiene para tocarlo como si su piel fuera tersa y sana. Si para el resto del mundo es imposible, para él no tiene complicación. No se limita a tocar su piel, sino que se detiene en ella dejándole una caricia. Cualquiera diría que toca a los leprosos como si estuviera en su lugar, él que jamás ha recibido una caricia y sabe lo que se siente. Ahí parece empezar el alivio. No hay rechazo sino aceptación. Para él son personas normales. ¿Cómo va a hacer lo que los otros? ¿Cómo va a tener una actitud de rechazo que raye en un odio como el de los demás?

Gracias a este acto de piedad y de empatía, estos enfermos condenados a vivir en soledad, a permanecer alejados de familia y amigos, son vueltos a la vida, rescatados de una muerte prematura que a nadie se le desea. “¿Quién como Fidencio?”.

\*\*\*

El señor Manuel Ríos, agradecido por lo que considera un milagro obrado por Fidencio, le estrecha la mano con gran emoción y le dice que tratándose de la salud de su esposa no va a regatear. “En serio, pídamelo lo que quiera”, dice, y el sanador, como si se tratara de algo rutinario, le contesta: “Si usted quiere, que me lleven de regreso a Espinazo en la misma forma en que me trajeron. Con eso es suficiente para mí”. Don Manuel agranda los ojos, incrédulo por lo que escucha.

¿Acaso Fidencio no se da cuenta del milagro que ha obrado? Abandonar cuanto estaba haciendo en Espinazo para venir a Estación Luna, intervenir a la mujer que se encontraba a un suspiro de la muerte, trabajar con una seguridad que en ningún médico se había visto por estos rumbos, y desentenderse de un pago que cualquier otro cobraría en oro. Don Manuel podría hasta sentirse ofendido, tan rico como es, y decirle: “Óigame, no. A mi dinero no me lo va a hacer menos. Vale como el de cualquier rico del mundo”. Pero no lo dice.

Su incredulidad es mayor que la que sintió cuando, perdidas todas las esperanzas de salvar a su esposa, alguien le mencionó que en Espinazo había un curandero muy bueno, hasta milagroso, que podría salvarla. No lo pensó mucho. De inmediato dispuso que dos trabajadores del ferrocarril partieran en un armón hacia el lugar indicado y trajeran al curandero costara lo que costara. El dinero nada importaba. La vida de su amada esposa María Zapata era lo más importante que tenía.

¿Qué otra cosa podía hacer si era la última esperanza? El tiempo de espera fue largo. Perdió la cuenta de los minutos que se la pasó entre las vías y su casa, pendiente del armón. Las vías se la pasaban en silencio. Un peón acercaba el oído a los rieles y nada, ningún rumor. Se iba a la casa, y nada, la mujer seguía entre muerta y viva.

Lo acosaba la incertidumbre de qué llegaría primero: la muerte de la esposa con el hijo perdido en el vientre o la salvación gracias a Fidencio. ¿Qué haría si la mujer terminaba muerta? ¿Qué hacer si Fidencio se negaba a venir? ¿Y si el curandero pedía que la transportaran a Espinazo? Cada minuto le parecía un paso más de su esposa hacia la tumba.

Fidencio llegó en poco menos de tres horas y lo condujeron hasta la habitación de la moribunda. Ante la sorpresa de todos, pidió una botella de vidrio, la rompió escandalosamente, dejando mudos a quienes se encontraban ahí. ¿Qué clase de hechizo pretendía hacer? Al ver que elegía un vidrio filoso, Don Manuel se interpuso para evitar lo que consideraba una barbaridad. Pero al notar la decisión del recién llegado se apartó.

Sin pensarlo, Fidencio hizo un corte en el vientre de la mujer y, en menos de lo que se esperaba, metió las manos en la incisión para desembarazar a Doña María del niño muerto, convertido ya en una masa negra, extrajo después toda inmundicia, pidió hilo común y aguja, y procedió a cerrar la herida.

Después de todo eso, que Fidencio pida ahora únicamente que lo regresen a Espinazo en el armón, parece increíble para alguien que todo resuelve a punta de dinero, como Don Manuel Ríos. Pero tiene que creerlo y acceder a lo que pide.

Tiempo después se contará que Doña María ha vuelto a embarazarse. El respeto y la admiración por Fidencio crecen, no ya como curandero, sino como médico no sólo de pobres, sino de personas que sufren, sin importar la clase social.

\*\*\*

Otro día, el tren suspende el trajín de Espinazo. No por su llegada sino por su permanencia inusitada por más de una hora. ¿Será el varicoso que viene porque sus venas han colapsado de nuevo? ¿Será que traen un caso más difícil que ese para retar a Fidencio? Nadie sabe, rumores vienen y van. Dicen la verdad entre mentiras, dicen mentiras en medio de la verdad.

Que no es el varicoso, que se trata de un leproso que ya nada más cuenta con muñones y poco le falta para ser devorado por la enfermedad, que vienen unos siameses para que los separe con una operación, que un ciego trae los ojos en la mano para que se los ponga y le haga el milagro de ver otra vez, que no es uno sino siete enfermos, que no son siete sino quince o diecisiete, que son mineros a los que se les cayeron encima los túneles de una mina, que vienen de la Fundidora de Monterrey y traen varillas enredadas en piernas y brazos. Los rumores recorren Espinazo y dejan atónita a la gente.

Al final desfilan hombres cargando a otros en camillas, no se sabe cuántas porque la gente se arremolina al ver sábanas empapadas de rojo, al oír lamentos de heridos y maldiciones de quienes los conducen para que los dejen pasar. No son menos de quince ni más de veinte, pero sigue siendo imposible contarlos. La peregrinación de ayes se dirige al consultorio de Fidencio. ¿A dónde más podría ir? El problema será dónde meter a tantos heridos. Apenas bajan al último, el tren ensordece a Espinazo y reanuda su trayecto.

Luego se sabe que son mineros, que vienen de La Reforma, que hubo un derrumbe, que algunos vienen heridos y otros mutilados de brazos o piernas, que algunos pueden morir, que los mandó para acá la familia Ferrara, dueña de la mina. Fidencio cauteriza lesiones graves, retira

carne inservible, troza huesos que sólo estorban, coloca hierbas machacadas en heridas y muñones. Las ayudantes proveen de agua, gasas improvisadas con cualquier tela, le enjugan el rostro al sanador, obedecen cualquier orden por pequeña o complicada que resulte.

Los ayes se van apagando. La gente se desentiende de los mineros. Es noche y el médico de Espinazo no atiende cuando se oculta el sol. Cada quien va buscando dónde cenar o dormir. Los enfermos que esperaban cura no se atreven a emitir un quejido después de lo que han visto. No se sabe cuántos lamentos se han extinguido porque el minero se siente aliviado o porque ya no hay quien los emita. Entre los enfermos que ya estaban aquí y los mineros que hoy llegaron, no se sabe cuántos ni de qué grupo han fallecido. En Espinazo se cuentan los milagros, no las desgracias.

Fidencio ha obrado milagros en diecisiete mineros, tal vez sólo en quince. Para los integrantes de la familia Ferrara no ha de ser tan buena noticia cargar con los sobrevivientes y sus familias. Más carga habría sido si se hubieran desentendido de ellos dejándolos morir en la mina.

\*\*\*

La invitación a la kermés no es como las de otras veces. Se ofrece lo de rutina, es cierto, porque habrá baile, juegos, concursos, lotería, rifas y antojitos mexicanos. Pero en esta ocasión lo que la hace diferente es que asistirá a ella ni más ni menos que el milagroso Niño Fidencio. Esto basta para que se arme un gran revuelo. Pocas son las personas que no se entusiasman con el evento. Tal vez las ausencias más notables sean el sacerdote, que no acepta más devoción que la promovida por él; el profesor, que prefiere el saber por encima de cualquier creencia; y el médico, con tan escasa clientela por culpa del curandero.

La propaganda pegada en las paredes destaca la presencia de Fidencio e invita a quienes quieran conocerlo, verlo, admirarlo, tocarlo. Cualquiera diría que se trata de un santo o de una persona notable. Nadie se puede perder el evento. Por supuesto, si no se animan a conocer al Niño, la invitación se extiende a quienes sólo pretendan divertirse, jugar, concursar, bailar o comer, que ya es algo importante para los lugares de los alrededores en los que pocas veces se presentan regocijos como éstos.

Marcelino Fraire Arreola, vecino de Hidalgo, Nuevo León, no se ha querido perder cuanto la kermés ofrece. Llega a la plaza y se acerca a un puesto en el que se venden antojitos. Pide agua de limón y unas enchiladas con cebolla. Mientras se las cocinan, le sirven su bebida. La empieza a saborear y se entretiene viendo personas de todas las calañas.

Muchachos que estrenan traje se la pasan caminando alrededor de la plaza y, más que ver lo que se ofrece en los puestos, pretenden deslumbrar. Muchachas tan hermosas que no parecen del rumbo lucen sus mejores vestidos, pero no miran a los muchachos, como si ninguno las mereciera. Marcelino sonríe ante la presunción que desbordan, en el momento en que le entregan su platillo.

Entre bocado y bocado, observa hombres con sombrero de ala corta o de ala ancha, de pico alto o bajo, sureño o norteno, aunque hay quienes llevan boina. Las mujeres no se quedan atrás en cuanto a intentar lucirse, pero en lugar de sombreros llevan turbantes, tocados o peinetas adornadas con piedras falsas que destellan ante el sol. Lo que hace sonreír de nuevo a Marcelino es que tanto mujeres como hombres caminan como si llevaran corona sobre su cabeza. Sonríe al ver su propio sombrero de gala en la silla de al lado: la zorra no ve su cola.

Terminando de comer y de beber, paga y empieza a caminar. Pero no puede seguir divirtiéndose a costa de los paseantes y de sí mismo, que en ellos se ve, porque en este instante se escucha un griterío. Para no perder detalle, se acomoda a la orilla de la plaza y ve llegar una procesión encabezada por un joven vestido de un blanco deslumbrante. Hay cantos, hay vivas, se trata del Niño Fidencio. Jesucristo mismo no habría tenido mejor llegada.

Hay presentaciones, hablan varias personas importantes, además del presidente municipal. No se escucha muy bien lo que dicen, pero se habla del honor de que el Niño Fidencio haya venido a la kermés. Por fortuna, las palabras se acaban y se invita a quien desee pasar a una sala del palacio municipal a saludar al homenajado.

Aunque no pretende saludarlo, es de los primeros que entran a la sala. Como nota que la gente toca al Niño o le besa la mano y sale, Marcelino se acomoda en un rincón y se queda ahí. Aunque parece interminable la procesión, poco a poco empieza a ralear la gente común y sólo permanecen los acompañantes del sanador y las personas más importantes del lugar.

Fidencio pide algo de beber, y dos muchachas que lo tienen abrazado le dan cerveza en la boca y le prenden un cigarro. De repente él pregunta qué quieren que les cante. Los más cercanos piden y él canta. Es bueno para hacerlo. Su voz es casi como la de una mujer y muy bien entonada. Entre canción y canción bebe y fuma. Piden otra y complace. Marcelino no imagina a Jesucristo haciendo lo mismo.

Cuando piensa que ya nada novedoso queda por ver, sale discretamente y se encamina a la kermés. Tal vez compre otras enchiladas. Ya verá más tarde.

\*\*\*

El agradecimiento del Barón Teodoro von Wernich es tanto que no se le ocurre cómo pagarle a Fidencio. Hubiera preferido que le cobrara, pero el sanador, fiel a su costumbre, se niega. De nada sirven la insistencia ni los billetes mostrados para tentarlo. Si Wernich es obstinado, Fidencio lo es más. El pago queda sin cubrirse.

¿Por qué tanta insistencia del Barón? Nadie se lo explica, pero una y otra vez llega hasta el consultorio, y una y otra vez regresa a casa sin poder pagar. Fidencio ha curado a Wernich, dueño de la Hacienda de Espinazo, de una enfermedad que los médicos más reconocidos no fueron capaces, no digamos de curar, sino de diagnosticar. “No le hallaron”, dicen los rumores, pero tampoco dicen con certeza de qué lo curó. Aunque tanta insistencia debe ser porque la enfermedad era bastante grave.

Un día llega al consultorio y sin preámbulos le suelta a Fidencio: “Ya sé cómo te voy a pagarr”, y calla, esperando que el curandero se intrigue y le pregunte, lo cual no sucede. “Tú erres más doctorr que los doctorres que conozco y merreces serr conocido”. Silencio. “Tú no erres médico parra un lugarr tan escondido”. Silencio. “Con eso te voy a pagarr: te voy a hacerr famoso”.

“¿Y eso para qué, Don Teodoro?”. “Para que ganes más dinerro”. “Yo no quiero dinero”. “Bueno, entonces parra que cures a gente imporrrtante”. “La gente que curo es muy importante para mí”. “Sí, perrro yo digo más imporrrtante: cantantes, pintorres, esrrritorres, gobernantes, a quien quierra que se te antoje currarr”. “¿Para qué, si ellos tienen dinero y pueden pagarle a cualquier doctor? Mire a toda esta gente. Es la que necesita que yo la cure”. “Tú déjamelos a mí, ya verrás que tengo rrazón en lo que te digo”.

Al día siguiente, el Barón von Wernich regresa y, sin avisar, instala su cámara fotográfica y le da indicaciones a

Fidencio para que se acomode ante ella. Luego se queda callado y le dice: “Perrro así no. Tienes que cambiarrte de ropa. No puedes salirr con ropa así”. “¿Salir? ¿A dónde? Estoy ocupado y no puedo salir de aquí”. El hombre sonríe y le dice que habla de cómo va a salir en la fotografía. Después de mucho discutir, el curandero suspende su trabajo, entra al consultorio y quince minutos después reaparece con otra ropa.

El Barón le indica dónde colocarse, cómo pararse, qué pose tomar. Le entrega un saco, pide que se lo ponga y le anuda una corbata. Aunque en medio de risas, Fidencio obedece y se deja hacer. Inicia la sesión con varias tomas para elegir la mejor. “Listo”, dice el fotógrafo después de un buen rato, recoge la cámara y el saco, y enfila hacia la casa grande de la Hacienda.

Al día siguiente se arma gran revuelo y alboroto en Espinazo. Von Wernich llega y le muestra a Fidencio una foto en la que aparece con traje, camisa y corbata, sus manos se ven al frente, apoyadas en el remate de un bastón. Toda la gente admira la imagen. Casi nadie repara en el rostro del sanador, en el que resalta su abultado labio inferior caído inevitablemente.

Será la primera fotografía que se conozca de Fidencio. El Barón von Wernich se encargará de reproducirla y distribuirla para promocionarlo y hacerlo famoso como se lo ha prometido. Al fin podrá pagar y eso lo pone contento. Aunque tal vez haya algo más que eso.



## CAPÍTULO 3

“¿Y en qué viene el Presidente? ¿A poco en el tren, revuelto con el montonal de gente?”. “Claro que no.

¿Cómo crees que el señor Presidente va a venir en un tren como el que pasa por aquí, a vuelta de rueda, oliendo a orines, y babeado por un cualquiera que se le recargue dormido?”. “¿Entonces, vendrá a caballo o en carretón?”. “¿Desde México? ¿Cómo se te ocurre? Si el viaje en tren es más largo que la cuaresma, ¿te imaginas cómo será en carretón o a caballo?”. “¿Va a llegar volando o qué?”.

Espinazo se encuentra a la expectativa desde hace varios días porque se ha esparcido la noticia de que hoy miércoles 8 de febrero de 1928 llegará el mandatario. Los habitantes se notan contentos porque nunca antes ha venido a este lugar un Presidente. Saben que es gracias a Fidencio, que ha cobrado fama por los milagros que provoca a diario. Están gozosos por Espinazo y por él, porque piensan que apenas así lo respetarán los médicos tan estudiados, la aguerrida iglesia cristera y los laicos profesores del gobierno.

No, el Presidente Plutarco Elías Calles no ha de llegar a pie, ni a caballo, ni en carretón, ni en cabriolé, ni en un tren común y corriente, mucho menos en avión, como se dice en son de burla. ¿Cómo va a ser así si apenas en mayo

del año pasado, el gobierno de México recibió un tren tan lujoso que sólo es superado por el convoy del Papa Pío XI?

“Él tiene su propio tren, al que llaman Tren Olivo. Dicen que lo compró para traerse el cadáver de su esposa desde el otro lado hasta la ciudad de México. Dizque es como una residencia que anda en rieles en la que el Presidente se reúne con sus achichincles, ofrece banquetes, firma pactos y trabaja mientras anda de viaje entre ciudad y ciudad. Dizque lo mandó hacer en Chicago, una ciudad de Estados Unidos”. Ni hablar, quienes rodean al informador callan respetuosos, hasta da gusto platicar con alguien que sabe.

Los habitantes de Espinazo y sus alrededores llevan ya casi tres horas esperando y no hay señas de que el dichoso Tren Olivo aparezca. ¿Se habrán equivocado de fecha? ¿No se tratará de un engaño? Al menos no han tenido que soportar un día frío ni lluvioso, pero el cielo está despejado y arrecia el calor.

De repente se oye un ronco silbato y aparece una raya color verde sobre los rieles lejanos, que crece y crece hasta llegar convertido en el Tren Olivo a Estación Espinazo, donde esperan miles de personas con atuendos de todo tipo, y al frente Fidencio y sus ayudantes ataviados de blanco, como si se tratara de médicos y enfermeras de verdad. Como si con eso fuera suficiente para que Calles creyera en los dones de Fidencio.

\*\*\*

Se rumora que el Presidente viene a curarse de una enfermedad que tiene en algunas partes de la piel y no lo deja en paz. Nadie se pone de acuerdo respecto a qué enfermedad es porque no se nota a simple vista. Sobre todo, porque jamás anda despojado de traje y porque siempre se cubre hasta la garganta con camisas blancas de cuello

redondeado. Como sólo anda descubierto de cabeza y manos, es difícil adivinar cuál es su padecimiento.

Hay quien asegura que se trata de herpes o erupciones y no abunda en detalles, aunque deja a quienes lo escuchan con un cierto escozor en la piel que los impulsa a rascarse con urgencia, discretamente. Hay quien jura que se ha infectado de lepra y tampoco dice más, pero el horror carcome hasta el cerebro de los oyentes y eso es difícil de rascar. No falta quien asegure que viene dañado de cuello, orejas y espalda y que, por añadidura, la hija padece de retraso mental. Tampoco falta quien diga que el hombre tiene principios de ataxia, que es una dolencia del cerebro, pero no agrega más. Por supuesto, para cada versión se urden sartas de rumores que nada aclaran y que no tienen para cuándo terminar. Todo queda en suposiciones y en lo único que se coincide es que viene a ser curado de "algo".

Alrededor de las seis de la tarde, apenas descienden el Presidente, el Gobernador de Nuevo León y un General que en poco tiempo aspirará a ser también Presidente, la multitud entona el Himno Nacional y ya entusiasmado se sigue de largo con cánticos que aluden a las proezas de Fidencio. En medio de la algarabía, hay saludos y abrazos. Algunas personas devotas desearían que el recién llegado no saludara ni abrazara a su líder espiritual, pero nada dicen. Saben que no existe en el mundo algo o alguien capaz de vencer a su sanador, pero ningún cuidado está de más porque no se trata de un simple curandero, sino de la esperanza de miles de enfermos pendientes de alivio.

No hay tiempo para ver o hacer más, porque de inmediato los acompañantes del Presidente rodean a los protagonistas del día y forman un escudo a su alrededor. Y es así como se trasladan hasta el nuevo consultorio de Fidencio, acondicionado en la casa de su padre adoptivo, el

excoronel villista, con quien hace poco se ha reconciliado y administra las actividades del ahora disfrazado de médico.

Las vallas humanas que recibieron al Presidente ya se han deshecho. Cada quien toma el rumbo que mejor le acomoda. Pero esto no dura mucho tiempo ya que reaparecen casi de inmediato Fidencio y el Presidente Plutarco Elías Calles, que ya no viste su elegante traje, sino una túnica blanquísima como las que el curandero acostumbra usar a diario.

La multitud que se iba disgregando regresa y empiezan los gritos de “¡Viva el Presidente Calles!” , alternándose con los de “¡Viva el Niño Fidencio!”. Curiosamente, alguien dice con voz apagada “¡Viva Cristo Rey!” , y de inmediato es acallado por los acompañantes del Presidente, por lo que sólo se siguen alternando los primeros dos vítores. Una sonrisa resplandece bajo los bigotes despuntados del mandatario.

Ambos hombres vuelven a desaparecer en el consultorio y ya no queda duda. El Presidente ha venido hasta Espinazo a curarse, a ponerse en manos del Niño. Nadie sabe para cuál de los dos representa mayor honor.

\*\*\*

Como la curación se lleva a cabo a puertas cerradas y el Estado Mayor Presidencial ha prohibido sacar fotografías, hay varias versiones de lo que sucede adentro del consultorio. Sea lo que sea lo que viene a curarse Plutarco Elías Calles, se le da un tratamiento especial, no en público sino en privado. Nada de mecerlo en columpios, operarlo con filos de vidrios, embarrarle lodo o endilgarle sustos. Eso es para curar a montones de enfermos y el Presidente es una persona especial, con la cual hay que tener consideraciones, no vaya a ser que sienta que se le pone en ridículo, con tanto poder a la mano.

Se rumora que, en primer lugar, Fidencio le ha ofrecido un bebedizo elaborado con rosas de Castilla machacadas en miel de abeja. Se afirma que no es con esto con lo que terminará curado, sino que es apenas para calmarlo, para que desaparezcan los síntomas de ansiedad que tanto ha reprimido, porque el hombre viene arrastrado por un remolino de emociones desde que la esposa falleció. Claro que lo primero por dominar es su renuencia para probarlo al menos, lo cual consigue, no sin antes hacer gestos como si fuera un niño.

En segundo lugar, se dice que Fidencio, previo al desalojo de las personas que los acompañan en el consultorio, le pide que se desnude para ver qué partes del cuerpo deben ser intervenidas. Lo difícil es el pudor de desnudarse ante el curandero, que no deja de ser una persona extraña por el lado que se le busque. Pero el Presidente acaba desnudo y untado con una pomada que, según Fidencio, está hecha con tomate y jabón.

Mientras le unta la pomada, le explica que hay que hacer que la sangre circule hacia las partes afectadas, para que haga lo suyo, ataque el mal y lo desaloje del cuerpo. Cuando termina de untar, lo pone de pie, aún desnudo, y mientras lo venda, el Presidente le confía: “Usted es el único que me dice la verdad de lo que tengo”. Fidencio sonríe, mas no contesta. Al terminar de vendarlo, pide al hombre que se vista la túnica de la que se había despojado.

Hay todavía una tercera versión. El curandero le pide desnudarse, como en la segunda versión, una vez vencida la renuencia y el pudor del hombre, toma un frasco que contiene miel de abeja. El Presidente sonríe: “¿Miel de abeja? ¿No terminaré empalagado en lugar de curarme?”. Fidencio sonríe ante lo que escucha, se acerca, mete la mano derecha en el frasco y se dispone a untar las partes

afectadas, por lo que el hombre retrocede y dice: “He viajado desde muy lejos como para que nada más me unte miel”, ante lo que Fidencio, con su sonrisa acostumbrada, prosigue untando.

Cuando termina, pide que lo espere, que no tarda. “¿Me pongo la túnica?”. “No. Hasta que yo regrese, para que no se despegue la miel”. “Entonces cierre bien, para que nadie entre”, dice el Presidente. Una vez afuera, Fidencio echa llave a la puerta.

\*\*\*

En ese espacio tan reducido, el Presidente se la pasa encerrado por horas. Nada más él sabe qué pensamientos lo rondan en la espera. Por fortuna para su desnudez, el día no es frío, a pesar de que ya se ha ocultado el sol, además de que en el consultorio no hay resquicios por donde se perciba la intemperie ni se cuele mirada curiosa alguna. ¿Cuánto tiempo tiene de no encontrarse a solas, sin urgencias políticas? No puede recordarlo, pero al parecer el remedio trabaja bien, porque se siente a gusto esperando.

En tanto, mientras la curación hace efecto en el Presidente, Fidencio sigue curando de manera excepcional, atendiendo pacientes a deshoras. El excoronel se asoma de vez en cuando a ver si el muchacho suspende cuanto hace para continuar con el gran encerrado. Pero no se atreve porque lo ve concentrado en curaciones que no parecen sencillas. Tan pronto desaloja el mal de una herida infectada como opera de lo que parece ser un tumor o extrae una muela que apuñalaba desde hace tiempo a una paciente. El tiempo avanza y el atuendo de médico va quedando manchado como si se tratara de un delantal de carnicero. Habrá de cambiarse el atuendo antes de proseguir con el Presidente, que espera a solas y no ha dado señales de impaciencia.

Los acompañantes se ven nerviosos. Suponían que la visita sería de una o dos horas cuando mucho y pasan tres y pasan cuatro y todo sigue como si Fidencio acabara de salir del consultorio. El Gobernador de Nuevo León se pone de pie, susurra algo al oído del excoronel villista y éste le responde en voz baja, pero según los ademanes que se le ven, parece que falta mucho todavía o que sólo Fidencio puede saberlo. No obstante, el Gobernador presiona para que el proceso se acelere y el otro asiente muy serio.

Enrique no se mueve de su lugar cuando lo dejan solo. Pasa casi media hora para que se decida a interrumpir a Fidencio, que lo pospone con un ademán, haciéndole ver que está ocupado, por lo que se retira a su lugar, desde donde no quiere ni voltear a ver hacia los políticos. No es cualquier cosa, porque sabe cómo se las gastan estos hombres, cuyo ejemplo mayor es el Presidente retenido en el consultorio.

Espera más de media hora y, al ver que Fidencio termina una curación, cuando apenas va a preguntar por el paciente que sigue, se acerca y le dice: “Oye, ¿no te parece que ya pasó mucho tiempo?”. “Ya es noche, ¿verdad?”, contesta el otro viendo hacia el cielo estrellado. “No hablo de eso. El Presidente lleva mucho tiempo encerrado y tú no paras de curar a esta gente”. “¡Ah, se me olvidó!”, dice con una sonrisita inocente. Y así, sin cambiarse de atuendo, se encamina al consultorio para concluir la curación.

\*\*\*

“¿Y esto va a ser todo?”. “No. Se lleva este frasco de pomada para que se la unte y este otro de un preparado que va a beber. Cuando se le terminen, manda a alguien por más”. El Presidente asiente, toma los frascos, los acomoda en una mesita y hurga en su saco, de donde extrae chequera y

pluma. Escribe, desprende un trozo de papel y se lo tiende a Fidencio, que lo toma desconcertado, porque no sabe qué tiene en sus manos.

Portador, Banco de México, treinta mil pesos, firma del Presidente, es lo que lee Fidencio mientras el hombre se guarda en el saco chequera y pluma. “¿Y esto qué es?”, dice. “Un cheque”. “Disculpe mi ignorancia, pero es que yo nomás estudié hasta tercero de primaria. ¿Qué es un cheque?”. “Es dinero que le dará un banco en pago por curarme”. “Pero yo no le estoy cobrando. Ni a usted ni a nadie le cobro, señor. Y menos tanto dinero. Treinta mil pesos. Ni siquiera sabría cómo contarlos”. Fidencio le regresa el cheque.

“En esto valoro mi salud. Además, no va a curarme gratis. Eso déjelo para la gente que no tiene con qué pagar”. Vuelve a tender el cheque y Fidencio da un paso atrás, sonriendo. “Si hubiera querido recibir dinero desde que empecé a curar, ahorita sería más rico que usted. Pero, como ya le dije, a nadie le cobro. Si quiere dejar algo que no sea dinero para repartirlo entre mis enfermitos, eso sí se lo recibo con mucho gusto”. Calles rompe el papel y guarda los pedazos en un bolsillo de su saco.

En seguida abre la puerta y se asoma apenas para dar indicaciones a uno de sus acompañantes. Vuelve a entrar y pide quedarse a solas con Fidencio, por lo que quienes presenciaron lo anterior salen del consultorio. No hay constancia de lo que conversan por más de una hora.

Se dice que hablan tranquilamente, como viejos conocidos, que Fidencio se confiesa ignorante en cuanto a la forma de curar que tienen los médicos, pero se extiende hablando de los beneficios que las plantas aportan a la salud de la gente y hasta de los animales, porque éstos encuentran cómo curarse en el monte. Cuenta que desde su infancia

se familiariza con las virtudes de las plantas y sus poderes curativos.

A tanto llega la imaginación de quienes urden rumores, que no falta quien diga que, durante esta entrevista, Fidencio le aconseja hasta en la manera de gobernar al país, a tal grado que le sugiere la creación de un partido que le asegure la permanencia como Jefe Máximo. Y a raíz de esta sugerencia, Plutarco Elías Calles fundará un año después el Partido de la Revolución Mexicana, que más adelante ha de convertirse en el Partido Revolucionario Institucional.

\*\*\*

Mucha gente atribuye la visita a la sagacidad del mandatario. Desde hace dos años desafía a la Iglesia y ésta ha emprendido una lucha frontal, utilizando como carne de cañón a huestes religiosas que lindan en lo fanático y que al grito de “¡Viva Cristo Rey!” se han lanzado a la lucha contra el gobierno de Calles. Este grupo es conocido como los Cristeros y parece indomable.

Y como la lucha no termina, Calles ha venido a Espinazo para golpear a la iglesia católica, que tanto ataca también al Niño Fidencio, porque no nada más se encarga de realizar curaciones, sino que se dice auxiliado por Dios y eso no lo puede permitir la religión, ya que contraviene no sólo sus enseñanzas sino que usurpa sus funciones y le arrebató clientes cautivos, como bien pueden considerarse los feligreses y los asistentes a escuelas religiosas. De ahí su choque con los docentes del gobierno, que enseñan con un enfoque laico y contrario a lo que llaman fanatismo religioso.

Es probable que hayan hablado de las creencias religiosas de Fidencio arraigadas desde los tiempos que se desempeñó como monaguillo en el estado de Guanajuato. Si bien no hay testigos de esta conversación, un periodista recoge palabras que en algún otro momento de la visita le ha escuchado al curandero: “Nunca he rezado, pero mi instinto me hace sentir a Dios con todas las fuerzas del alma, y él me ayuda a librar a mis semejantes de las garras del dolor”. El Presidente sonrío ante tanta simpleza y amable le estrecha la mano.

Por otra parte, se sabe que Plutarco Elías Calles no sólo se interesa en el espiritismo, sino que cree en él, al grado de que funge como médium escribiente de sus propias entradas en trance, y hay constancia de su participación en una asociación civil que se llama Instituto Mexicano de Investigaciones Síquicas. Por supuesto que, para la época, esta organización no se considera un centro de charlatanería sino de ciencia, y se propone combatir concepciones no científicas relacionadas con lo paranormal.

Relacionado con este último tema, pueden haber hablado de la fallecida esposa del Presidente con quien es probable que desee entrar en contacto desde hace ocho meses. Claro, en el supuesto de que tenga puesta su esperanza en que el Niño Fidencio le ayude en ese afán.

Nada se sabe con certeza de esta conversación. Sólo una afirmación es segura: dicen que dicen que dicen. Lo que sí es cierto es que, al salir del consultorio, el pago que Fidencio sí acepta, son unas canastas repletas de frutas que repartirá entre sus pacientes después de que se retiren las visitas. Aunado a este regalo, recibe un maletín de médico, lo cual es un evidente reconocimiento a su labor sanadora.

\*\*\*

Plutarco Elías Calles no ha venido expresamente a visitar a Fidencio. Para llegar hasta él, en gira de trabajo, recorre varios lugares del noreste de México y supervisa obras de irrigación y construcción de vías ferroviarias. Entre los nombres que difícilmente recordará se encuentran Xicoténcatl, Villa Juárez, Mante, Guayalejo y Montemorelos. Después permanecerá descansando tres días en Soledad de la Mota, donde decide emprender el viaje hasta Espinazo.

Tal vez la razón de la visita del Presidente no haya sido recuperar una salud de la que nadie duda, ni apaciguar su curiosidad por conocer a un curandero de quien se hablan maravillas respecto a los milagros que se le atribuyen, ni conversar con él para aclararse algunas incertidumbres que lo atosigan respecto al espiritismo del que es tan afecto, ni intentar comunicarse con su esposa muerta, ni curar a su hija de la que se dice tiene padecimientos que nadie conoce, ni saber de qué manera realiza sus sanaciones el tan mentado Niño Fidencio, mucho menos recibir consejos respecto a cómo conducirse como político, porque conoce todas las triquiñuelas. Y las que no, hasta puede inventarlas.

Es probable que el político pretenda contrariar a la iglesia católica, que ha perdido privilegios que ya hace más de sesenta años atacó Benito Juárez, echando mano de leyes que permanecieron muertas durante el porfiriato y hasta llegar a estos tiempos. Si algo se le reconoce a Calles es su astucia política, de ahí que se suponga que el verdadero propósito de su visita tenga orientación anticlerical.

Si ha calculado todo esto para asestarle un golpe a la iglesia católica, al final no sólo consigue malquistarse con ella y con los cristeros, sino que termina en pésimos términos con los profesionales del sector salud, los médicos que tanto le advirtieron sobre el peligro de contagiarse en este lugar, y no estaban faltos de razón.

Por otra parte, el magisterio nacional, que ha sido formado en una visión laica de la enseñanza, se siente confundido y contrariado por esta visita que implica un aval para que prosperen la magia, la milagrería, la superstición, tan contrarias a lo que se empeña en enseñarle al pueblo mexicano.

Haya sido como haya sido, la visita da un espaldarazo a las actividades curanderiles de Fidencio, lo cual acrecentará su fama y provocará la sobrepoblación de Espinazo, tanto con fines comerciales como para brindar la última esperanza a miles de enfermos al obtener, si no salud, algún alivio que los médicos tan estudiados y amantes del dinero no les proporcionan.

Desde entonces, de manera velada, Calles brinda a Fidencio protección política y, mes tras mes, envía a alguien para que le renueve los remedios que le ha recetado. Y si el mismísimo Presidente confía en él, ¿cómo no van a seguir su ejemplo enfermos atosigados por el dolor, así se les considere unos nadie?

## CAPÍTULO 4

**L**os rumores llaman tanto la atención, que muchos reporteros del noreste de México viajan e intentan realizar entrevistas que Fidencio no siempre concede, en cuyo caso proceden a observar y escribir sobre la situación de Espinazo y las maravillas que el curandero realiza. Se rumora que incluso una autoridad como el Delegado Federal Sanitario, se queda boquiabierto ante las curaciones que presencia y, contrario a lo que se espera, en lugar de amonestarlo y prohibirle ejercer la medicina sin licencia, le permite seguir con lo suyo.

Se describe al Niño Fidencio, como alguien que tiene ojos verdes, claros o azules; de piel blanca, aperlada, de color diferente o desconocido; que es muy alto, muy pequeño o de estatura mediana. Nadie se pone de acuerdo. Se dice que es nativo del estado de Guanajuato, que es sumamente creyente, que tiene una asombrosa habilidad para sanar cualquier enfermedad que la medicina oficial catalogue como incurable.

Se diga lo que se diga, para mucha gente desamparada, en el sentido que se le quiera ver, después de ser desahuciada por la medicina que se pretende científica y por el inalcanzable costo de las consultas y las medicinas

que parecen exclusivas para gente rica, él representa la salvación. Lo curioso es que hasta la gente rica empieza a interesarse porque, a pesar del dinero, los médicos no le encuentran cura.

Si bien es cierto que a Fidencio se le ha hostigado desde hace tiempo y estuvo a punto de ser juzgado por curar sin licencia médica, a partir de la visita del Presidente, eso va quedando atrás. Ya no se le molesta, no se le prohíbe curar y, aunque no se le otorgue una licencia, las autoridades hacen como si no se dieran cuenta del fenómeno. Sin embargo, está latente la pronta visita a Espinazo de una comisión médica para estudiar sus métodos de curación y las condiciones en que opera.

Se le enaltece como si se tratara de un mesías y a Espinazo, una hacienda incrustada en el semidesierto, como si fuera Tierra Santa. Nadie sana a distancia y no hay más remedio que acudir al tren, que poco a poco resulta insuficiente para acarrear a tantos enfermos de viruela, sarampión, paludismo, tuberculosis, pulmonía, lepra o cualquier enfermedad que sólo conozca el cuerpo que la padece.

\*\*\*

Fidencio le toma gusto a andar rodeado de gente que quiere hablar con él, verlo curar, fotografiarlo mientras trabaja. Además, se siente contento de posar ataviado con ropaje de santo, en traje de montar, con una ostentosa cruz en la ropa, con abrigo de pieles, incluso con el atuendo de la Virgen de Guadalupe. No sabe para qué en las entrevistas le preguntan lo mismo una y otra vez. ¿Acaso piensan que les va a contestar algo diferente cada vez que le hacen la misma pregunta? Por eso se niega, diciendo que tiene muchas curaciones pendientes.

No se trata de un pretexto, porque apenas lo dice, se retira a realizarlas, y ahí van los fotógrafos tras él, haciendo tomas de las que ni siquiera se entera: extrayendo el tumor canceroso de una pierna, sacando una muela con pinzas mecánicas y sin anestesia, columpiando a un mudo para hacerlo hablar o a un loco para volverlo a la cordura, zambullendo a una enferma en El Charquito, arrojando fruta a la multitud para curar por contacto, rodando encima de la multitud para aliviar a quien lo toque, preparando medicinas con hierbas.

Pasa de ser noticia local o regional a convertirse en noticia nacional e internacional, dado que hasta el New York Times se ocupa de sus milagrosas curaciones. De manera que el flujo de enfermos hacia Espinazo no se circunscribe a los lugares aledaños, sino a otras partes de México y a la región sur de los Estados Unidos, lo cual implica la masificación en la búsqueda de alivio.

Su aparición en los periódicos es más frecuente e interesante que los enfrentamientos entre fuerzas federales y religiosas que suscita la Guerra Cristera. Llega incluso a opacar la campaña electoral de Álvaro Obregón y los reclamos que sus contrincantes interponen sobre la violación del lema maderista de Sufragio Efectivo, No Reelección. Eso al menos durante febrero y marzo de 1928.

Lo que se escribe sobre Fidencio va desde testimonios de enfermos reales hasta testimonios falsos con enfermos inventados. En algunos se le ensalza como si se tratara de un ilusionista, un santo en vida, un vaso de Dios. En otros se le ataca tachándole de impostor sin escrúpulos, de que se aprovecha de la ignorancia del pueblo, de que fomenta las supersticiones, de que promete curaciones imposibles, de que son más los enfermos que mueren que los que se curan. Por supuesto, nunca ha de faltar quienes argumenten a su

favor, diciendo que a nadie estafa, porque no recibe pago alguno, hasta lo rechaza y que si hay enfermos que mueren no es por culpa suya, puesto que es sólo un hombre y no puede contravenir la voluntad de Dios.

Ni siquiera se entera de que vive en el ojo del huracán. Sigue con lo suyo, curando más con la fe de los enfermos que con la de él.

\*\*\*

La popularidad de Fidencio podría surgir exclusivamente de rumores que van de boca en boca o de la aparición de artículos, reportajes, entrevistas, fotografías y reseñas que aparecen en periódicos locales, regionales, nacionales e internacionales, pero no se detiene ahí. Hay otro medio que acelera la difusión de sus habilidades como curandero milagroso y esperanzador, no sólo de pobres o ricos, sino de cualquier persona que lidie con el dolor.

Ya pueden los sacerdotes lanzar sermones misa tras misa en contra de él; los profesores laicos, despotricar por su manera de fanatizar al pueblo o promover creencias que van contra la razón; los médicos con licencia, ningunear sus métodos de trabajo o sus procedimientos antihigiénicos; o los periodistas, desairados al pedirle una entrevista, enredarlo en difamaciones; porque a fin de cuentas el cine, aún sin palabras, intercederá por él.

Apenas tres semanas después de la visita de Plutarco Elías Calles a Espinazo, la gente se vuelca en cines como San Rafael, Rívoli, Teresa, Mundial, Salón Rojo, Isabel y Monumental de la Ciudad de México. La razón: se proyecta la película “El Niño Fidencio en sus maravillosas Curaciones”, en la que se muestran silenciosas pero contundentes imágenes acerca de sanaciones y operaciones practicadas por él. Los créditos de la fotografía se le dan a Jorge Stahl.

La gente queda pasmada, como si las imágenes la trasladaran a una región en la que todo es posible. No se sabe qué ayuda más en eso, si la ausencia de palabras o las imágenes en blanco y negro, que vuelven fantástica la realidad. En cualquier caso, es imposible separar la maravilla del cine, llegado apenas 32 años atrás, de la maravilla que representa ver a una persona que obra milagros sin muchos aspavientos.

No es la única película en que aparece en ese tiempo. El jueves 1 de marzo de 1928, en los cines Independencia y Progreso, de la Ciudad de Monterrey, anunciada como la vida y las curaciones del Niño Fidencio, se proyecta “El campo del dolor”, cuya fotografía se debe a Eduardo Martorell. En ella aparecen escenas que mueven al llanto, sobre todo cuando el curandero hace recobrar la vista a un ciego o cuando consigue que un paralítico camine.

Tal vez lo más impresionante es que aparezca practicando sus habilidades curativas entre una multitud enferma que presencia casi hipnotizada el milagro en turno, encarnando la más desesperada de las esperanzas, la última quizá. Una multitud convencida de que nada está escrito, de que todavía no hay que darse por muerta. Una multitud que cree que nada está perdido.

Es obvio que estas películas no están orientadas hacia las legiones de pobres que no poseen más que su cuerpo enfermo en busca de sanación y que habitan regiones rurales, sino a un selecto público que tiene suficiente dinero para pagar una entrada de cine. Es clase media urbana la que abarrota las funciones. Tal vez se deba a que en esa clase hay también casos descartados por la medicina científica, y le interesa la alternativa que brinda este sanador milagroso.

\*\*\*

“¿Y ustedes a qué van a Espinazo?”, dice el ciego, como si hablara con el aire, y los demás pasajeros le contestan uno tras otro. “A que me conceda caminar”. “A que me cure una pierna”. “Ella viene a que le devuelva el habla”. “Él quiere oír”. “A éste lo traemos porque nomás de repente se vuelve loco”. “A que me cure de una enfermedad a la que nadie le halla derecho ni revés”. “A que me quite un dolor en el costado”. “A que me saque una muela que duele como el demonio”. “A que me quite el mal de la piel”. “A que me opere un tumor que tengo en esta pierna”. “Yo vengo... yo vengo a que me quite una enfermedad vergonzosa”, dice el último y los demás callan. Todos son pobres.

El traqueteo del tren sobre las vías se convierte en el silencio de este momento. Una voz incrédula se deja oír: “¿Y en verdad será tan milagroso como dicen?”. El vagón se vuelve voces queriendo explicar. Y de repente sólo queda el silencio del tren avanzando sobre las vías. “Por oírlos a todos, a nadie le entendí”, dice el que preguntó, tratando de no ofender y el coro se desgaja en solistas que exponen sus razones: “Claro que sí, ¿o usted cree que si no fuera cierto sería tan famoso?”. “¿Acaso no ha leído los periódicos? Si viene en los periódicos, es por ser la mera verdad”. “¿Usted cree que las postales y las fotos se venderían tanto si no fuera cierto?”. “Dicen que hasta hay películas donde salen sus milagros y sus sanaciones”. “Nomás los ricos pueden pagar para ver esas películas en el cine”. “Cuando regrese de Espinazo, ya curado de mis ojos, voy a juntar unos centavitos y las voy a ver”. Vuelve el traqueteo de fondo.

“¿Y cómo puede curar si dicen que no es doctor?”. La pregunta toma desprevenidos a los devotos de Fidencio, pero en seguida se reponen. “¿Cómo? Pues con las manos puestas en el dolor de la gente”. “Zambullendo a los enfermos en un charco lleno de lodo”. “Subiéndolos en un

columpio y dejándolos caer desde lo más alto”. “Con vidrios filosos de botellas que quiebra”. “Con pinzas de mecánico que obran milagros para sacar muelas”. “Con bebedizos hechos de puras hierbitas”. “Asustando a los enfermitos con una pantera”. “Aventando fruta que alivia a quien le pegue”. “Dejándose tocar por la gente”. “Con ayuda de Dios y la Virgen de Guadalupe”. “Claro, con esas ayudas y con la fe de la gente, cura hasta lo que no”. “Y si cura hasta lo que no, ¿se imaginan?, ¿cómo no va a curar hasta lo que sí curan los doctores?”.

Aunque el trayecto hacia Espinazo es lento de por sí, podría suponerse que, para quienes viajan en busca de salud, debería ser peor todavía. Sin embargo, conversar así, compartiendo penas, las vuelve leves. No importa el esfuerzo o el sacrificio que ha implicado ahorrar para el viaje y la estancia en el campo de alivio al que se dirigen. En última instancia, más que compartir el viaje y las penas, lo que los mantiene firmes es la fe en lo que Fidencio puede hacer por ellos, y no es poca.

\*\*\*

De tener en 1925 unos cientos de habitantes, para 1930, Espinazo se convierte en un asentamiento de treinta mil. Si bien es cierto que se trata de una población fluctuante, el número no baja, dado que muchos se van aliviados o con la esperanza de conseguirlo, si no es que fallecen en el intento aquí mismo; son sustituidos por nuevos y esperanzados enfermos, que no atienden a los fracasos curativos y se asumen candidatos a recuperar la salud con la ayuda de Fidencio.

Por supuesto que la población no se compone de gente común y corriente, sino de gente atosigada por enfermedades varias. Bien venidos son todos al campo

del dolor, cuyo nombre no les advierte de peligros ni les arredra, porque más duele el dolor propio que el ajeno, aunque lo tengan a la vista, a menos que vengan a curarse de ceguera.

¿Cómo no llegar sin temor al naufragio si han sido atraídas por voces de sirenas que prometen alivio? Tal vez haya sido por rumores, por periódicos que les han leído, por documentales que han difundido quienes los vieron, por fotografías o postales que han conseguido en el trayecto. Las sirenas emiten voces tan hermosas, tan prometedoras, que los enfermos no tienen manera de ignorarlas, de evadirse de ellas. Es tanto el dolor, que la razón se apaga para seguir cualquier promesa. Y llegan aquí y encuentran tan poblado Espinazo, que deben ir a las orillas a esperar que el centro se desaloje y llegue su turno, aunque haber llegado aquí ya forma parte del alivio.

Ahora el problema es aguantar. Esperar a sobrevivir con pocos y caros alimentos que se ofertan en los alrededores de la estación de ferrocarril, con poca agua, sin servicio alguno, en medio de los malos olores de este que parece el otro mundo, con la confianza puesta en que tal vez a medida que se aproximen al centro de Espinazo, a la clínica del Niño Fidencio, el olor a infierno vaya desapareciendo y comiencen los aromas celestiales.

Casi no hay lugar al que puedan moverse. El pirul sagrado se ve a lo lejos y ven con júbilo cómo de cuando en cuando un hombretón se trepa a él, le pasan un costalito o una bolsa, no lo distinguen bien y arroja algo desde arriba. Es el Niño Fidencio arrojando frutas a la multitud que grita, ruge anhelando que un trozo la golpee y le haga el milagro de aliviarla de una vez por todas. Y después, el llanto, no se sabe si de dolor acentuado o de agradecimiento por el milagro recibido.

Por otra parte, es un decir que podrían pasear por los alrededores de Espinazo, porque ya se encuentran ahí. Por eso, la diversión más socorrida es presenciar la partida de los aliviados para avivar la esperanza de que pronto llegará el propio alivio; o atestiguar la llegada de los nuevos enfermos, para sentir que hay dolores peores que los suyos.

\*\*\*

En cierto momento, tanto la llegada como la partida se complican en Espinazo. En primer lugar, quienes quieren venir a curarse, a curiosear o a emprender reportajes dedicados a lectores insaciables, deben esperar turno no sólo para llegar a Fidencio, sino para abordar el tren en sus lugares de procedencia. En segundo lugar, una vez aliviada, en proceso de recuperar la salud, o desanimada por la espera o el desengaño, la gente se ve obligada a esperar para emprender el viaje de regreso.

Al administrador del tren de la región se le ha venido encima un enorme problema, porque le es imposible implementar más corridas. Es claro que el tren no se da abasto para atender a tantos clientes, y algunos, sobre todo quienes acompañan a sus enfermos, se atreven a viajar encaramados en los techos de los vagones, como lo hacían quienes combatieron durante la revolución.

Pero esto no remedia la situación porque la demanda de viajes de partida y de llegada superan la capacidad del tren, que apenas se detenía hace poco en la estación. Esto agudiza los problemas de suministro tanto de alimentos y de agua, como de alojamiento. Y si a esto se agrega la situación antihigiénica o la falta de drenaje o servicios sanitarios, la población flotante se encuentra en riesgo de contraer infecciones de todo tipo.

Y como para darle una vuelta de tuerca más a esto, la gente que planeaba estar uno o dos días aquí ha debido permanecer por semanas y hasta por meses, ya que se ha quedado apenas con el dinero suficiente para el viaje de regreso que se aplaza de manera desesperante. Poco a poco, la salud recuperada se deteriora de nuevo, así sea por razones distintas de las que se padecían antes de arribar.

No faltan quienes, desesperados, emprendan a pie el regreso a sus lugares de origen, siguiendo como guía las vías de tren, sin importarles insolarse, pasar hambres, cazando a la desesperada conejos, lagartijas, tortugas y todo tipo de alimañas del monte que se puedan comer; pepenando nopales, tunas, mezquites, granjenos, comas, hierbas o raíces; en una región semidesértica con escasos lugares donde abastecerse de agua. Y, aunado a lo anterior, con la amenaza siempre acechante de animales peligrosos como las terribles serpientes de cascabel.

No falta quien prometa mejorar las condiciones habitables de Espinazo. Remodelar el lugar, cambiarle el nombre a Villa Elías Calles, para obtener la ayuda del Presidente cuyo gobierno agoniza ya, dotarla de los servicios básicos, administración de correos, pavimento. La gente que desea salir de aquí no puede esperar a que eso suceda y de nada le sirven estas promesas.

Mucho menos le servirá saber que una empresa de San Francisco, California, proyecta traer un hotel móvil que se llamará “Sanatorio Fidencio”, de quinientas habitaciones con baño que hagan menos pesada la espera a los peregrinos, en su mayoría sin dinero. Esto lo planea gente que desea compensar el hecho de que Fidencio no cobra por sus sanaciones. Sin embargo, todo quedará en discursos y promesas.

A quienes desean abandonar Espinazo, que se les ha convertido en infierno, nada de eso les importa. Creer en eso, es como esperar que la salud llegue después de la muerte.

\*\*\*

Fidencio ya no sabe cómo avanzar en la sanación de tanta gente. Por eso recurre a arrojar objetos de todo tipo. Al principio con la mayor inocencia que a veces lo caracteriza, sobre todo cuando se asume como un verdadero niño, decide arrojar flores que apenas llegan a tres metros de donde se aposta. Es obvio que lo hace para no golpear fuerte a los enfermos que le rodean, pero se da cuenta de que los más alejados reclaman alivio también.

Entonces, al ver el poco alcance que tiene, decide cambiar a naranjas o manzanas que puede lanzar más lejos, aunque a veces el objeto caiga con tal fuerza en la cabeza o en el cuerpo de algún padeciente, lo cual no importa porque el golpe le anuncia que ya está al borde de la curación, a punto de que su dolor sea desalojado de su cuerpo.

Y como Fidencio no deja de darse cuenta de que arrojar objetos a lo lejos inconforma a quienes se encuentran a menos de un metro de él, decide arrojar lo más leve a las cercanías y lo más pesado a las lejanías, sin excluir a la multitud que no se encuentra ni lejos ni cerca. Entonces, arroja flores para los más cercanos; dulces, cacahuates y hasta maíz para los de en medio; y tomates, naranjas y manzanas para los alejados que están a su alcance, porque los que se encuentran más allá tendrán que esperar.

Pudiera decirse que Espinazo da señales de actividad en forma de oleadas, si se les ve desde el cerro. Desde ahí puede contemplarse gente en espera de curación, que se mueve con lentitud desde la periferia hasta el centro. Desde

ahí pueden oírse gritos jubilosos que estallan durante las curaciones masivas, tan estruendosos en el centro, donde se encuentra Fidencio, y se van apaciguando a medida que avanzan y llegan a la periferia casi apagados, en forma de murmullos, pero mantienen viva la esperanza en que pronto tendrán su turno los recién llegados.

Aún para Fidencio, curar de manera masiva implica avanzar poco, en comparación a la multitud que aguarda su turno y lo asedia, dejándolo apenas descansar y hasta respirar. Por más que las auxiliadoras o esclavas griten: “Atrás, déjenlo trabajar”, la multitud obedece por un momento, pero, tal vez excitada ante la inevitable sangre que mana como consecuencia de las operaciones o por el horror que infunden las inmundicias extraídas de los cuerpos invadidos, se cierra en círculo, hasta casi respirar frente a Fidencio y a quien está operando.

Las curaciones masivas arrojan un número excesivo de personas arrancadas al dolor que, en cuanto se sienten aliviadas, lo primero que piensan como aspirantes a pasajeros, es abordar el tren de regreso, sin saber que en días o tal vez en semanas no habrá manera de trasladarse a sus lugares de origen. Podría decirse que de esta manera quienes esperan desearían que Fidencio no curara a tantos en tan poco tiempo.

La única salida es que haya más corridas de tren o menos curados que quieran partir o, en última instancia, que Fidencio sea menos efectivo, sin importar la cantidad de muertos que resulte, aunque parezca cruel. Así es de relativo todo.

## CAPÍTULO 5

**M**ucho se asombran la gente y el gremio médico de que Fidencio opere sin anestesia, pero en ambos casos por razones diferentes.

En el caso de la gente, se debe no solo a la ignorancia sino a que le parece inconcebible que practique cortes y magulladuras en la piel o en la carne, y de que trabaje hasta con los huesos y, a pesar de que la sangre se derrame de manera irremediable, la persona a la que se interviene no sólo no gima, sino que ni siquiera emita un ligero quejido. Esto contribuye a engrandecer la admiración por el curandero.

En cambio, en el gremio médico, el asombro se debe a que no concibe un atrevimiento tan desfachatado. Operar sin licencia oficial es lo de menos. Lo descabellado es que se atreva a hacerlo de manera irresponsable, sin gota de anestesia. Es por eso precisamente por lo que el gremio pone el grito en donde se le escuche, olvidando que, para la medicina oficial misma, los anestésicos son todavía una novedad, dado que apenas a principios de 1933 se funda la Academia Mexicana de Cirugía, que impulsará el uso de la anestesia.

El gremio médico soslaya que desde la época prehispánica en México se han utilizado plantas que alivian el dolor y que son efectivas como anestesia. Que los médicos evadan su uso, no implica que sean poco efectivas. Además, como considera que la sugestión es una especie de superchería, reprueba cualquier atisbo de ella, aunque no la entienda. Simplemente, porque no va con la ciencia, de la que el mismo gremio está tan alejado.

Y como Fidencio no es médico, él mismo lo ha confesado primero y pregonado después, se puede dar la libertad de echar mano tanto de la sugestión como de la fe (vía oraciones religiosas, sobre todo, pero también creencia en el curandero), el uso de las plantas medicinales en bebedizos anestésicos o, al menos, como analgésicos. Que no siempre den el resultado esperado, es otra cosa. Pero, al parecer, la ignorancia que se pretende achacar a Fidencio, proviene más bien de la propia ignorancia del gremio médico respecto a estos temas.

El asombro de la gente al observar los instrumentos o herramientas que el curandero utiliza acrecienta la admiración. ¿Cómo? ¿Pedazos de vidrio de botella? ¿Hilos y agujas de coser? ¿Pinzas de mecánico? ¿Y eso no le duele al enfermo? Milagro nada menos es para la gente. El Niño ya no es niño, el curandero ya no es un sanador, poco a poco se convierte en santo, sin licencia religiosa, claro, según la iglesia católica oficial. A los creyentes les basta ver, como Santo Tomás, pero eso parece olvidarse.

En cambio, el gremio médico despótica. ¿Hilos y agujas de coser comunes y corrientes para suturar una herida? ¿Trozos de vidrio de una inmunda botella rota para operar? ¿Extracción de muelas con pinzas sucias hasta para un mecánico? ¿Arrancar un tumor del cuerpo a mano sucia? Esto no es más que un pecado laico. Si fueran tiempos de la

Inquisición se le condenaría a la hoguera. El gremio ignora o soslaya que en la época prehispánica se operaban cataratas con espinas y con ellas se suturaba.

Que Fidencio no lucre, que no se ensañe con los precarios bolsillos de los pobres, no cuenta. Lo importante en el fondo, aunque jamás lo reconocerá el gremio, es que le arrebatara clientela. Olvida que esto tampoco es así, puesto que el grueso de la gente que espera alivio en Espinazo jamás podría pagar siquiera una consulta médica oficial.

\*\*\*

Dos lugares relacionados con el agua son esenciales para las curaciones que Fidencio emprende. El primero es la presa, la alberca o los baños (según quien los refiera) del cercano Rancho Puerto Blanco, cuyas aguas termales, se dice, obran maravillas en enfermos de la piel. El segundo se encuentra en medio de Espinazo y se conoce como El Charquito, cuyas aguas, aunque estancadas, negruzcas y lodosas, se consideran sagradas y medicinales, porque es aquí donde se baña el sanador. Se trata de hidroterapia, según los entendidos en el tema.

Estos lugares forman parte de las curaciones masivas que se emprenden cuando se da el auge, tras la visita de Plutarco Elías Calles a Espinazo. En ese tiempo, es en el Charquito donde se hacen las curaciones de sífilis, sarna, lepra, ceguera y demencia. Por supuesto, en algunos casos no hay cura inmediata, por lo que el proceso ha de llevarse a cabo en etapas.

Es imposible realizar peregrinaciones hasta Puerto Blanco, no por la lejanía, sino por lo pesado que resulta caminar con dolor diez kilómetros. Se arrasaría con el camino y con los alrededores y, lo más lamentable, con el ojo de aguas termales que no daría abasto para tanta gente. Es por eso que,

en tiempos de mayor aglomeración, las curaciones masivas se circunscriben al Charquito, donde puede existir mayor control.

Pero cuando hay menos gente y el curandero se puede permitir un respiro, organiza peregrinaciones hacia ese lugar. El camino se convierte en fiesta, se canta, se conversa, se convive. Los enfermos caminan con gusto, se sienten a salvo al lado de Fidencio, se hace un paréntesis en el que el dolor desaparece.

Después de diez kilómetros, llegan al oasis termal, y entran al tratamiento que desaparecerá sus preocupaciones y cualquier enfermedad de la piel. Por supuesto, muchos de ellos ya se encuentran a media cura antes de entrar al agua. Cuando hay trabajo en demasía, se manda por agua del manantial y se rocía con ella a los enfermos, para generar salud.

No son pocas las ocasiones en que Fidencio termina agotado por la caminata y por la enorme cantidad de sanaciones que realiza. Es como si cada una de ellas le restara una brizna de energía, y al final lo dejara casi vacío. Por fortuna para él, la multitud entiende que debe respetar su descanso, ya que de eso depende que siga con su misión. Para mucha gente no deja de ser claro que tanto sufrimiento que el sanador percibe termina por agotarlo, y se da de santos que ni los dolores ni las enfermedades ajenas lo invadan. Peor maldición no podría caerle a Fidencio y, en consecuencia, a la multitud que calla respetuosamente, velando el sueño de su esperanza de alivio.

A nadie deja de asombrar que pida a los enfermos de tiña, lepra o sarna, que se tallen las llagas con lodo en El Charquito. Y ellos lo hacen sin temor. ¿Qué puede pasarles que no les haya pasado ya? ¿Qué puede contra ellos, si Fidencio se encuentra aquí? ¿Quién como él? Para ellos, sólo Dios.

\*\*\*

Con engaños o a la fuerza, mete al enfermo en una jaula en que se encuentra cautiva una felina. Nadie se pone de acuerdo: se trata de una leona de montaña, una puma o una pantera negra. “¿Estas enfermito? Ven, te vas a meter en esta jaula. Para curarte, vas a quedarte un ratito con Concha”, es lo que les dice a quienes la gente considera locos, como si supiera lo que es la locura. Hay quien piensa que es un arranque de crueldad. Nadie sabe quién está más loco, si el sanador o el enfermo.

La multitud ruge peor que la imponente felina y se angustia más que el inerme enfermo al oír que Fidencio, en medio de carcajadas, azuza al animal: “¡Cómetelo, Concha! ¡Cómetelo!”. Y si la multitud reacciona así, ¿qué puede esperarse del enfermo que se angustia e intenta escabullirse de la fiera, muriéndose de miedo, sintiéndose a su merced? Claro que muchos locos recuperan la cordura al instante y corren y aúllan para que abran la jaula, porque no quieren morir así y, al huir de ella, escapan también del mal del que vinieron a curarse.

Por supuesto que no hay que temer por la vida del enfermo ni recriminarle al Niño que perpetra la cura como si se tratara de una broma. Pero ni la multitud siempre renovada ni el enfermo del momento tienen por qué saber que la felina es mansa, un alma de Dios que de fiera sólo tiene el rugido, puesto que desde cachorra se le han extraído los colmillos y las uñas. Y Fidencio no lo dirá, para que las venideras curaciones a locos, mudos o paralíticos sean igual de efectivas que ésta.

El miedo, el peligro, la amenaza, se utilizan en diversas formas. También efectivo es subir a un columpio a mudos, paralíticos y dementes, y desde el vuelo más alto empujarlos para que caigan y se recuperen de la mudez, de la locura o de la invalidez; o soltarles a los paralíticos en un corralito

un novillo aparentemente bravo, para que no pocos suelten las muletas y echen a correr, olvidando su invalidez no por ese momento, sino para siempre.

Para el columpio existe una variante. A veces no es necesario que la persona suba y sea arrojada desde las alturas. Esta variante es utilizada la mayoría de las veces con mudos. Quien sube al columpio es Fidencio, mientras el mudo se para frente a él. El curandero agarra vuelo pasando siempre sobre la cabeza del mudo y, cuando menos lo espera, lo empuja con los pies y lo derriba. No lo hace una vez, sino las suficientes para que el mudo termine reclamando, no siempre de buen modo, pero sí con palabras. Al curandero no le molesta. Al contrario, le complace verlo sanado.

\*\*\*

La gente viene a Espinazo para aliviar su dolor, más que para curarse. Como si reconociera que es lo que más le afecta, como si el dolor fuera el causante de la herida, del tumor, de la enfermedad, de la mala función del cuerpo, y no al contrario. Como si al desaparecer el dolor desapareciera lo demás. Imploran a Fidencio les arranque, les expulse el dolor para que así desaparezca la enfermedad.

Él parece saberlo porque, al recibir a cada enfermo, no le pregunta qué le sucede. Empieza diciéndole que sabe lo que tiene. No le pregunta si tiene dolor. Pregunta si le duele mucho, dando por descontado que el dolor existe. Y en seguida le pide que no se preocupe, que va a desaparecer. No le promete que lo va a curar ni que le va a librar de la enfermedad. No, lo importante es despojarle del dolor. Y como eso, a fin de cuentas, es lo que quiere cualquier enfermo, el alivio empieza a generarse.

¿Cómo es capaz de hacer esto? ¿Se pone en el lugar de quien padece un dolor que rebasa su cuerpo? ¿Será que al acercarse percibe ese dolor desbordante? El enfermo se asombra ante la seguridad del curandero y crece la certeza de que lo va a despojar por fin del dolor. ¿Cómo no creerle, si vino hasta aquí sintiéndose perdido, si le parecía que este dolor lo iba a acompañar más allá de la muerte?

El enfermo es tocado después de tanto tiempo de que nadie se ha atrevido a hacerlo e inicia el alivio. Y en seguida, recibe el abrazo, y siente que no está solo. Fidencio lo acompaña en su dolor y le pone al oído palabras de afecto y confianza que no esperaba. El alivio avanza y el dolor empequeñece. ¿Cómo no curarse? ¿Cómo hacer quedar mal ante tanta gente a este hombre que no ha crecido? De ninguna manera. Debe curarse. Su cuerpo reacciona y obedece para expulsar de él todo indicio de enfermedad.

Si Fidencio pide orar antes de empezar la curación, el enfermo lo hace. Si sugiere que primero hay que confesar los pecados, al Diablo que se vayan. Si pide cerrar los ojos y repetir lo que le vaya dictando, lo repite. Si le ordena que duerma, no lo duda, ya que se encuentra en buenas manos.

Después, ya nada sabe. Tal vez escuche a lo lejos el canto entonado de Fidencio cantando alguna canción profana, como Cuatro milpas u otra, y la perciba como si se tratara de un canto sagrado, de una canción celestial. Confía en que despertará sin dolor y que, después, la enfermedad se irá. Y una voz en su oído le pide que despierte sano, y una palmada en la espalda ayuda.

Y ya se sabe cómo es la gente: dirá que es un milagro y todo mundo lo creerá.

\*\*\*

Es tanta la fe en él que, si veneno les diera, los curaría. No importa el brebaje que les ponga enfrente, lo beben y se curan. Así les hierva agua con gobernadora, tila, ajo, anís, belladona, boldo, caléndula, diente de león, equinácea, eucalipto, fresno, gordolobo, uña de gato, hierbabuena, higuera, manzanilla, menta, olivo, pasiflora, valeriana, o simplemente les dé a beber agua, se curan.

Si prepara pomadas con todo tipo de menjurje grasoso o pegajoso revuelto con árnica, sábila, mastuerzo, romero, y se las unta, mejoran. Y cuando no tiene a la mano algo de eso, basta con que se ensalive las manos y las aplique en las heridas para que el resultado sea benigno. Podría revolcarlos en tierra y lo mismo daría porque, a fin de cuentas, lo que parece potenciar cualquier ungüento es el toque de las manos deslizándose en las pieles enfermas, en las heridas o en las llagas.

A veces buscan sus propios métodos de curación. Por ejemplo, es suficiente con que a alguien se le ocurra que el pirul es milagroso por ser el lugar de retiro de Fidencio cuando se siente agotado. Y si a él mismo, casi un santo, lo hace recuperarse, ¿cómo va a hacer menos por ellos, simples mortales? Entonces tocan el árbol, se reclinan o dejan que su sombra caiga sobre ellos, rezan algunas plegarias, acarician el tronco, y el alivio no debe tardar. Es su creencia y les ayuda.

No así al pirul, que se va tallando y desgastando poco a poco y no es el único vegetal que padece. Si se busca por los alrededores de la hacienda, es probable que se tope sólo con arbustos y con hierba mala. Las plantas que antes había, como nopales y sábanas, han desaparecido holladas por los pies o por el hambre de los visitantes. Tampoco se encuentra ni un mezquite, ni una coma, ni una anacua que los socorra, no se diga ya para mitigar el hambre, sino como sombra.

Fidencio sabe del poder de tocar a la gente o permitir que ella lo toque. Soliviantado por dos, para no pisar de lleno o caerse encima de la gente, camina sobre los vientres de enfermos tendidos de espaldas en tierra. El proceso se repite hasta que Fidencio se agote y diga a sus ayudantes que es el último turno, ante las protestas de quienes seguían de tenderse.

Otras veces se sube a un lugar alto y les dice a quienes permanecen de pie a su alrededor que se preparen, que va a rodar por encima de ellos, que lo vayan pasando para que alcancen a tocarlo más personas, que quien lo toque se va a curar. Se deja caer y anda rodando un rato, sobre la desesperación por recibir un roce y el contento de quienes lo consiguen y se saben en vías de curación.

Si no se curan no es culpa de Fidencio, sino falta de fe. Y esa la pone cada aspirante al alivio.

\*\*\*

Fidencio no es una máquina ni un santo (al menos no un santo oficial), sino un ser humano frágil, a pesar de la corpulencia que lo caracteriza. Pero, así y todo, es un cuerpo minado por las maravillas que hace, por la carga de otros que se echa a costas, por la responsabilidad que le pesa cuando llega a fallarle a algún enfermo. Por eso se exige tanto, porque para él, acompañar a alguien en el dolor es casi sentirlo, y eso lo orilla a esforzarse por ser efectivo en cuanto hace.

A veces pretende curar dos o tres días seguidos, deteniéndose apenas para comer algo o dormir unos minutos y continuar como si nada, pero el cuerpo cansado le cobra la factura del sueño imprevisto. Le llega cuando más lo evita, camina casi sonámbulo sobre cuerpos tendidos, se le caen de la mano limones, huevos, naranjas o lo que lanza

en el momento, y si intenta arrojarlos más lejos, pierde el equilibrio y se va de bruces.

La gente, al verlo desplomarse encima de ella, supone que lo hace a propósito, que se deja caer sobre ella para seguir curando, y ahí va Fidencio rueda que te rueda sobre brazos, cabezas, hombros, espaldas, tocando o siendo tocado, curando sin proponérselo ni por un instante, dormido hondamente. Si ha curado a algunos, lo ha hecho por accidente, y no lo dirá. ¿Para qué? Al fin, gustoso de ver que hasta dormido sana, y como la gente se encanta con eso, no será él quien la desilusione.

Como es consciente de este hecho, se asegura de no cometer errores. Y entonces procura no realizar operaciones riesgosas cuando se siente agotado. Las pospone para cuando ha dormido largo y se siente fresco. No es lo mismo quedarse dormido rodando sobre la gente o caminando sobre vientres, que empuñando un vidrio filoso contra una protuberancia que debe extirpar o apretando unas pinzas mecánicas en una muela infectada.

Mientras cura con las manos a un enfermo, se adormece y carga su peso encima de él, la gente se queda callada, para no despertarlo y faltarle al respeto a su investidura. No sabe si se trata de una broma del Niño para aliviar la tensión que lo rodea. No importa que duerma, el contacto es más poderoso y más efectivo en contra del dolor y de la enfermedad.

Cuando le resulta imposible curar porque él mismo se encuentra enfermo de tanto trajinar o entrar en contacto con enfermos, se recuesta y desde su lecho, entredormido y con palabras, sigue curando. ¿Cómo no van a creer en su don?

\*\*\*

Cuando la gente duerme, Fidencio se escapa al cerro, al monte o al pirul. Para que no lo reconozcan, se disfraza de mujer, aunque no pocas veces se expone a que un deseoso descarriado lo siga para saciarse y entonces se tiene que descubrir como hombre, impostando la voz, para que no se den cuenta de que es el Niño, y para que lo dejen solo con su congoja.

¿Por qué su congoja, si libra a tantos de las enfermedades y los deja sin seña de ellas, como si nunca las hubieran padecido? Lo peor que les queda es una pequeña cicatriz que luego andan luciendo en señal de que han sido curados y no por cualquier doctor, sino por el milagroso Fidencio. Además, tras el dolor, les impregna el gozo de ya no padecerlo. ¿Por qué entonces la congoja?

Antes, en medio de la madrugada, había un estallido de palomas al descubrirlo caminando. Las pobres despertaban asustadas y volaban a donde nadie las importunara. Ahora se han ido todas, ya no aparecen ni para remedio. Se esfumaron perseguidas por el hambre de la gente.

A lo lejos se quejan los coyotes. Cerca, se alertan las lechuzas que lo descubren, pero Fidencio no las importuna. Quiere permanecer aislado, buscando consuelo, libre del bullicio, olvidado de pendientes, abrumado por las muertes que no ha sido capaz de evitar. Tiene que recordarse que no es culpa suya, que sólo quita dolores que su Dios le permite, que no cura lo imposible, que no es su Dios, que no puede ser Dios de sí mismo, que si su Dios ha dispuesto una muerte porque un cuerpo no da para más, tiene que respetarlo, porque si no libró a alguien de la muerte no es porque se haya negado a hacerlo.

A veces piensa: “Se acabó, ya fue todo, ya no tengo fuerzas para hacer más por los enfermos ni por los moribundos”, pero estas salidas nocturnas, disfrazado, despojado de su

apariciencia real, le hacen mucho bien a final de cuentas. Regresa con más ímpetu, rebosante de fe, con la alegría necesaria para reanudar su misión. “Yo curo lo que Diosito quiere, lo que no, se lo dejo a Él, que todo lo puede”, se repite a medida que se acerca al consultorio.

Hay personas alborozadas, esperándolo para darle la buena nueva de que se han curado mientras él no estaba y se le arrodillan dándole las gracias. A él no se le ocurre más que sonreír y celebrar que se hayan aliviado por su cuenta, y se los dice. Sin embargo, no los convence. Se plantan diciendo que no se han curado solos, que el milagroso es él, que nadie como él para curar hasta cuando no está. Les dice: “Fue Diosito”, pero no le creen y de ahí no los mueve.

## CAPÍTULO 6

La arremetida no se inicia tras la visita del Presidente, sino medio año antes. El 15 de agosto de 1927, azuzado por médicos de la región, el juez del Registro Civil, Tomás Olivares, envía una carta a Monterrey, Nuevo León, informando al Secretario General de Gobierno que en Espinazo existe un curandero lírico a quien la gente apoda Niño Fidencio. Asevera que cura a sordos, ciegos, mudos, paralíticos y enfermos que padecen todo tipo de dolencias y enseguida arguye que se le han muerto dos personas, un hombre y una mujer.

Dice que sería bueno que lo examinara un consejo médico. Lo acusa de no curar con medicina de patente, sino con hierbas cocidas para beber. Informa que no se sabe cuál es su edad ni su nombre, ni dónde vive, como si eso lo descalificara para todo lo demás (se obvian los errores de ortografía para no entorpecer la lectura: bueno, exsaminara, consego, cosidas).

Como respuesta, el Secretario General de Gobierno, le ordena al Presidente municipal de Mina, Nuevo León, que investigue el caso y, de resultar culpable de algún delito, que Fidencio sea trasladado a Monterrey. El Presidente de Mina contesta: “En fecha 17 de los corrientes, esta presidencia

Municipal, comisionó al C. Secretario del Ayuntamiento, para que, en compañía del comandante de la policía de esta Villa, se trasladara a la hacienda de Espinazo, a investigar los hechos que el C. jefe del juzgado civil de esa hacienda denuncia”.

A final de cuentas, se llega a la conclusión de que Fidencio no es más que un curandero que atiende enfermedades de fácil curación. Se declara que hay un buen número de personas curadas con sus tratamientos. Si bien es cierto que se descarta que obre milagros, sus seguidores creen que lo hace, y eso es suficiente. Y como se retira la demanda en su contra, la fama empieza a sonreírle en la región y llega hasta el Presidente. De ahí la visita en febrero de 1928.

\*\*\*

¿Quiénes son sus detractores? Ni más ni menos que una pléyade de gente que se ha dedicado a lucrar con la salud, arguyendo que ellos están autorizados para curar enfermedades, así sean ajenas a su conocimiento. Siempre atiende a quien se lo solicite, claro, pago de por medio. A este gremio pertenecen médicos, comadronas, boticarios y quienes fabrican o venden medicinas de patente.

A Fidencio le recriminan que ni siquiera conoce las enfermedades que cura. ¿Así no vale la cura? Habría que preguntarles a los enfermos a quienes ha librado del dolor. ¿Tiene que saber el nombre de la enfermedad para poderla curar? ¿Tiene que saber el nombre de las plantas, cuyas propiedades y apariencias sí conoce, para poder dar por buena la curación? Ni para el curandero ni para quienes aspiran a aliviar sus padecimientos es eso relevante.

Las principales razones de los médicos son que Fidencio no tiene licencia para curar, que nunca hizo estudios de medicina, que trabaja en un lugar insalubre e indigno para

llevar a cabo una curación, que al acudir a él siempre hay riesgo de infecciones, que realiza operaciones sin anestesia, que se le muere mucha gente, confiada en que la iba a aliviar. Como si a ellos no se les hubiera agravado y muerto paciente alguno.

Las comadronas arguyen que atender un parto es ocupación de mujeres, que no entienden cómo él tiene que ver las verijas de una mujer y cuestionan cómo va a aliviar a una mujer si nunca ha tenido una. Aseguran que usa trapos sucios o lo que se encuentra a la mano en el momento del parto, aunque lo dicen sin que les conste, porque no lo han visto atendiendo parturientas. Jamás se preguntan cuándo han hecho ellas una cesárea ni cómo es que él sí puede hacerlas hasta sin saber que así se llama ese tipo de operación.

Los boticarios truenan: ¿cómo se atreve a curar con hierbas cuyos nombres comunes apenas conoce, y a veces ni eso, mucho menos sus nombres científicos? ¿Cómo va a ser lo mismo decir que cura con gobernadora en lugar de hacerlo con *larrea tridentata*? ¡Y no se diga de usar sustancias y mezclarlas como ellos! ¿Cómo se atreve, si no tiene estudios ni permiso para hacerlo? Y, por encima de todo, le recriminan que, si entrega a la gente remedios sin cobrarlos, debe ser porque no sirven. No se lo explican de otra manera.

Por su parte, los fabricantes de medicina de patente no entienden cómo es que la gente prefiera curarse con hierbitas y no con un medicamento de respeto como el que ellos manejan. Insisten en que Fidencio les arrebató la clientela entre Monterrey, Saltillo, Piedras Negras, Torreón y Espinazo. Esa región está muerta para ellos, dicen que ya no es negocio vender ahí. Por supuesto, olvidan que nunca lo ha sido, que la gente que acude a Fidencio jamás

les compró una pastilla o un ungüento, y que la razón es el alto costo de ese tipo de medicamentos.

Todo el mundo siente que Fidencio le quita el trabajo. Y lo peor es que no recibe paga, nada más por hacerles mala obra.

\*\*\*

Lo que los detractores de Fidencio menos pueden soportar es que, sin importar cuanto digan en su contra, los seguidores le son fieles hasta la ignominia. Con tal de que su santo viviente quede bien ante los medios y, sobre todo, ante la opinión pública, son capaces de simular que se han curado, de soportar el dolor para que la reputación del curandero se agrande y alcance a curar a quienes lo merecen.

Y es que, para ellos, a fin de cuentas, no es él quien tiene la culpa de que sus cuerpos tan deteriorados se resistan a sanar, a obedecer a sus habilidades sanadoras. Consideran en última instancia que los verdaderos culpables son ellos. ¿Por qué padecen esos dolores sino porque los merecen? Si sus cuerpos se han echado a perder es por tantos pecados que han cometido o por las decisiones que han tomado en sus vidas. ¿Y qué culpa tiene entonces el Niño de que ellos, los más grandes pecadores del mundo, hayan malvivido?

Es por eso que, para decepción de quienes quieren hundir a Fidencio al mostrar sus fracasos, los seguidores se esfuerzan en mejorar sus vidas convirtiendo el dolor en placer. Por eso, la mejor manera que encuentran y practican para redimirse de sus pecados es ofrendar el sufrimiento que les provoca el dolor, y asumen que soportarlo forma parte de una penitencia que los conducirá a la salvación, si no en este mundo, en el otro, que será mejor, por eterna.

¿Qué hacer entonces para detener a Fidencio? Sus detractores se atreven a criticarlo a sus espaldas, de lejos, cuando no se encuentran a su alcance, y mucho menos en su terreno. Aseguran que lo que él alivia son apenas los síntomas, como si los médicos con licencia no se dedicaran precisamente a eso. Como si sus pacientes no se pasaran años tomando medicinas sin que sus dolencias hagan más que atenuarse. ¿O alguna vez han curado a un sordo, a un mudo, a un paralítico, a un demente o a un leproso?

Respecto a la acusación sobre la enorme cantidad de muertos que resultan en Espinazo, no se dan cuenta de que muchos enfermos llegan casi muertos y que algunos ni siquiera alcanzan a llegar hasta el curandero. Son más los que mueren antes de ser tratados que los que mueren después. Y si esta razón no los convence, pueden preguntarles a los deudos y seguro les dirán que murieron porque Dios así lo quiso, porque su cuerpo ya no daba para más o porque de plano ya les tocaba.

¿Qué hacer entonces para detener a Fidencio? Nada. Sería imposible llevar a la práctica cualquier medida. Podrían orquestarse las autoridades médicas y hasta las políticas en contra suya. Sin embargo, ¿quiénes se atreverían a prohibirle curar?, ¿quiénes lo apresarían?, ¿quiénes se enfrentarían a las hordas de enfermos y seguidores? Nadie, y por una simple razón: hasta entre los detractores y las autoridades hay seguidores y creyentes del Niño Fidencio. Total, que no hay poder que se atreva en su contra.

\*\*\*

Mucho antes del auge de Fidencio, los gremios que se dedican a la salud se agrupan en torno a la medicina oficial y exigen que se investigue lo que hace y cómo lo hace, los métodos que emplea y los medicamentos que utiliza. Se

muestran preocupados por las condiciones de trabajo e higiene en Espinazo, aunque lo que en realidad quieren es no sentirse desplazados del negocio que controlan con licencia de las autoridades. Para hacer tal investigación, hay propuestas de que se envíen brigadas médicas y sanitarias.

Las primeras brigadas, formadas por médicos, enfermeras, autoridades de salud, pretenden husmear en qué consiste la competencia a la que se enfrentan. Por supuesto, llevan botiquines, medicina básica, sobre todo la que quita dolores a corto plazo, para mostrar que su medicina es superior a la practicada por el impreparado e improvisado curandero, según lo consideran ellos.

En cuanto a las brigadas sanitarias, se forman con gente que se dedica a observar si existen servicios de agua y drenaje; si se higienizan instrumentos, ropas, gasas; si hay peligro de contagio fuera del área de curación de Fidencio. Por supuesto, también van fotógrafos que captan cuanta barbaridad o inhumanidad notan, y periodistas pagados para que escriban todo lo negativo y soslayen lo que no convenga informar.

Observan a Fidencio operando con rudimentos, lidiando con gente que padece diabetes, hipertensión, artritis, meningitis, viruela, empacho, susto; atendiendo a mudos, dementes, sordos, ciegos, leprosos, tiñosos, paralíticos. En fin, curando a gente que sufre enfermedades con las que en estos tiempos nadie se atreve, ni siquiera las brigadas médicas que no se acercan a los enfermos, pero cuestionan que él brinde la última esperanza a gente desahuciada.

Presencian masajes, barridas, limpias. Atestiguan que en lugar de recetar un remedio (como en otros casos en que mezcla hierbas y ungüentos), pide a los enfermos que recen o sigan algún ritual que llevarán a cabo en su casa, no sin antes mandarlos a visitar la capilla cercana, además

de murmurarles algo secreto al oído. Los visitantes se ríen de sus cirugías espirituales cuando ya no se encuentran enfrente de él.

No es infrecuente que los periodistas y los fotógrafos cuchicheen respecto a la conveniencia de resaltar o ignorar algo que ven. Esto sí, esto no. Mejor hay que buscar esto otro, como si se inventaran una realidad a la medida de su reportaje, de lo pedido por los dueños del periódico o de la revista para la que trabajan. “Mira esa suciedad”, dicen refiriéndose a la que no ven en ellos. “Tómale los pies enterregados. Fotografía la túnica salpicada de sangre. Captura lo ridículo de su baile”.

Todo lo hacen bajo una consigna: acabar con las prácticas curanderiles que observan. No quieren mostrar lo que sucede en Espinazo con Fidencio. Pareciera que no hubieran necesitado venir a investigar, puesto que ya traían los resultados desde antes de empezar la investigación. Quieren demostrar que lo que hace se encuentra fuera de la ley, que Espinazo es un peligro de contagio para el lugar, la región, el estado de Nuevo León, los estados que lo rodean y hasta para el otro lado de la frontera. Al menos así lo asevera Felipe Brachett, médico que viene de Durango.

\*\*\*

Desde el tren puede verse un campamento que cubre gran parte de Espinazo. Quienes no tienen más que una cobija, se enredan en ella y se tienden en la tierra, siempre y cuando no haya inmundicias que lo impidan. Algunos enarbolan su cobija en cuatro palos rústicos, encajados en tierra. A veces no retiran ese toldo improvisado, de manera que algunos se deshacen en jiras que papalotean a más no poder. Unos pocos levantan carpas de lona hechas expresamente para ello.

Se nota la falta de agua, sobre todo por la ropa sucia que viste la gente en espera de aliviarse o de alivio para parientes a quienes acompaña; no pueden soslayarse los malos olores por falta de drenaje. Sin cohibirse, sin avergonzarse, la gente orina o defeca por doquier. ¿Dónde más va a hacerlo si no hay sanitarios gratuitos ni monte cercano donde encontrar privacidad?

Se trata de un laberinto con apenas paso para que la gente regrese a su propio asentamiento, con la mirada atenta hacia abajo para no pisar excrementos o charcos de orina, cubriéndose la nariz para no vomitar ante los hedores o la falta de aseo, intentando no escuchar lamentos que parecen de otro mundo, evitando mirar cuerpos tarascados por llagas, lepra o gangrena. Un laberinto de dolor del que es casi imposible escapar.

Todo esto llega a oídos de Bernardo Gastélum, jefe del Departamento de Salubridad y Asistencia Pública, que promete tomar cartas en el asunto. Los ánimos se calman. No hay por qué desconfiar en él, dado que durante su periodo en ese departamento ha tomado medidas acertadas, como implementar el certificado de salud prenupcial obligatorio, publicar un avanzado y moderno Código Sanitario, tratar de mejorar los hábitos alimenticios de la población mediante información pertinente. Ha luchado por acabar con el alcoholismo y la prostitución. Su lucha en contra de las epidemias que han cundido tras la Revolución ha sido muy elogiada.

En entrevista al periódico El Universal, como respuesta a las quejas expresadas por el gremio médico y quienes le rodean, declara que encabezará una brigada médico-sanitaria que se encargue de verificar las condiciones de Espinazo y enviará un carro-laboratorio con medicinas de patente, instrumentos apropiados y aparatos de

desinfección. Añade, como buen diplomático, que además se investigarán y se aprovecharán las habilidades curativas del Niño Fidencio para erradicar enfermedades sin cura hasta ahora.

Todo queda en promesa, detenido tal vez por el Presidente Plutarco Elías Calles o por la llegada de Emilio Portes Gil a la presidencia porque Gastélum deja la jefatura de Salubridad y Asistencia, para ser Embajador de México en Italia y Hungría.

\*\*\*

El 27 de mayo de 1930, cuando Francisco Vela González llega a Espinazo, no le importa que se sepa que es médico, pero procura que no se le noten sus estudios en la Harvard Medical School de Boston, Massachusetts, mucho menos que se sepa que es Delegado Sanitario Federal o Vicepresidente del Consejo de Salubridad de Nuevo León. En ese sentido, puede decir que va de incógnito, haciéndose pasar por un médico común y corriente que tiene curiosidad por lo que hace Fidencio para curar.

Dado que tiene grado militar, lleva pistola al cinto y una cámara, a sabiendas de que al curandero le gusta ser fotografiado. Apenas llega, se encamina al espacio en que se encuentra Fidencio, auxiliado por varias mujeres vestidas de blanco. Se dirige a una de ellas y pide que le presente al Niño. Sin desconfiar, la mujer lo lleva hasta él, que lo saluda de mano. No es lo primero que le llama la atención, sino verlo descalzo, con bata y pantalones de color blanco, una mascada de seda con brillantes de bisutería al cuello, y un ostentoso reloj de pulso.

Aprovechando la cordialidad, pide permiso para conocer su trabajo, lo cual el curandero no duda en aceptar, no sin antes pedir a sus ayudantes que le muestren el lugar

sin restricciones. Antes del recorrido, el doctor Vela pide fotografiar a Fidencio, quien posa con gusto junto a sus ayudantes, todos de blanco. Una vez tomada la fotografía, le muestran el Círculo, que es un espacio techado en forma de palapa en el que se practican curaciones comunes y corrientes. No deja de observar una inacabable fila de personas con cubetas y vasijas diversas, esperando su ración de agua, no para asearse, sino para beber, que es para lo único que se puede dar abasto el lugar. Cerca de ahí se encuentra el afamado columpio donde, a base de sustos o exasperación, se dice que Fidencio cura a quienes padecen mudéz, sordera o demencia.

Al costado poniente se ubica la sala comunitaria de las parturientas, en la que se recuperan seis mujeres que han estado de parto apenas ayer. Observa además una pileta que contiene agua revuelta con algo que parece cal y que se suministra a enfermos de todo tipo, de manera indistinta. Más adelante llegan a un corral donde se encuentran en proceso de tratamiento unos veinticinco dementes. El médico habla con ellos y le dicen contentos que ya están muy aliviados.

En la Colonia de la Dicha, hay un lugar para leprosos, aislado de la población. En este momento hay veinte enfermos a quienes Fidencio hace beber té de gobernadora que reposaba en un baño. Mientras permanece sentado, ellos hacen respetuosa fila y entonan cánticos que lo alaban. El visitante no deja de observar la insalubridad en la que se encuentran los padecientes.

Llevando a cabo anotaciones y sacando fotografías, el doctor Vela atestigua que hay en el lugar alrededor de mil quinientas personas que padecen enfermedades contagiosas y algunas que se consideran incurables. Encuentra un paciente a punto de ser operado, a su alrededor hay frascos

con supuestos tumores extraídos hace poco. Uno es enorme, se dice que se encontraba en los pulmones de un enfermo que se recupera. Vela supone que se trata de un lipoma grasoso, que estuvo en la espalda del paciente.

Al siguiente día por la mañana, el doctor Vela recorre el panteón y encuentra alarmado que hay más de dos mil tumbas recientes. Agradece a Fidencio y regresa a Monterrey, no sin antes darse cuenta de que hay gente que se aprovecha de la inocencia del curandero y de la credulidad de gente inculta y no inculta. A partir de entonces, Vela escribe una serie de artículos en el periódico “El Porvenir”, de Monterrey. En todos ellos deja mal parado a Fidencio.

\*\*\*

En febrero de 1929, el gobierno de Nuevo León demanda de manera formal a Fidencio porque ejerce la medicina fuera de la ley. Parece que ahora sí será difícil salir de este trance, porque su protector, Plutarco Elías Calles, ha dejado la presidencia el año anterior. Por eso no queda más que buscar un abogado con experiencia y la defensa queda en manos de José F. Guajardo, conocido como “El Abogado Dinamita” y que, además de ser experto en leyes, se interesa por el espiritismo y el ocultismo.

La defensa no puede ser más simple, aunque contundente, porque Guajardo se basa en la evidencia de que su cliente no ejerce la medicina, sino que recurre a la herbolaria, nada más alejado de las prácticas propias de un médico con estudios y licencia. El gremio médico se queda de nuevo con un palmo de narices ya que, a fin de cuentas, la demanda es desechada y Fidencio resulta exonerado.

Sin darse por vencidos, los medios periodísticos y el gremio que se dedica profesionalmente a la medicina

continúan señalando a Fidencio como un embaucador dedicado a prácticas médicas no científicas y a poner en peligro la salud y el bienestar de sus incautos seguidores, a quienes viajan de paso en el tren y a quienes tienen contacto con enfermos que llegan a curarse a Espinazo o regresan mal curados a sus lugares de origen.

Los detractores no pierden pisada cuando se trata de negarle méritos como curandero o descalificar sus métodos de sanación, en la convicción de que fortalecen las prácticas consideradas ortodoxas y legales por la medicina licenciada y avalada por autoridades estatales y federales. Y por si no fuera suficiente, no solo se le descalifica, sino que se le sataniza, arguyendo que sus prácticas son perjudiciales en lugar de ser sanadoras.

La campaña de persecución se vuelve más hostil y feroz. Agravada tal vez por la frustración ante el fracaso de la demanda. Además, de ser desesperante para los profesionales de la medicina, saber desairados sus antibióticos, sus vacunas, sus avances tecnológicos, no pueden asimilar que venga un improvisado charlatán y los desplace tan fácil.

Por su parte, sintiéndose perseguido y hostigado, Fidencio envía cartas a Plutarco Elías Calles que, sin ser Presidente, se perfila como Jefe Máximo, y le informa que, a pesar de que no lucra, ni se hace propaganda, ni son ficticias sus curaciones, lo siguen calumniando. Y que acude a él, hombre recto y grande, en recuerdo de su visita a Espinazo, para que intervenga.

Poco a poco se le deja en paz, a pesar de que los médicos y los farmacéuticos con licencia del norte de México se sienten perjudicados financieramente por él. No se sabe si exista o no intervención de Calles.

## CAPÍTULO 7

Muchas personas se ríen cuando los médicos pretenden vacunarlas. “No estoy enferma, no necesito que me inyecte”, dice una mujer. “No la quiero inyectar, la quiero vacunar”, asegura en calma el médico. “¿Y la aguja? ¿A poco no me va a inyectar? Es lo mismo. Y quién sabe qué veneno quiera meterme”, y no la sacan de ahí. De nada sirve que el médico argumente que la vacuna no es para aliviarla, sino para que no se enferme. “Es como si quisiera darme de comer cuando no traigo hambre. No, yo no como sin ganas. Y si no hay más remedio, espérese a que me enferme y dejo que me inyecte”.

Es difícil que alguien entienda la medicina preventiva. Los médicos desesperan porque saben que la vacuna es muy buena, que puede evitar enfermedades y hasta muertes, pero la gente, acostumbrada a remedios rápidos, a tés de hierbitas, no acepta la vacuna, y menos al ver la aguja lista para encajarse en una piel sana. “Los doctores deben estar locos”. “Ha de ser de tanto desvelarse quemándose las pestañas para estudiar”. “Lo bueno es que yo ni siquiera sé leer”. “Pobrecitos doctores”. “Bueno para curar, nomás el Niño Fidencio”. “Y sin tamañas agujas”. “¿Cómo no se vacunan ellos?”. “Que se busquen sus mensos”.

“De perdido fueran pastillas, te las tomas con agua y ya”. “Pues sí, y esas sí que quitan rápido los dolores”. “Y nomás te las tomas cuando tienes dolor”. “Tanto estudiar para salir con esto de inyectar antes de que te enfermes”. “El mundo va para atrás, no cabe duda”. “Y con lo caro que cobran”. “Nomás te consultan y te cobran por decirte lo que tienes”. “Es cierto, ya si te quieres curar, tienes que comprar las medicinas”. “En su farmacia o en la de alguno de sus compadres”. “No dan paso sin huarache”. “En cambio el Niño hasta se ofende si le quieres pagar”.

“Dizque curan tuberculosis, tos ferina, peste, difteria, tétanos, rabia, ántrax, viruela”. “El Niño ni se la recarga de que sepa esos nombres, y en cambio cura la enfermedad que le pongas enfrente”. “Y todavía es tan humilde que dice que no es él, sino Diosito el que cura”. “Y sin andárselas dando de muchos estudios”. “Pobres doctores, en una de esas van a terminar locos y buscando que el Niño los cure”. “Y le aseguro que los va a curar, sin guardarles rencor por lo mal que lo han tratado y las pestes que hablan de él”.

“Sí, ya ve cómo lo han demandado porque cura sin ser doctor”. “Y aunque vean con sus propios ojos que cura las peores enfermedades no se convencen”. “Ni que estuvieran ciegos”. “Hasta los ciegos se dan cuenta de que el Niñito cura”. “Una cosa es no poder y otra no querer ver”. “Y ahora con esto de que quieren curar de enfermedades que la gente no tiene”. “Mejor vámonos de aquí, no vayan a querer inyectarnos una enfermedad, y entonces sí, ya valimos un cacahuate”.

\*\*\*

Las instituciones de salud no se dan abasto para atender a la gente ni tienen muchos recursos para hacerlo. No existe suficiente personal de enfermería ni médicos con estudios

terminados. Y en cuanto a hospitales, no se han creado muchos desde que empezó la Revolución de 1910.

La mayoría de los hospitales civiles que operan en las grandes ciudades de México han sido creados por el gobierno de Porfirio Díaz. La Revolución, aparte de no avanzar en la construcción de más espacios dedicados a la salud, ha dejado una secuela de enfermedades infectocontagiosas. ¿Qué hacer ante una creciente cantidad de personas en busca de atención médica y tan pocas instituciones para cubrir sus demandas de salud?

De nada sirve que esas instituciones conduzcan sus prácticas médicas con una orientación científica, porque a las enfermedades comunes y corrientes se agregan las víctimas de la guerra cristera que todavía no se detiene. En este momento no se trata de calidad, sino de cantidad de atendidos, y por desgracia ni uno ni otro afán se cubren. La mortalidad se ha incrementado al grado de que en las tres primeras décadas del siglo XX la población de México apenas ha pasado de catorce a dieciséis millones de habitantes.

Al finalizar la Revolución Mexicana, hay apenas doscientos trece hospitales en el país. Diecisiete de ellos se ubican en la Ciudad de México. Los demás se encuentran en las ciudades más grandes del territorio nacional. Estos hospitales son administrados por grupos civiles o religiosos, y mantenidos con aportaciones caritativas. Pero sea quien sea que los administre, invariablemente radican en edificios deteriorados, no construidos para fines médicos, y son poco higiénicos.

En esos hospitales se amontona gente enferma a la que, a falta de lo necesario para curarla, se le da esperanza para sobrevivir a sus padecimientos, suministrándole cuando mucho algo que calme su dolor. Se le alimenta con escasez

porque la caridad nunca es suficiente. Algunas compañías mineras y ferrocarrileras tienen sus propios hospitales para atender a los agremiados, lo que parece casi un lujo para la época.

Mucha gente que vive en las ciudades es pobre, y el grueso de la población del país no vive en grandes ciudades ni cerca de ellas, de manera que no tiene acceso a instituciones de salud pública. Por eso, para curar sus enfermedades o dolencias recurre al saber práctico y popular de hierberos, hueseros, sobadores, brujos y curanderos. La explicación por la que acude a ese tipo de medicina es simple: es barata y cree en ella. En muchos casos, ni siquiera hay doctor al cual acudir. Además, según lo ve la mayoría de la gente, los médicos son para los ricos.

Entonces, no hay más que utilizar hierbas, pócimas y ungüentos de bajo costo que se consiguen en cualquier mercado popular y, sobre todo, creer en esos remedios, que es la parte más efectiva del alivio esperado.

\*\*\*

Lo bien visto y lo más recomendable para el gremio médico es que cada paciente elija con quién consultar, siempre y cuando se trate de un médico con licencia. Sin embargo, cada paciente elige a partir de sus recursos económicos, que por lo general son escasos, y no de acuerdo a la preparación de la persona a quien elige para reparar su salud. Aquí lo que rige es la pobreza, una pobreza que mata, una pobreza que impide cualquier elección libre. Al parecer la elección es: pagas un buen médico o te mueres. Y nadie prefiere la muerte. Pero los pobres, primero muertos antes que consultar con un médico que pretende cobrar un dinero con que no cuentan.

A los médicos particulares, cuando los hay, no les interesa ejercer sus saberes sin pago. Para la mayoría, es preferible atender a las clases medias y altas que pueden pagar sus servicios. Los demás, el pueblo, la chusma, que acudan a los curanderos o a los no médicos, no les importa. A menos que invadan sus ámbitos de acción y les roben pacientes que pueden pagar, pero, hartos de no ver resultados, acuden también a la medicina alterna, no oficial, aunque quien la ejerza no presente licencia.

En los años treinta del siglo XX en el país, la cantidad de médicos apenas rebasa los cinco mil. Es obvio que, para atender a casi diecisiete millones de habitantes, esa cantidad de médicos resulta insuficiente. Además, a ellos lo que menos les interesa es trabajar en regiones rurales o poblaciones pequeñas, donde son pocas las personas que tienen en qué caerse muertas, literalmente.

De tal manera que no es descabellado ver que, si un enfermo pobre toca a las puertas de un consultorio particular, se le trate como a un pordiosero o como si fuera invisible. ¿Cómo va a ser atendido alguien así en un lugar tan pulcro y caro? Por supuesto que no, porque se trata de un lugar exclusivo para atender enfermedades de clases pudientes y no enfermedades de gente sin clase.

Pareciera ser que en México no ha estallado una Revolución para mejorar la situación de sus habitantes; o que, si la hubo, fue para quitar a unos y poner a otros; o para que todo siguiera igual: los ricos descaradamente acaudalados y los pobres vergonzosamente miserables.

Además, los médicos privados carecen de sentido humanitario y de conciencia social. No están dispuestos a malbaratar su trabajo, se enferme el pobre que se enferme, y se muera el desharrapado que se muera. Su único medio de salvación es renunciar a la pobreza ya que, según dicen,

si la gente es pobre, es porque quiere. ¿Cómo van a trabajar gratis después de tantos esfuerzos para sacar adelante su carrera? ¿Acaso son apóstoles de la medicina para curar por nada? ¿Cómo quiere la gente recibir atención médica por gallinas gorupientas o por fruta a punto de podrirse?

¡Ni que fueran médicos improvisados, ni que hicieran el inseguro trabajo de cualquier hierbero, curandero, brujo o charlatán!

\*\*\*

Si no hay instrumental médico, ¿qué hacer, si no echar mano de pinzas, agujas, hilo, navajas, cuchillos u otras herramientas comunes, cambiándoles sus funciones para operar? Si no hay médicos, ¿qué hacer más que buscar personas valientes, que no les tiemble la mano, que no se asusten ante la sangre, que tengan la convicción de que son la única esperanza de salvación, que estén conscientes de que si no intervienen a un herido o a un enfermo grave sobrevendrá la muerte? Si no hay enfermeras, ¿qué otro recurso queda sino el de confiar en mujeres u hombres que sepan arreglar un hueso, vendar una herida, inyectar sin manos temblorosas?

En el periodo que abarca la Revolución Mexicana primero y la Guerra Cristera más tarde, la situación se agudiza y estas prácticas son más frecuentes. Hay curaciones que no esperan. En plenas batallas deben hacerse frente a la ausencia de instrumental médico, a la escasez de médicos, enfermeras y demás trabajadores al servicio de la salud, y aparecen médicos improvisados ante la urgencia en situación de heridos y de personas al borde de la muerte durante las batallas o después de ellas.

Se trata de hombres y mujeres que trabajan ya no para la salud sino para la salvación de los pacientes y que a

fuerza de práctica se forman como personal de enfermería y de medicina que salvan o pierden vidas a corto plazo. Ya vendrá el tiempo en que esa experiencia sea avalada por las autoridades médicas que los provea de licencia para ejercer la medicina, y puedan ostentar con orgullo su diploma o su certificado.

Hay quien se dedica a extraer balas o esquivarlas a punta de cuchillo esterilizado mediante exposición al fuego o que se especializa en suturar heridas con hilo y agujas de costura común o que se encarga de vendar heridas de toda índole o, más arriesgado, que amputa manos, brazos, pies, piernas, en aras de disputarle el resto del cuerpo a la muerte, o que se encarga de todo el proceso a falta de ayuda.

No todo el improvisado personal médico o de enfermería, en caso de salir con vida de esta difícil aventura, terminará con diploma o certificado. No pocos regresarán anónimos a sus lugares de origen o se instalarán en otros, y se retirarán y no ejercerán lo que han aprendido a menos que sea necesario. Muchos seguirán con su práctica y sin hacerse pasar por médicos, se dedicarán a curar, de alguna manera que se encuentre a su alcance, aunque ya no se trate de extraer balas ni de amputar miembros.

\*\*\*

El paciente desconfía de la medicina científica desde antes de entrar al consultorio. Sin ir más lejos, recela de la forma diferente que los médicos tienen para nombrar a una enfermedad. En cuanto revisan al enfermo, se quedan pensando, escriben garabatos en algún papel y diagnostican que se tiene disentería, nódulos, tumores, pústulas, diarrea, sífilis, cáncer, lepra, tuberculosis, anemia, hernias, llagas, abscesos, ictericia, viruela, y más enfermedades con nombres sacados de otro idioma.

“¿Qué es lo que tiene?”, es la primera pregunta del médico y, por supuesto, el paciente se molesta ante ella. ¿Cómo va a preguntarle qué tiene, si se supone que para eso va, para que lo examine y él le diga qué enfermedad tiene? Y si encima de eso, después de que el médico lo examina, le enuncia con palabras rimbombantes la enfermedad que padece, un nombre que jamás ha escuchado. Entonces piensa que se trata de una enfermedad incurable que nadie más padece y pregunta con timidez: “¿Y es grave, doctor, me voy a morir?”.

El médico sonríe y dice que no, que se trata de una enfermedad muy común en estos tiempos. En seguida le extiende una receta con letra que ni quien sabe leer entendería, le cobra sus honorarios, el paciente paga y sale. Después de eso, ni va a la farmacia o a la botica a surtir la receta, ni piensa regresar con ese médico que seguramente quiere hacerlo tonto con medicinas que han de costar mucho más que lo que pagó en la consulta.

No, esas enfermedades son para gente curra, de mucho caché. Los pobres no contraen enfermedades tan raras. El paciente no puede soportar tanta afectación ni, mucho menos, la sonrisa de burla y conmiseración con que el médico lo trata ante las ignorantes preguntas que le hace. Está bien que haya estudiado en grandes escuelas de medicina y que sepa tanto, pero el trato con la gente es algo que también debían haberle enseñado y no lo hicieron.

Y por eso es que el paciente, puesto que su dolencia sigue intacta, acude a un curandero con el que se pueda entender. Para empezar, sabe que no hay problema para hablar abiertamente con él. Al curandero le mencionas empacho, almorranas, hinchazón del cuerpo, mal de orina, dolor de costado, cintura lastimada, dolor de oído, mal de ojo, dolor de cabeza, sarna, tiricia, tos, flemas, granos,

frialdad del estómago, aire, mollera caída, alferecía, tristeza, susto, espanto, bilis, aire perplejo, soponcio, y sabe de qué le hablas. Pero, sobre todo, no se burla de lo que le dices. Y es ahí a donde el paciente, perdido para la medicina científica, acude.

A fin de cuentas, lo que desea es sentirse sano, contento, con ánimos de trabajar y disfrutar la vida, sin importar si lo hace con agua serenada, miel virgen, toloache, gobernadora, albahaca, ortiguilla, sauce, chaparro prieto, candelilla, peyote, marihuana, hierbabuena, damiana u otras plantas. Y si ha de curarse, que sea con alguien que lo entienda y que, de paso, pueda hasta proteger a su familia y a su negocio con clarividencia, baraja, barridas, velas, amuletos, agua bendita, oraciones. No que los médicos ni siquiera en Dios creen. Por eso, acude a un curandero, confiando que no se burlará de su manera de hablar, en que sabrá escucharlo con paciencia, y, sobre todo, que lo rescatará de cualquier enfermedad natural o sobrenatural.

\*\*\*

El caso es que las ofertas de atención a la salud son diversas y algunas de ellas difíciles de distinguir en cuanto a si pertenecen al campo de la medicina científica o al de la medicina alternativa. Así cómo abundan expendios de hierbas, remedios o ungüentos populares, se encuentran ofertas muy parecidas en el mercado farmacéutico o boticario. Y en ambos casos se trata de medicamentos o remedios que no tienen fundamento para ser superiores unos de otros. Sin embargo, la gente quiere salud y no le importa utilizar unos u otros con tal de aliviarse.

Junto a la gama de hierbas medicinales, ungüentos, bebedizos que se expenden en mercados populares, se encuentra en droguerías, farmacias o boticas un sinnúmero de

medicamentos que presumen número de registro de patente, fecha del mismo, identificación y domicilio de quien solicitó el registro y que, a fin de cuentas, resultan hechos con las mismas sustancias que los curanderos y los hierberos utilizan. Y para acabar pronto, a veces de acción nula o ficticia.

De tal manera, se puede encontrar un ungüento que se evapora al contacto con la piel y que se utiliza para aliviar síntomas catarrales, al que se publicita aprovechando como aval la autorizada opinión de un médico. Por supuesto, se cita parte de un informe, que parece más bien una opinión, respecto a los dones de dicho ungüento. Pero lo interesante es que el tan prestigiado médico que lo recomienda es mejor conocido como oftalmólogo que como especialista en vías respiratorias.

Suele ofertarse también un medicamento que no necesita de prescripción médica cuyos méritos son indiscutibles por la simple y sencilla razón de que se ha utilizado por generaciones en todo el mundo. Se trata de otro ungüento que provee alivio rápido y efectivo para acabar con los síntomas de congestión nasal, resfrío y tos. Pero, maravilla de maravillas, se recomienda además para calmar quemaduras leves y picaduras de insectos. Se subraya que su presentación viene en lata o en tarro, y que por ningún motivo se confíe si alguien lo ofrece suelto o a granel.

Hay más ejemplos, muchos más, pero aquí sólo va otro. Se afirma que existen anomalías en la piel que son ocasionadas por impurezas que se acumulan en la sangre y que, a la larga, provocan alteraciones. Se mencionan entre otras: sarpullido, pecas, acné o manchas. ¿Y qué hay que hacer para desaparecerlas? Poca cosa: basta con echar mano de un poderoso depurativo de sangre que se vende en las principales farmacias, droguerías y boticas, y que consiste en un tratamiento con azufre termado.

De esta manera, puede observarse que, el límite entre los remedios que se califican como improvisados y los medicamentos que cuentan con registro de patente, es sutil. Así de inciertas son las prácticas curativas tanto de la medicina tradicional como las de la autonombraada medicina científica. Tal vez la única diferencia entre medicamentos y remedios sea que uno tiene el respaldo de anuncios pagados en periódicos y revistas, y el otro no.

\*\*\*

¿Cómo un pobre va a tener una enfermedad de ricos? ¿Cómo puede un rico padecer una enfermedad de pobres? Para Fidencio no hay pobres ni hay ricos, solo enfermos. Quienes llegan a curarse lo hacen igualados por la enfermedad que padecen. Ni el trato ni la cura pueden ser diferentes para pobres que para ricos. Si estás enfermo y buscas curarte, no te vuelve superior que tengas dinero.

No es relevante si llegas a Espinazo porque no tienes con que pagar un médico o porque, aunque tengas todo el dinero que se pueda tener, ningún médico haya encontrado curación a tu enfermedad, porque simplemente no venía en sus libros o no se ha encontrado cura científica. ¿Quieres curarte aquí? Debes avenirte a las reglas de Fidencio. Y la primera, aunque no está escrita en ningún lugar es: Nadie es más que nadie. Si lo entiendes, ya vas en camino a sanar.

Aquí se oferta curar cualquier enfermedad que el Dios de Fidencio permita. Curar en contra de su voluntad, jamás se verá. Aun así, a nadie se le niega la esperanza de sanar. Y no se habla de sanación física, sino de sanar hasta lo que no se ve ni se puede tocar. Si tu cuerpo no tiene cura, queda a tu alcance la expiación de tus pecados a través del dolor, del sufrimiento emanado de ese dolor.

Por supuesto, un médico letrado ni siquiera quiere hablar de enfermedades que no comprende. ¿Cómo va a curar de susto, de empacho, de un aire o de alguna enfermedad sobrenatural? A eso se debe que enfermos, más que desahuciados, sentenciados a muerte por los mismísimos médicos que pretenden saberlo todo, lleguen a Espinazo buscando un destello de esperanza, no para su cuerpo, sino para su espíritu.

Para ellos, este es un lugar sagrado, en que las leyes naturales parecen haberse derogado, y hay que aprovecharlo para recobrar la salud o conseguir la que jamás se tuvo. En la estación de Espinazo, bien podría colocarse un letrero que rezara: Bienvenidos a la región más milagrosa del desierto. Pero no existe tal letrero ni los peregrinos que llegan necesitan ver algo así, porque basta ver la palabra Espinazo para que la esperanza se agigante en cada padeciente.

Tal vez no sea la mejor opción, pero la gente se empeña en creer que sí. No repara en los errores ni en los fracasos ni en las muertes que se atribuyen a los tratamientos de Fidencio. Se recuerdan nada más los casos en que ha tenido éxito, en que ha operado con maestría, mejor que como lo hubiera hecho un médico con licencia. Nada importa más que saberse en camino de la sanación, del alivio, del no padecer. Para eso está la medicina de la miseria.

Todo esto explica que personas como José de Jesús Fidencio Constantino Síntora tengan seguidores que creen a ojos cerrados. Por eso las visitas se multiplican y llegan a ser peregrinaciones. Son efectos de la pésima salud que la gente padece. Tenga dinero o no.

## CAPÍTULO 8

**F**idencio utiliza recursos inexplicables. La mayoría de ellos son esperanzadores, dado que desde antes de ser utilizados envían una señal de que el alivio se aproxima, de que ya viene una curación, si no es que un milagro. Hasta las miradas de los acompañantes lucen contentas porque aunque no sufren el dolor, cargan con quien lo padece, que no es poco.

Si el enfermo se desembaraza de la enfermedad, del dolor, de cualquier impedimento, los acompañantes se ven libres de sus propias cadenas, que consisten en no poder separarse de los padecimientos que, aunque pertenecen al otro, no les son ajenos, puesto que son para ellos como grilletes, trabas para vivir con tranquilidad sus propias vidas.

Son muchos los recursos de los que el sanador echa mano, pero el mayor es un crucifijo. Es el más fuerte y esperanzador, pero a la vez el que menos desean que aparezca antes de una curación. Fidencio observa al enfermo con detenimiento, con la calma que apenas puede permitirse entre la premura de esta curación y la siguiente. La gente se mantiene atenta, sin desviar la mirada. ¿Qué recurso se utilizará? ¿Será un té de hierbas? ¿Elegirá algún ungüento? ¿Lamerá simplemente sus manos y procederá a aliviar con saliva? ¿Romperá una botella para utilizarla como bisturí?

La expectación baja de nivel si Fidencio decide utilizar cualquiera de esos recursos. La gente respira tranquila y puede dar por aliviado al enfermo. Al menos esa lectura se les da a esas opciones. Sin embargo, el crucifijo provoca incertidumbre. Puede simbolizar tanto una bendición como una maldición. No resulta irracional decir que ver el crucifijo en manos del curandero es ambiguo. Cualquiera anhela que ese símbolo bendiga al enfermo, pero es preferible verlo hasta el momento en que haya culminado la curación. No al principio.

La gente sigue los movimientos de Fidencio, quien, tras examinar al enfermo, tocándolo, sintiéndolo, con mucha seriedad, se vuelve en pos de los recursos que se encuentran a su alcance, aguardando una decisión suya. Si escancia té en un vaso, el enfermo está salvado; si se frota con ungüento las manos, también; lo mismo si se ensaliva las manos sin pena a que alguien lo critique por hacerlo; igual si toma una botella y la rompe sobre una piedra.

Al ver cualquiera de estos actos, la gente que lo rodea respira aliviada. Pero cuando descubre el crucifijo en las manos de Fidencio, la pena aumenta, el llanto apenas se contiene para no dañar más al padeciente. Ya se adivina lo que hará el curandero milagroso que se da por vencido esta vez. Nadie se engaña. ¿Cuál es la razón de la pena? Una muy simple, pero terrible.

El crucifijo queda en manos del desahuciado mientras escucha casi una sentencia: “Hay sanaciones que no están en mis manos, sino en las de mi Padre Dios. Lo siento mucho, pero nada puedo hacer por ti, hermanito”. Fidencio se hace a un lado, respetuoso. La muerte no tardará en llegar y el dolor desaparecerá con el enfermo.

\*\*\*

“Ya viene”, dice una de las ayudantes y los corazones se inquietan. El rostro de la mujer resplandece, casi siente que está por desaparecer el estorbo que le impide usar las piernas para caminar como hace mucho tiempo no lo hace. Su fe es grande, inagotable, no piensa en la muerte. Si ha llegado con vida hasta el momento de ver a su salvador, no tiene que pensar en ella.

Los demás no saben si alegrarse de la proximidad de Fidencio. Están conscientes de que a veces las curaciones no se desarrollan como se espera. Temen que el crucifijo aparezca antes de la operación. Mientras no pase ese instante, imposible enarbolar la esperanza, aunque la fe sea ciega en todos, aunque no haya un resquicio de duda respecto a su confianza en el curandero.

A Apolinaria, a punto de ser examinada, no le queda duda de que saldrá de este trance. Por eso sonríe al ver entrar al hombre de la túnica blanca. Por eso le besa las manos mientras exclama: “Niño bendito”. Él se libera e inicia el examen de las hinchadas piernas de la mujer. No pregunta si duele al oprimir, no pregunta cuánto tiene de no caminar. Se concreta a pasar la mano sobre la hinchazón. Se detiene y queda pensativo, se vuelve a sus ayudantes.

Pide una botella y el círculo de gente que miraba con expectación respira aliviado. Las manos milagrosas la reciben y la empuñan asiéndola del cuello, la estrellan con energía en una piedra que una de las ayudantes ha puesto a sus pies. En las manos queda el cuello de la botella como si fuera el mango de un cuchillo. El curandero se acerca a Apolinaria y con los filos hace un corte en una pierna. La mujer no se queja, parece no tener dolor, como si estuviera anestesiada. La gente detiene la respiración.

Basta una seña para que una de las ayudantes acerque un pequeño lavamanos en que vierte pus que mana de la

incisión. ¿De dónde sale tanta inmundicia? La gente se tapa la nariz, pues teme contaminarse con el olor. El curandero empuja con las manos, exprime la pierna hasta que ya no queda pus. El pequeño lavamanos apenas ha sido suficiente para recogerla. Un ayudante se lo lleva y regresa con él vacío y sin lavar.

Para entonces, Fidencio ya ha realizado una incisión en la otra pierna de la mujer. De nuevo se vierte pus en el lavamanos. Las manos masajean, empujan, exprimen hasta que la pierna parece vacía de inmundicia. El lavamanos es retirado. “Ya no me duele”, dice la mujer, que inicia una conversación trivial con el círculo de gente, como si le hubieran sacado una basurita que le entró en un ojo. “Ya no tiene hinchadas las piernas”, dice alguien. “Ya voy a poder andar”, se alegra Apolinaria.

En seguida, Fidencio pone ungüento adentro de las incisiones, pide una aguja con hilo que le acerca una asistente y procede a coser como si se tratara de tela. Después, venda las piernas. “Nada más y nada menos puedo hacer. Ten fe y pide a mi Padre Dios que te deje un poco más en la tierra”, dice Fidencio y se retira sin dar recomendaciones respecto al cuidado de la sutura o al cambio de vendas. “Gracias, Niño bendito”, dice Apolinaria, pero el curandero ya va en busca de otra curación.

\*\*\*

Anochece, pero el día no termina aún para Fidencio. Hoy toca curación para los invidentes. Aprovechando que el cielo se encuentra despejado de luna y de resplandores que puedan obstaculizar el proceso, los ayudantes tienden en el suelo a un grupo de personas que ven poco, mal o nada. Les piden que abran bien los ojos y así los dejan por casi quince minutos, hasta que aparece el curandero en silencio, para que nadie note su presencia.

“¿Qué ven?”, les dice cuando menos se lo esperan, y el enredijo de voces surge entre los invidentes acostados. Las respuestas no se entienden, pero los tonos en que se dicen son contundentes. “De uno por uno. ¿tú qué ves?”, dice señalando con una vara a uno. “¿Cómo voy a ver si nací ciego?”, contesta fuera de sí, y los demás ríen. “¿Por qué se burlan?”, vuelve a hablar el que contestó. “No se burlan, hermanito, se ríen de la forma en que contestaste”. Los demás dicen que claro, que así no se contesta.

“¿Qué ves tú?”, dice Fidencio mientras toca al siguiente con la vara. “Nada”. Sigue preguntando y tocando a otros. Las respuestas varían: “Nada”, “Borroso”, “Veo como un resplandor muy lejos”. “Con un ojo veo estrellas, con el otro, nada”. Algunas se repiten. “¿Quieren ver?”. Un clamor contundente, estruendoso, se levanta en el campo de acostados: “Sí”. “Bueno, abran bien los ojos. Y no los cierren, sientan lo que sientan”, les pide el sanador.

Acto seguido, toma un recipiente con un preparado líquido, moja su mano derecha en él y deja caer gotas en los ojos abiertos de los invidentes que permanecen tendidos de espaldas, uno tras otro, hasta llegar al último. Ahora les pide: “Cierren los ojos”. Y repite el proceso, pero con ungüento, masajeando los párpados cerrados. El proceso se alarga, pero ni pacientes ni acompañantes ni espectadores protestan.

Cuando por fin termina la curación en quienes se encuentran tendidos en la tierra, regresa hasta donde ya lo esperan los ayudantes con vendas que tienen dispuestas sobre las manos. “Siéntense sin abrir los ojos”, pide, y los invidentes obedecen. Toma una venda, la ata por atrás de la cabeza, de manera que cada paciente quede con los ojos bien cubiertos. “Párense”, dice al final y de nuevo lo obedecen. Guarda largo silencio. “¿Quieren ver?”, grita lo más fuerte que puede. Es contundente el sí.

Espera hasta que no se escucha ni un murmullo y entonces les dice: “Es todo lo que yo puedo hacer por ustedes. Lo demás lo va a hacer mi Padre Dios. Mañana los espero aquí mismo, antes de que se meta el sol. Tienen que entender que no todos se van a aliviar. Se alivia quien tiene fe. No se alivia quien tiene más pecados que estrellas el cielo. Arrepiéntanse y mañana verán las estrellas”.

Se retira sin decir más. Tras él van los ayudantes con los recipientes de preparado líquido, ungüento y vendas que no se han necesitado. La expectación se prolongará hasta mañana.

\*\*\*

“Pues éste, que dice que no oye, pero bien que se da a entender con las manos”, dice el acompañante. “¿Y para qué quiere dejar de ser sordo? ¿Para aprender a hablar?”, dice una mujer a su lado. El sordo los mira de manera hosca y, apoyándose en señas, da a entender que no viene a curarse de la lengua sino de los oídos. Lo dice con enojo, tocándose repetidamente las orejas con los índices de cada mano. Termina explicando que lo que desea es conocer la música.

Los demás se ríen. “¿Para bailar o para cantar?”. El sordo da a entender que para conocerla, para saber si es cierto todo lo que dicen de ella, que le han platicado cómo es, pero ni en sueños la ha oído. “¿Y a poco no oyes ruidos ni en sueños?”, dice la mujer. El hombre niega con la cabeza. Quienes lo ven, callan. Tal vez el sordo no ande tan errado al querer oír por eso.

“Creí que ibas a decir que querías curarte para conseguir trabajo”, dice una mujer. El sordo mueve fuerte la cabeza a un lado y a otro. No se detiene hasta que los demás entienden que trabajo le sobra y que los sordos pueden

hacer todo, igual que los demás, que lo único que no pueden hacer es oír, que en lo demás les ponen la muestra a los que oyen. “¿Y sabes escribir?”. Responde que no, pero sabe leer los labios. “¿Y es difícil?”. El sordo niega que lo sea.

“¿Y nunca has oído? ¿Ni de chiquito?”. Responde negando de nuevo con la cabeza. Pero enseguida sonrío y se desvive por dar a entender que hoy verá a Fidencio, que hoy podrá oír por primera vez. Los demás lo miran asombrados. No pueden creer la fe que le desborda el rostro, el cuerpo. No oculta lo contento que lo pone saber que por fin hoy el Niño obrará un milagro en sus oídos. Los demás lo miran con miserados. Pobre iluso, lo que irá a sufrir al desengañarse.

El curandero llega y el sordo no es el primero en ser tratado. Antes que él hay dos pacientes. Sus curaciones son rápidas. Se trata de una mujer que tiene un dolor de espalda que apenas la deja andar de pie y de un hombre que se queja del dolor que en años no se le ha retirado. Casi de inmediato se van aliviados, alabando al curandero, a Dios, a la Virgen, al Reino Celestial.

El sordo se pone de pie y se aproxima a Fidencio. Éste, sin emitir pregunta alguna, le pide a señas que se recueste de lado, de manera que quede con la oreja derecha hacia arriba. El sordo obedece y dos ayudantes lo sostienen con firmeza. El curandero toma una vasija en la que reposa un líquido color ámbar, se llena la boca con él y, sin vacilar, lo vacía en chorro adentro del oído. El sordo se debate, pero los ayudantes lo tienen inmovilizado por completo y lo mantienen así por un buen rato.

Los ayudantes ladean al sordo hacia el otro lado, dejando expuesta ahora la oreja izquierda, mientras el líquido ámbar sale negro de la oreja derecha. Una exclamación de asombro se escucha entre la concurrencia. El curandero

vuelve a llenarse la boca con el líquido ámbar y deja caer el chorro hacia el interior del oído izquierdo. El sordo intenta sacudirse a los ayudantes sin conseguirlo. Así lo dejan reposando, igual que hicieron antes con el otro oído.

Lo enderezan y le ladean el cuerpo para que el líquido antes ámbar, negro ahora, salga por completo. Fidencio pide un trapo, seca las orejas del sordo, que muestra una enorme confusión en el rostro. El curandero murmura algo en el oído derecho y el sordo abre enormes los ojos. El curandero murmura de nuevo, ahora en el oído izquierdo, y el rostro del sordo resplandece de contento.

Lo ponen de pie. Sonríe y a señas da a entender lo que le tiene tan contento. Se vuelve, toma las manos del sanador y se las besa. Después sale eufórico, con su acompañante al lado. “¿Quién sigue?”, dice Fidencio.

\*\*\*

Fidencio se encuentra de pie frente a un grupo de mudos. Camina varios pasos hacia la izquierda, da media vuelta y se dirige hacia el extremo contrario. Lo hace una y otra vez. Los pacientes lo siguen con la mirada por un largo rato. Poco a poco se impacientan porque no saben a qué se deba que no haga nada. No se trata de cualquier tipo de mudos. Los ayudantes han hecho su trabajo con antelación, tal como su guía se los ha pedido: que no sean sordos y que no sean mudos de nacimiento.

Actúa entre ellos como si meditara o como si no supiera qué hacer. No le quitan la vista de encima y él cuenta con eso. Quiere toda su atención puesta en él y es un hecho que la tiene. No saben lo que vaya a hacer para conseguir que hablen, para que se zafen de la mudez en la que se encuentran atrapados. Vinieron hasta acá con la convicción de que ha de curarlos. Eso es una certeza.

No dudan de que recuperarán el habla, pero saben que deben esperar, no impacientarse, que algo se le ocurrirá al Niñito. El cómo es lo que no tienen claro. En eso sí existe incertidumbre. ¿Cómo hará para curarlos, para que recuperen la palabra que alguna vez tuvieron? El tiempo transcurre y el hombre no se decide a iniciar el proceso. ¿Se habrá dado por perdido y los dejará mudos? Hay temor, porque lo que no haga él por ellos, nadie más podrá hacerlo.

De repente, se detiene en el centro del semicírculo, los ve muy serio, hace como que habla, pero no emite palabra audible. Solo mueve la boca y finge que les dirige un discurso hasta con ademanes. Los mudos se desesperan por hacerle saber que no lo escuchan. Él sigue con su oratoria silenciosa. ¿Se tratará de una de las bromas que gasta a la gente que viene a curarse? Eso parece. No tendrían por qué sorprenderse.

En cierto momento deja de hacer como que habla y coloca el índice derecho en cruz con sus labios para pedir silencio. Los mudos ríen, algunos en silencio, algunos emitiendo toscos sonidos guturales. Vuelve a pedirles silencio. En voz apenas audible pide: “Digan mamá”, todos quedan asombrados. Detiene su mirada en cada rostro, no le corre prisa. Cuando menos lo esperan, ordena a todo pulmón: “¡Digan mamá!”, y los azuza pidiendo que suban la voz.

Algunos ponen cara de extrañeza, pero él sigue ordenando lo mismo. Poco a poco, hay balbuceos, intentos de hablar. Se escuchan sonidos que parecen venir del fondo de una noria. “¡Digan mamá!”, ruge Fidencio y los sonidos deformes, guturales, crecen. “¡Los que digan mamá, se van a curar!”, dice y la desesperación cunde entre los mudos. Esto se convierte en una confusión de lamentos al no poder obedecer. “¡Estoy curado!”, dice uno y se pone de pie y corre gritando y regresa para abrazar al sanador.

Los demás se esfuerzan por seguir su ejemplo. No les importa que no sea la última oportunidad. Quieren hablar ya, no quieren esperar más tiempo en Espinazo. No todos hablan. Del grupo de trece mudos, hay cinco que terminan curados en la sesión. Quienes recuperen el habla se marcharán sintiéndose tocados por la mano de Dios. Quienes no lo hagan, tendrán más oportunidades, se llevarán más tiempo para hablar de nuevo.

Para eso están otros recursos como el columpio, la felina que parece feroz o un toro bravo aparente, que les haga recuperar el habla. Todo es cuestión de fe, paciencia o susto.

\*\*\*

Hoy ha reunido a los que no pueden caminar. Los ayudantes se han encargado de acomodarlos formando un gran círculo. No son unos cuantos. Forman una multitud entre paralíticos en silla de ruedas y tullidos que se sostienen con muletas. Todos esperan impacientes. Se cuentan testimonios que corren de boca en boca, como aquel de la mujer que pudo caminar, empujada por el enojo, cuando el curandero le arrojó una pesada bolsa con cacahuates y, enfurecida, se levantó para reconvenir a Fidencio. De la furia pasó a la euforia y se acercó a besarle las manos.

La impaciencia crece entre niños y adultos, algunos gritan mientras los que rezaban en voz baja, rezan más fuerte, como si los otros impidieran con su clamor que los escuche Dios. ¿Por qué tarda tanto? El clamor se convierte en murmullo cuando lo ven de repente en el centro del círculo. Lo siguen dos ayudantes que cargan un bote enorme y lo colocan junto al curandero que, apenas lo depositan en el suelo, llena una cubeta con líquido humeante y lo arroja hacia la multitud, tomándola por sorpresa.

Estén en silla de ruedas o en muletas, reculan para no ser bañados. No todos lo hacen. Algunos se quedan en su lugar, para recibir a través de ese líquido lo que consideran como el inicio de su curación. Fidencio no se detiene hasta vaciar el bote. Todo el proceso ha transcurrido sin que él deje de sonreír divertido. Empieza a reír y contagia su risa a la multitud. “¡Los que traen muletas, tírenlas! Si tienen fe, ya no las van a necesitar. Los que están sentados en silla de ruedas, igual, si tienen fe, ¡levántense y déjenla para quienes la necesiten!”.

Muchos arrojan las muletas, se quedan de pie. Algunos caminan. otros se derrumban, pero tratan de incorporarse. Algunos lo consiguen, otros van arrastrándose hasta sus muletas. Hay sillas de ruedas vacías, no todas. “¡Quienes ya están curados, retírense! Dejen el lugar a los que todavía no pueden caminar”, dice Fidencio y una pequeña procesión se retira del lugar, alabando al curandero, a Dios y a la Virgen. Los no curados permanecen, la desesperación cunde.

“¿Sintieron que el agua estaba hirviendo?”, pregunta. El clamor es unánime: “¡Noooo!” . “¿Nadie se quemó?”. “¡Nooooo!” . “Era agua con hierbitas y estaba hirviendo. Si no se quemaron, es porque se van a curar, si no ahora, a lo mejor mañana. ¡No desesperen! ¡Tengan fe en mi Padre Dios!”. La alegría se esparce en el gran círculo, crece al notar que cuatro más se han deshecho de las muletas y caminan hasta Fidencio. “¡Milagro!” , se oye y la palabra se corea por doquier.

“Por ahora es todo. Muchos de ustedes van a caminar entre hoy y mañana. Los que no se curen, tengan fe, arrepíntanse de sus pecados, y regresen a la curación de la semana que viene. Vamos a hacerle la lucha de otra manera”, dice Fidencio. Se refiere a curarlos provocando su ira, poniéndolos en peligro o jugando. Se retira dejando

esperanzada a la gente que todavía no ha caminado, pero lo hará, primero el Dios Padre de Fidencio.

\*\*\*

Las curaciones que Fidencio emprende no siempre tienen resultados satisfactorios. A pesar de todo, sus seguidores resaltan las intervenciones en que tiene un éxito casi milagroso, pero tienden a ocultar o soslayar a toda costa aquellas en las que los esfuerzos resultan vanos.

Aducen que se trata de personas que no han tenido suficiente fe, que no han expiado por completo sus pecados o que, de plano, no estaba en manos del curandero rescatarlos del dolor. Además, ¿cómo es posible que a él se le exija curar enfermedades que ni los mejores médicos son capaces de curar? ¿Acaso les toman en cuenta a ellos los enfermos que no se alivian o los que se les mueren? O todos coludos o todos rabones, dicen.

Se rumora de una persona que hace tiempo llegó de Durango con un brazo tullido, algo fácil de curar, comparado con los casos que parecen perdidos y que Fidencio cura sin dilación. “Hasta dormido cura esas enfermedades”, dice una de sus ayudantes. Sin embargo, a pesar de haberse curado del brazo, ahora resulta que tiene una erupción cutánea y nadie se explica cómo la adquirió. “Ha de haber sido el calor, porque los remedios del Niño, ni pensarlo”, dice un paciente en espera de ser curado.

Lo peor de todo es que después de ser curada de su brazo, la persona pierde la memoria y, agregado a eso, ya no es capaz de hilar bien sus ideas, aunque se trate de hablar de temas cotidianos o triviales. Los detractores del curandero, afirman: “Esto se debe a los remedios no patentados que Fidencio utiliza de manera indistinta en cualquier enfermedad”.

Los seguidores de Fidencio, intentan minimizar el hecho. Uno de ellos asegura con autoridad: “La safazón de ese enfermito se le ha de haber pegado mientras esperaba su turno para curarse”. “La medicina que el Niño da a los pacientes, si no cura, tampoco mata”, dice otro. “A los tullidos, ni siquiera les da medicina. Si acaso los toca o los soba, y ya”, asegura alguien más. “No es la primera vez que pasa, pero se trata de casos raros en que la persona ya viene enferma de otra cosa y no se da cuenta hasta que llega aquí”, defiende una de las ayudantes.

Los detractores jamás aceptan las razones que exponen los seguidores de Fidencio y, a su vez, éstos desechan las que presentan aquéllos. Es una discusión entre sordos selectivos. Si escuchan a alguien lo hacen solo para refutarlo. En vano se desgastan, en vano procuran exponer bien sus razones. Por otra parte, el curandero jamás abre la boca para defenderse y esto no se debe a que confíe en que alguien más lo defenderá, sino más bien a que no le interesa lo que digan de él, ni en favor ni en contra.



## CAPÍTULO 9

**P**ara bien y para mal, la región norte se encuentra más comunicada con Estados Unidos de América que con el centro de México. Es un espacio marginado en lo político, en lo económico, en lo religioso; poblado por deportados que confunden sus creencias católicas con las anglicanas del país del norte, hombres y mujeres alejados de su lugar de origen que anhelan cruzar la frontera, empeñados en mejorar su situación trabajando en el otro lado; un lugar olvidado por la iglesia católica que, aunque no atiende a sus supuestos creyentes, denuncia que otras iglesias se los arrebatan.

Decir que el noreste de México es un lugar de marginados no es nuevo. Marginados fueron los indios por los primeros invasores españoles. Marginados fueron los judíos españoles que venían huyendo de la Santa Inquisición y debieron camuflarse como cristianos nuevos. Marginados por el centro de México son los descendientes de los antiguos pobladores, aunque a veces ni siquiera piensen que lo son.

Ha sido una región marginada por siglos, siempre dispuesta a recibir nuevos marginados, sin importar que se trate de prófugos de la justicia, víctimas de injusticias, pobres, desocupados, enfermos terminales, indígenas,

activistas sociales, prostitutas, migrantes, delincuentes, descreídos, en una palabra: discriminados. A nadie se le niega aquí un espacio para sobrevivir. ¿Acaso se le negó a Fidencio a pesar de su rareza en varios sentidos?

Los pueblos, las haciendas y los ranchos se encuentran tan deshabitados que hay lugar para quien quiera quedarse aquí, así sea de paso o para siempre. Además, tan lejanos están unos lugares de otros que permiten la ilusión de que quienes desean pasar desapercibidos difícilmente podrán ser localizados. Como si el noreste fuera una región excluida del mundo, un no lugar.

De manera que quienes llegan a Espinazo, marginados o transgresores, entre católicos, anglicanos, espiritistas, descreídos, santeros, contaminan sus creencias y sus descreencias. ¿Y cuál es el resultado? Surgen religiosidades que se construyen al gusto. Los creyentes no creen en lo que les dicen que deben creer, sino en lo que quieren creer. Eligen una religión en la que se sienten bien o, mejor, construyen una a su gusto.

Sobre todo, una religión que los incluya, y no una que los excluya. Una religión que no censure las preferencias sexuales o que no margine a las prostitutas o que no satanice a quien padezca una enfermedad provocada por la promiscuidad o que no culpe a quien mate en defensa propia o que no lapide a quien ha cometido adulterio o que no cobre por pertenecer a ella o que no persiga a quien robe por necesidad o que no vea mal que alguien mienta por piedad o que no ponga a un Dios por encima de las personas o que no ataque a quienes no creen o que pida una licencia para poder predicar.

Por eso es que la gente sigue al Niño Fidencio, porque a nadie excluye, porque no cobra al curar, porque usurpa las funciones de la iglesia, porque imparte sacramentos sin

costo, porque a nadie persigue, porque a nadie discrimina al intentar su cura. Y, por encima de todo, porque Espinazo deja de ser un lugar marginado; porque, gracias a Fidencio, se da a notar entre enfermos, curanderos, gremio médico y sacerdotes; y por otra, porque el tren, los periódicos y el cine atraen gente interesada en su salud física y espiritual. Y la siempre alerta iglesia enfoca su ira en contra de Fidencio.

\*\*\*

No es sino hasta 1936, que el Ilustrísimo Señor José Guadalupe Ortiz y López, Sexto Obispo de Monterrey, atiende a las protestas porque José de Jesús Fidencio Constantino Síntora, mejor conocido como Niño Fidencio, administra sacramentos que son tarea exclusiva de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Advertido de tal irregularidad, el Obispo envía a Espinazo al sacerdote Joaquín Tapia Sánchez comisionado para hablar con Fidencio acerca del asunto. En esta entrevista, le comunica que no se le permite administrar sacramentos: ni bautismo, ni confirmación, ni comunión, ni matrimonio, ni extremaunción, ni confesión. Para hacerlo debe ser ordenado sacerdote por el Obispo.

Por supuesto, le hace ver que la decisión de entrevistarse con él no ha sido suya, que él no pasa de ser un mensajero. “Ni siquiera yo, que he sido ordenado como sacerdote, puedo administrar la confirmación, a menos que me lo permita el Señor Obispo, mucho menos puedo ordenar sacerdotes”.

Fidencio lo ve detenidamente mientras guarda silencio y no contradice ni acepta lo que el otro le comunica. “Yo no ordeno sacerdotes ni hago confirmaciones ni primeras comuniones ni casamientos”, dice sonriendo abiertamente, casi burlándose del sacerdote, casi diciendo que le han

informado mal. “Sin embargo, no me ha de negar que está mal que administre los otros sacramentos”, agrega serio, con tiento, el portavoz.

Después de conversar un largo rato, sudando para convencerlo, Tapia Sánchez llega a un acuerdo. Fidencio se compromete a no administrar sacramentos y a aceptar los requisitos impuestos por la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. El sacerdote queda complacido y se retira, no sin antes curiosear en los espacios de curación, asombrado ante lo que ve. Por momentos parece que quisiera consultarle algo a Fidencio, pero se abstiene de hacerlo.

El haber suscrito este convenio no detiene a Fidencio de continuar administrando sacramentos. La razón resulta clara y de peso: ni Espinazo ni los alrededores en la región cuentan con un sacerdote de planta. Si acaso existe uno, opera de manera itinerante, y se la pasa haciendo su trabajo en diferentes pueblos, haciendas o rancherías de manera rotativa. Una semana se presenta a officiar en un lugar, otra en otro, por lo que la gente tiene que peregrinar persiguiéndolo domingo a domingo en distintas sedes y a veces no lo encuentra donde se suponía que debía estar.

Por eso es que no le da importancia al convenio y, apremiado por sus miles de adeptos, al poco tiempo se le ve impartiendo de nuevo los sacramentos. “Mi Padre Dios es más poderoso que cualquier sacerdote y que cualquier obispo y que cualquier iglesia”, y sigue haciendo ese trabajo sin arredrarse. Es más importante la tranquilidad física y emocional de los padecientes que acuden para recibir sus beneficios gratuitos. Que la iglesia se quede con sus exigencias, pero sin los seguidores de Fidencio.

\*\*\*

Arrobado ante el portento de las fotografías, contento de verse en ellas y saber cómo lo ve la gente, sin importar que sea en blanco y negro, Fidencio se aficiona a ser fotografiado. En algunas fotos se viste con traje formal y corbata, en otras se le ve en traje de baño, en unas más aparece con ropa y sombrero de cazador, hay algunas con traje blanco y tenis. También le gusta posar caracterizado de nortño, de gaucho, de hacendado, con abrigo de piel, con ropa casual, con hábito, y hasta realizando una operación.

De ese tipo de fotografías pasa a las de montaje. En éstas aparece con la Sagrada Familia como fondo, abrazando y consolando a Jesucristo agonizante, pisoteando al Demonio, al frente del Reino Celestial, incluso ataviado como la Virgen de Guadalupe. Se caracteriza como diferentes personajes para posar y, un día, al fotógrafo se le ocurre que se ponga una túnica, y alguien dice que parece Jesucristo y, desde entonces, a Fidencio le da por vestirse con túnicas blancas.

Es evidente que le agrada ser comparado con el hijo de Dios, y al verlo ataviado así, la gente llega a creerlo una verdadera encarnación de Él. La comparación crece al grado de que a los medios les da por mencionarlo como el Mesías mexicano. Tanto llega a difundirse esta creencia, que a sus seguidores les parece raro que no muera a los treinta y tres años, como Jesucristo.

Por supuesto, para hacer creíble el rumor, se resaltan o se tergiversan detalles de la vida de Fidencio para que coincidan con la de Jesucristo y que el paralelismo entre las vidas de ambos sea más convincente: el don de sanación, el celibato, su capacidad de provocar milagros asombrosos. Esto sirve para atraer portadores de una gran variedad de enfermedades a Espinazo, ilusionados con recuperar la salud o aminorar sus sufrimientos.

La fama de sus poderes curativos tanto físicos como espirituales, hace que se sature de visitantes este lugar, muchos de ellos sin estar enfermos. No vienen a Espinazo para curarse, no vienen acompañando a enfermo alguno, sino arrastrados por la curiosidad, con la finalidad de atestiguar que Jesucristo ha reencarnado en el Niño Fidencio. No pueden dejar pasar este hecho.

No pueden desaprovechar la oportunidad de conocer a un santo viviente. ¿Qué tal si es cierto, como dicen los periódicos y la gente que lo conoce, que el hijo de Dios ha reencarnado en el Niño Fidencio, en su segunda venida al mundo, tan cerca de ellos y ellos se hacen como que no oyen, como que no ven?

Total, si es o no un verdadero Mesías, al menos lo atestiguarán, al menos no tendrán que contarles otros lo que ellos pueden ver. De esa manera, podrán decir a sus nietos que conocieron a Fidencio, que era Jesucristo reencarnado o un santo milagroso o un farsante que engañó a los ignorantes. Y todo, gracias a que lo han venido a ver ahora, de cerca, de bulto.

\*\*\*

Muchas personas dan testimonio de actos insólitos que le han visto hacer. Con candidez, con fe y con ánimos de reivindicarlo como un hombre con poderes celestiales, cuentan a quienes deseen escucharlos, que no son pocos, cómo lo han visto obrar milagros, sanar hasta lo imposible, adivinar un padecimiento solo viendo a una persona. La ingenuidad los empuja a exagerar lo que consigue hacer e intercalan una que otra mentira que hasta ellos se creen. Y no solo eso, hay quienes juran que estuvieron presentes mientras sucedía lo que el primero ha inventado.

Aseguran que lo han visto en trance espiritual y que es así como se pone en contacto con su Padre Dios, como le gusta decir, y le concede el poder para sanar. Hay quienes agregan que son testigos de cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se ven encima de Fidencio mientras sana. Dicen que le hablan y no les responde porque en ese momento él no es él, sino él con la Santísima Trinidad invadiendo su cuerpo.

Muchos cuentan que es médium, que por eso lo visitó el Presidente a quien el patrono de Espinazo inició en el espiritismo. Que esa es la explicación de sus poderes de clarividencia. Que han visto acercarse a él personas enfermas y, sin que le digan lo que sienten, les dice que se retiren y se pongan bien con Dios, porque lo único que puede hacer por ellas es rezar. Que esas personas se van y al poco tiempo mueren.

A veces es duro que diga las cosas sin tacto, pero qué se le va a hacer, si es tan inocente que no sabe engañar ni mentir. Para ejemplificar, cuentan de una niña que le ruega que le quite un dolor de cabeza. Él la ve compasivamente por lo que le va a decir, pero no deja de decirlo: “No puedo hacer nada por ti, niña. No puedo sanarte porque tus padres son primo y prima entre ellos. Retírate. No te voy a prometer un alivio que no te puedo dar”. El papá de la niña quiere saber cómo lo supo, Fidencio solo se encoge de hombros y dice: “Lo supe, nada más”.

Añaden otra muestra de su clarividencia. Un hermano de Fidencio muere en un accidente, mientras trabaja con una trilladora en una hacienda cercana a Torreón. Sin saber dónde lo han enterrado, el Niño llega al panteón y, sin preguntar, va directo a la tumba de su hermano. Como si pudiera escucharlo, le dice: “No te preocupes por tu familia, un sindicalista va a venir para entregarles la indemnización”. Poco tarda en suceder lo que dice. La cuñada y los sobrinos reciben lo que ha vaticinado.

No todos los esfuerzos de los adeptos por engrandecer la figura pública del sanador resultan útiles. Mientras intentan incluir a Fidencio como parte del Reino Celestial, probándolo con testimonios dudosos, no falta quien tome todo eso como una prueba de que no es un santo, ni un Mesías, sino un hombre que se ha dejado engañar por el mismísimo Demonio, haciéndole creer que es Dios quien le habla, cuando en realidad es todo lo contrario.

\*\*\*

Para Fidencio no es difícil creer en lo que hace. Podría hasta decirse que de acuerdo a la manera en que viste es como se asume. Es decir, según la fotografía para la que pose, se convierte en el personaje representado. Es como una especie de escape de la gran cantidad de enfermedades que debe atender. Por eso es que lo goza. Jamás se resiste a hacerlo y hasta lo promueve, porque para él es una especie de juego, y muy divertido.

Así es que no se cree en el papel de los personajes que representa. Más que creerse, es un bañista, un cazador, un norteco, un gaucho, un hacendado, un monje, un médico, un integrante de la Sagrada Familia, un consolador de Jesucristo, un vencedor del Demonio, el mismísimo Jesucristo y, por qué no, la Virgen de Guadalupe. No solo se disfraza de cada uno de esos personajes. Es cada uno de ellos. Sin importarle que al posar como Virgen de Guadalupe lo tachen de joto. No tiene problema en absoluto para eso.

Es concebible entonces que para él no sea difícil creer cualquier cosa que se proponga. Si decide que va a curar una enfermedad por más imposible que parezca, no hay poder en esta tierra que lo detenga. Tal vez en otro sí, pero cree que Dios está de su lado y lo protege. El enfermo

terminará curado porque Fidencio tiene la convicción de que lo hará y el enfermo se siente casi obligado a no fallarle y a dejar de estar enfermo.

Si Fidencio cree a pie juntillas que una voz le ha revelado su destino bajo el pirul diciendo: “No llores, Fidencio, que vas a recibir el don que mi Padre Celestial te ha dado, tú serás el médico de los médicos y todas las enfermedades que mi padre ha mandado tú las curarás con puras hierbitas del campo que a ti te gusten, las cocerás y esa será la medicina para todas las enfermedades”, no hay poder que lo convenza de que lo ha soñado o inventado. Sería como decirle mentiroso. Y eso no se le dice a él. No en Espinazo.

Asume que puede curar cualquier enfermedad a menos que se trate de alguna que no haya mandado Dios. Ahora que, si se trata de una enfermedad que haya mandado el Demonio, Fidencio nada tiene que hacer al respecto. Y tal vez ni siquiera Dios.

Incluso ante el Presidente Calles, durante su visita, reconoció que Dios le ayudaba a sacar a la gente del dolor. Dicen que el político sonrió complacido, no se sabe si porque él no era creyente o por la ingenuidad de Fidencio, al no darse cuenta de que Dios nada tenía que ver con su capacidad de curar a cuanto enfermo se le plantara enfrente.

\*\*\*

No puede afirmarse que el Niño Fidencio sea el único caso de una persona que haya sido famosa por sus curaciones, sus aparentes milagros, su mesianismo, su arrastre con la gente. Muchos Niños Fidencios con otros nombres, hombres y mujeres, hay regados por los alrededores y en muchos otros lugares de México y del otro lado de la frontera. Tal vez lo único que lo distingue de los demás sea

el descomunal aparato de difusión que lo arroja desde la tan citada visita del Presidente. Se dice siempre así, como si eso fuera equiparable a una visita de Dios a Espinazo. Y si vino el político, ¿por qué no creer que el mismísimo Dios protege al curandero?

Tal vez el principal imán que tiene se deba a que acepta a todo tipo de gente marginada y no marginada, creyente y descreída, ortodoxa y heterodoxa, normal y anormal, respetuosa y forajida, estudiada e ignorante, pecadora y recatada, religiosa y no religiosa, oscurantista y científica, adoradora y destructora de imágenes, cristera y no cristera. Para él todas las personas terminan siendo hijas o hijos de su Padre Dios y, por ende, todos resultan ser sus hermanos en Dios.

Tal vez lo que le ha valido para permanecer a salvo de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana es que esta se encuentra maniatada por los ecos de la Guerra Cristera. Si no ha recibido su ataque frontal es porque apenas puede darse abasto con su principal contrincante: el México laico que en estos tiempos rige.

Fidencio ni siquiera se da cuenta de que enfrenta al catolicismo. ¿No cree él mismo en Jesucristo, en la Virgen de Guadalupe, en los santos y en Dios? ¿No cree acaso en los sacramentos y hasta los administra? ¿No cree en la cruz que plasma en su vestimenta? ¿No se viste con hábitos franciscanos? ¿Acaso todo eso es reverenciar al Demonio o ir contra las doctrinas del catolicismo? ¿Acaso él mismo no fue monaguillo durante su niñez?

¿Acaso los matachines que danzan en Espinazo lo hacen en honor al Demonio? ¿No es el demonio en forma de dolor al que expulsa cada vez que lleva a cabo una sanación? ¿Las peregrinaciones, las oraciones en espacio abierto son para el Malo y no para Dios? ¿Qué culpa tiene de que el gobierno

haya clausurado las iglesias? ¿Qué culpa tiene de que lo sigan más creyentes que a los sacerdotes que se la pasan pensando en las limosnas, en los diezmos, en el cobro por administrar sacramentos?

Tal vez lo que el clero no puede soportar es que las prácticas de Fidencio revuelvan ritos católicos, santería, espiritismo y, su peor pecado, que se haga pasar por santo. Tal vez por eso sea que le achaquen rasgos de hechicería, y que lo quieran hacer ver como un farsante, como un impostor que usurpa el lugar de los sacerdotes de la religión verdadera hacia el único Dios verdadero.



## CAPÍTULO 10

**B**ajo la doble sombra de la noche y del pirul, Fidencio se sienta a descansar de tanto trajín, de tantos enfermos que se le cargan. Ni un respiro le dan con las ansias que tienen de esfumar sus dolores, de escapársele a la muerte. De nada sirve que les confiese su cansancio, que no todo lo puede curar o que algunos no escaparán a la muerte. Quieren creer que es su salvación y cierran los oídos a sus palabras y lo obligan a librar una lucha que ya perdieron y no puede pelear por ellos.

A veces, para escapar del gentío, se oculta en ropas de mujer, se pierde en el monte cuando nadie lo ve, a oscuras como esta noche, para descansar del ruido, de las voces que no dejan oír las propias. Aquí se pone a recordar cuando era niño de veras, no como hoy que así le dicen, pero no lo es.

Le gusta este pirul que de noche da más sombra y más recuerdos. Justo en este instante le brota de la memoria que nació como el hijo catorce de los veinticinco -o quizá dieciocho- hijos que tuvieron sus padres. No lo puede saber. A nadie alcanzó a preguntarle porque lo dejaron huérfano muy pronto. Y aunque no hubieran muerto el padre y la madre, debe ser difícil que tras tener trece hijos se pueda llevar la cuenta. El caso es que ni antes ni después de que

él nació, dejó de parir su madre. A veces cree que en vano, porque para que de veinticinco o dieciocho sobrevivieran él y otros tres, algo debió andar mal.

Qué lejanos y pocos los días en que fue niño en Valle de Cuevas. Un corto lapso feliz antes de que la vida empezara a mostrarle su rostro duro e inclemente. Si sabe que fue feliz no es porque lo recuerde, sino porque hubo quienes se lo platicaran. Feliz por fuera y nada más es lo que debe haber sido. Aunque lo agradece a otras personas, cómo le hubiera gustado estar ahí cuando dicen que fue feliz. No menosprecia la paz de la doble sombra que ahora lo protege, pero la cambiaría por vivir aquello de nuevo y entonces sí, tratar de construir sus propios recuerdos.

Pero la vida no da más que una oportunidad y ni siquiera él, con todo lo poderoso que la gente cree que es, tendrá esa concesión. Es como si su destino fuera ser niño de por vida a cambio de no tener niñez. Así le tocó y no es quién para reclamarle a Dios, que todo se lo ha dado. ¿No hay que agradecer acaso la fortuna de no ser uno de los hermanos que se le murieron? Sería un ingrato si no lo reconociera. Y es por eso que antes de que empiece el hervidero de enfermos acosándolo en busca de salud, respira la paz y la sombra del pirul y de la noche.

\*\*\*

Hay recuerdos confusos, que para nada le sirven. De esos no se apropia. Los deja en manos de quienes los cuentan porque en lugar de aclararle su niñez se la empañan y hasta se la enlodan. ¿De qué le sirven esos recuerdos? ¿A quién le sirven? Ni siquiera a quienes le cuentan lo que le cuentan. No puede ser cierto cuanto le dicen. Se contradicen los recuerdos de unos con los de otros. Tal vez un memorioso tenga razón, pero los demás se confunden y lo confunden.

Que su madre lo dio muy niño a una señora, dizque por no poder mantenerlo y la señora era sola y necesitaba quien le ayudara en las labores de su casa. Que no es cierto, que no se lo dio, sino que se lo regaló, lo cual es muy diferente. Puedes dar lo que no quieres, lo que ya no soportas, lo que te tiene harto. Pero regalas lo que sabes que dará alegría. Regalas lo mejor de ti a una persona a la que aprecias. No vas a regalarle lo peor. Lo peor de ti lo das, no lo regalas. Y se enfrasan en esa discusión hasta que se rompe el frasco, por así decirlo.

Aún hay quien viene y contradice y asegura que no fue dado ni regalado, sino que más bien la madre se lo prestó a una viuda nada más por mientras. No saben decir cuánto duraría ese mientras, ni saben aclarar mientras qué sería el préstamo, si mientras la viuda trabajaba, si mientras crecían sus casi huérfanos, si mientras la viuda conseguía con quién casarse de nuevo, si mientras se componía la situación en la casa, si mientras la madre paría al hijo del que se encontraba preñada, si mientras la misma madre conseguía otro esposo porque el padre había muerto. Es difícil decirlo, porque tampoco se ponen de acuerdo en la edad en que la madre lo prestó.

Otra versión viene a decir que la madre no lo dio, ni lo regaló ni lo prestó a otra mujer, sino que una familia lo recogió cuando quedó huérfano de padre y madre. Lo dicen como si se tratara de una cosa que se encontrara tirada en la calle o de un perro sin dueño y sin rumbo. Lo recogieron. Así dicen. No lo acogieron, porque trabajaba de mocito en esa familia y recibió maltratos. Tampoco lo adoptaron, puesto que conservó su nombre original, José de Jesús Fidencio Constantino Síntora, que la gente vino a cambiarle por el de Niño Fidencio cuando creció. No se sabe si esto fue después de ser dado, regalado o prestado, ni si ser recogido fue la única opción.

Para el Niño, lo mismo da si lo dieron, lo regalaron, lo prestaron o lo recogieron. Después de tantos años de padecer el desamparo y la servidumbre sin recibir algo a cambio, siempre ha sentido que lo trataron como a un arrimado que nada merece. Si ha ganado dignidad es gracias a lo que hace por la gente que lo ve como un santo, como un milagrero, como alguien capaz de quitar los dolores del mundo. Pero a veces, como en este raro momento a solas, siente que nadie lo ha tratado como persona y, lo peor de todo, no puede evitar el llanto ni las ganas de morir.

\*\*\*

Un vago recuerdo que a nadie le debe es el de la iglesia de su niñez. Era más alta que los techos de cualquier casa que haya conocido, mucho más alta que este pirul y, salvo durante las misas, repleta de un impresionante silencio, aunque nunca mayor que el de este momento de sombra y de paz.

La misa era en latín. Nada entendía y al principio llegó a creer que eso era pecado y que Dios podía castigarlo por no entenderlo, que era como no creer en Dios. Eso lo asustaba y por las noches no podía dormir. El cura lo notó y le preguntó qué le pasaba. Por fortuna no le preguntó en latín y eso le permitió contestar que tenía miedo porque no entendía la misa y preguntó si eso era pecado.

El cura sonrió divertido por la respuesta y le dijo: “No te preocupes, Fidencio, a veces ni yo me entiendo cuando digo la misa en latín, pero no se lo digas a nadie”. Y los dos sonrieron y desde entonces se hicieron amigos. Eso nadie se lo contó. Eso no lo contará porque así se lo prometió al cura, cuyo nombre nunca supo, porque todos le decían El Padre. Se detiene a pensar en las personas que ha conocido y llega a la conclusión de que fue el único que lo entendió

de niño. Recapacita y concluye que tal vez haya sido el único que lo ha entendido en toda su vida.

Le gustaba ver cómo los asistentes, después de un largo sermón del Padre, aunque no lo dijera en latín, empezaban a cabecear. Grandes y chicos, mujeres y hombres, jóvenes y viejos cabeceaban hasta que, al oír la campanilla, despertaban en un sobresalto y con la sorpresa de que se encontraban en la iglesia y no en la cama. Era divertido para él, pero no reía para que nadie creyera que se burlaba o le faltaba al respeto, mucho menos en medio de una misa.

Jamás recogió la limosna y nunca pidió hacerlo. No le atraía. Además, el otro monaguillo se encargaba de eso. Le gustaba verlo pasar con la canastilla entre la gente para que cada quien echara su limosna. Le parecía curioso que no todos dieran lo mismo, y mucho más divertido que el monaguillo, antes de entregar la canastilla al Padre, metiera la mano en ella a escondidas para poner en sus bolsillos algunas monedas. Como Fidencio creía que así era la liturgia, nada dijo.

Fue ya grande cuando se dio cuenta de que cada feligrés echaba en la canastilla cuanto podía, sobre todo los pobres, y que, según la ropa que vestía, era la limosna. Si la ropa de la persona era fina, en la canastilla caía un billete extendido de manera que todos lo notaran. Si la ropa era vieja y gastada, de una mano siempre apretada caía una moneda, como si la mano no la quisiera soltar o como si quisiera ocultar lo que depositaba. Estos sí son recuerdos suyos que a nadie debe y que a nadie confiará.

\*\*\*

Hay quienes le platican malos recuerdos de su niñez, como aquellos de que lo maltrataban. Él los oye, pero los deja pasar porque no lo siente así, porque si lo regañaron,

lo castigaron o lo golpearon, siempre se lo ganó. ¿Cómo no iban a regañarlo por su mal trabajo o por demorarse? ¿Cómo no lo iban a castigar si reincidía en los errores por más que le indicaran cómo trabajar bien? ¿Cómo negar que algunas veces cometía maldades que le hacían merecer mucho más que un castigo? ¿Cómo no ganarse los golpes si era duro de cabeza y no alcanzaba a entender lo que niños más pequeños entendían sin esfuerzo?

Por todo eso sería incapaz de reclamar a quienes lo mantenían como si se tratara de un hijo más, a quienes lo recomendaban con el Padre para que le ayudara pese a los pecados que sin intención cometía, a quienes sin ser sus padres le daban comida y bebida, a quienes le regalaban ropa y le brindaban alojamiento. Y, por encima de todo, hasta lo mandaban a la escuela para que aprendiera como si fuera un niño de buena familia.

Bien se da ahora cuenta de que a la escuela iba cargando los útiles y los libros del niño de la casa; de que no lo trataban más que como a su mocito y no como si fuera un hijo; de que según el humor con el que el sacerdote anduviera, a veces no le daba ni las gracias y hasta de coscorrónes lo proveía; de que la comida que recibía no podía compararse con la del amito, aunque sí era mejor que la que le daban al perro; de que la ropa que le regalaban era la que otros desechaban por vieja y raída; y de que el cuartucho en que lo alojaban era el peor de la casa.

Eso no puede negarlo, pero debe reconocer que los papás del amito eran buenas personas y siempre hacían cuanto estaba a su alcance para que no acabara siendo un niño de la calle o una mala persona. Y eso de la mejor voluntad, sin esperar algo a cambio. Bastaría comparar aquella familia con las de los otros ricos de su niñez y no encontraría más que gente de mal talante para con los

pobres, que evitaba gastar un centavo de más hasta para sus hijos, que veía con desprecio a los huérfanos, como si se tratara de apestados o tullidos, como los que tanto abundan ahora en los alrededores de Espinazo, esperando su cura.

Si no fuera por esas buenas personas que lo protegieron tanto mientras trabajaba para ellas, no sería lo que ahora es. Por eso se pregunta cómo no agradecerles todo lo que les quedó a deber. Es por eso que ahora trata de hacer lo mejor para sanar a quienes lo necesitan. Sabe que confían mucho en él y no puede defraudarlos. Por eso siente que ayudarles con sus dolores es como pagar a Dios lo que aquella gente le dio de buena fe cuando era niño. Por eso no puede creer los malos recuerdos que otros vienen a traerle desde su niñez porque mienten, porque nadie jamás de niño lo maltrató.

\*\*\*

Mira las estrellas que demoran su viaje para no perderse ninguno de sus recuerdos. Hurga en su memoria y debe reconocer, si ha de ser sincero, que maltrato sí recibió, pero no vino de aquellas buenas gentes, sino de los niños, tanto en el templo como en la escuela. No sabe por qué, pero lo empujaban y le ponían zancadillas para que se cayera y poder burlarse de él. Por nada que él les hubiera hecho lo hacían. No puede recordar alguna maldad que haya intentado siquiera contra ellos.

Sabe que el maltrato venía de los otros niños pero no puede encontrar un motivo para que lo trataran como si fuera un perro, o peor, un monstruo. De nada servía que los mayores los regañaran. Ellos lo malmodeaban una y otra vez. ¿Por qué lo hacían? ¿Por qué ni a los mayores obedecían cuando se trataba de herirlo? Al profesor menos que al sacerdote, pero ni a él obedecían en cuanto a no maltratarlo tanto en la iglesia como en la escuela.

El maltrato no era por maldad. De eso está convencido. Lo maltrataban porque le tenían miedo. Y no poco. Todo empezó con el juego de adivinanzas que a uno de ellos se le ocurrió. “Vamos a ver quién adivina con los ojos vendados quién se le pone enfrente”, dijo, y a todos les pareció divertido. Empezaron a hacerlo sólo entre amigos. A él ni siquiera voltearon a verlo. El juego empezó y algunos adivinaban por accidente, pero excepto un niño que adivinó dos veces, nadie lo consiguió más de una.

Cuando empezaron a aburrirse, por reírse de Fidencio, lo invitaron a jugar. Lo vendaron y pretendieron dejarlo ahí, en medio del patio, mientras en silencio se retiraban. “¿A dónde van?”, les dijo, y se detuvieron sorprendidos. ¿Podía verlos? Regresaron y uno tras otro fueron desfilando frente a él, y uno tras otro adivinó de quién se trataba. ¿Y si era un brujo y no lo sabía ni él? Desde entonces lo evitaron y lo empezaron a maltratar.

Un día se le acercó uno de ellos, lo vio atento a los ojos, como para intimidarlo, y recibió palabras inesperadas de Fidencio. Tal vez le haya vaticinado una desgracia en la familia, un accidente con un cuchillo o una navaja, la fractura de algún hueso. El caso es que el otro lo empujó molesto y sin mucha convicción, y se retiró. Días después se cumplió el vaticinio. El miedo creció.

Lo notaba cuando se acercaba y los miraba a los ojos. Se ponían nerviosos de que los viera con fijeza. Se retiraban, casi huían. Él los seguía y les decía lo que había descubierto en sus ojos, anunciaba lo que les esperaba y los dejaba en paz. Invariablemente el vaticinio se cumplía. Así empezó. Como venganza, como si él fuera culpable, como si los dañara, venían y lo golpeaban. Le decían niña, joto, tonto, loco.

Se negó a asistir a la escuela y solo llegó a tercer grado. Suficiente para él, para que aprendiera a leer y a escribir. Nada más le hacía falta. Si sabía leer los ojos de los otros y adivinar, ya nada necesitaría. Nadie lo pudo convencer de que regresara a la escuela.

\*\*\*

La primera vez que hizo un mandado a pedido de una persona que no pertenecía a la familia con la que vivía, se sorprendió de recibir una moneda. Para él, que jamás había tenido una en sus manos fue como recibir un tesoro. Desde entonces, apenas tenía tiempo libre, iba por las casas preguntando si no se ofrecía algo. Por supuesto que no le encomendaban mandados muy difíciles: llevar un recado y esperar a que le dieran la respuesta, ir a la casa de la planchadora a dejar ropa (jamás traerla porque podía entregarla revuelta o arrugada), acarrear bultos que no excedieran su capacidad, sobre todo transportar objetos que no se rompieran ni se maltrataran fácilmente.

Aquello no duró tanto. Terminó cuando un grupo de sus ex compañeros de escuela lo interceptó mientras llevaba de regreso un recado, lo sujetaron, se lo arrebataron y uno de ellos le dijo: “Adivina en cuantos pedazos se puede partir este recado”. “¡No es mío!”, les advirtió. “No pregunté si es tuyo. Quiero que adivines en cuantos pedazos se puede partir”. “Lo adivino, pero no lo partas”. “Bueno, a ver, dilo”. “En ocho, pero no lo partas”. El otro niño lo partió en ocho pedazos y gritó con burla: “¡Adivinaste!”. “¡Te dije que no lo partieras!”. “¡Y cómo íbamos a saber si habías adivinado?”. Fidencio lo miró fijo a los ojos y de inmediato el otro echó a correr. “¡Vámonos!”. No lo dijo dos veces. El miedo ayudó.

No le quedó otra opción que recoger los ocho trozos de papel y llevarlos al destinatario. Llegó llorando

desconsolado y entregó los restos del recado. “Me lo arrebataron unos niños y lo rompieron, perdón”, dijo con el rostro enlagrimado. No esperó más, partió a toda velocidad sin saber a dónde se dirigía y dejando ignorada una moneda en la mano del destinatario. Fue su último día como mandadero.

En lapsos no muy prolongados, fue vendedor de objetos cuya venta no implicara realizar cálculos complicados, trabajó como ayudante de cocinero (lavando platos, pelando papas, cortando carne o verduras), lavó ropa con pulcritud obsesiva (horas intentando y consiguiendo arrancar una mancha hasta que el patrón lo apremiaba). No replicaba ante lo que le encomendaban, lo hacía de buen humor y si los patrones tenían queja de él no se debía a que lo hiciera mal sino a su minuciosidad.

Recuerda a patrones que lo trataron y le pagaron muy bien, pero también a otros que lo trataron como si no fuera niño, como si fuera un hombre grande y fuerte, y encima le trataron como esclavo. Ha olvidado sus nombres, pero no sus rostros. No quisiera recordarlos. Pero de la dueña de la planchaduría en que trabajó, no puede olvidar el nombre. Se llamaba Francisca López Ortega y no hay día en que ese nombre deje de atosigarlo.

Para su fortuna, tampoco tiene presente su rostro. Así es mejor. No vaya siendo que se le aparezca algún día y la reconozca y en lugar de aliviarla le ponga un mal. Y él no está para eso.

\*\*\*

El amito creció por su cuenta, alejado de necesidades o carencias. Aislado de las injusticias del mundo, ignorante de que había gente que vivía en la hambruna y en una esclavitud que se prohibía por derecho, pero existía. ¿Cómo

iba a enterarse de algo que no le sucedía a él ni a los de su casa? Ni siquiera se enteró mientras convivía con Fidencio. Mucho menos iba a notarlo si lo veía siempre tan contento de que él fuera su amito.

Era de esperarse. Jamás lo acompañó en sus ocupaciones. Nunca tuvo necesidad de dinero. Tal vez ni lo conocía porque no había algo que deseara y que no se lo consiguieran al instante. Jamás supo lo que era hacer un mandado porque otros lo hacían por él, ni cómo se vendía ni cómo se compraba porque todo parecía caerle del cielo con apenas desearlo.

Si bien es cierto que cuando el amito, que ya no era tan pequeño, se fue a estudiar más lejos, se lo llevó de cocinero, poco a poco fue dejando de ser el amito para convertirse en el amo. Claro que cuando empezó a notar las injusticias y las diferencias sociales, la costumbre de sustituir lo de amito por amo desapareció porque al parecer le avergonzaba ser tratado así delante de sus compañeros de estudios, por lo que terminó convirtiéndose, de amo cuando estaban a solas, en Enrique cuando había gente.

Aunque pasaron varios años, a Fidencio le pareció intempestivo todo, y cuando menos se lo esperaba, el amo Enrique terminó sus estudios y regresaron a casa de los papás. Poco duró ahí Enrique, porque de repente, sin decir a dónde se marchaba ni a qué se dedicaría, sencillamente se esfumó de la casa. Fidencio sintió mucho quedar como huérfano de nuevo, como si perdiera otro papá, y tal vez peor, porque al primero ni siquiera lo recordaba y con éste sí había convivido.

Como no tenía sentido seguir en aquella casa, Fidencio se enroló en trabajos diversos en los que no duraba ni la víspera. A veces no alcanzaba a cobrar su primer sueldo en un trabajo cuando ya era despedido por su torpeza o porque

el amo era abusivo. Vagó sin rumbo por varios pueblos, trabajó por comida, le pagaron con miseria, pero nunca reclamó. ¿Qué caso tenía hacerlo si los patrones llevaban siempre la razón o la fuerza?

Después de años sin que se supiera de su paradero, con la revolución en marcha, el amo reapareció convertido en el coronel villista Enrique López de la Fuente. Para entonces no solo tenía grado militar, sino un hijo y, además, era viudo. Fue entonces cuando, desde Espinazo, mandó llamar a Fidencio porque lo necesitaba con urgencia. No tuvo que rogarle. Fidencio acudió.

La noche avanza y Fidencio no ha podido reponerse como ha sucedido otras noches. El peso de la vida le parece insoportable. Los trabajos de sanación lo desgastan más cada día. Algo debe cambiar en su vida, pero no sabe qué.

## CAPÍTULO 11

**E**l tiempo no pasa impunemente. Atrás ha quedado la protección de Plutarco Elías Calles, quien ya no está en el poder y, para remate, ha sido expulsado de México por el nuevo Presidente, el General Lázaro Cárdenas. Atrás ha quedado también la Cristiada, y la Iglesia Católica, Apostólica y Romana se ha recuperado y poco a poco vuelve por sus fueros, pudiendo celebrar culto, siempre y cuando lo haga adentro de los templos.

Es por eso que ahora el flujo de adeptos y de enfermos que solicitan la intercesión de Fidencio para liberarse de sus afecciones ha disminuido. Ya no son los más de treinta mil que llegaron a poblar Espinazo en 1930. Si por él fuera, continuaría así, porque prefiere curar en contacto con los enfermos y no mediante ritos sanadores multitudinarios. Sin embargo, no está solo. Hay gente que de él depende: quienes venden comida y bebida, quienes fabrican y ofertan veladoras, quienes administran sus sanaciones.

Es noticia de periódico que quienes lo rodean organizan un viaje en tren para ver si se utiliza una sede alterna a Espinazo, en vista de la reducida cantidad de gente que visita actualmente el lugar. Corre el año de 1937 y Fidencio viaja a un poblado de San Luis Potosí. El lugar se llama Dulces

Nombres y lo acompaña un grupo de discípulos a los que la prensa se refiere como sus apóstoles. Van en busca de un mejor lugar, uno más bien comunicado, a donde se llegue por tren, a pie o en autobús.

La gente que espera ser curada desespera porque regrese. Que Fidencio se ha ido, dicen, y es para siempre. La espera se vuelve angustia. ¿Cómo no, si es como si se les cerraran las puertas del paraíso o como si las sentenciaran a seguir padeciendo, si no es que a muerte? Que cambiará el consultorio a tal o cual lugar. La esperanza revive. “¿A dónde irá el Niñito que no lo sigamos?”. “Si al Infierno va, allá lo seguimos, aunque antes tengamos que matar al Malo”.

“Dicen que no le costea quedarse aquí, porque nadie paga”. “No creo que sea por eso”. “Más bien es que a nadie le cobra”. “Ha de querer curar más gente, no que aquí venimos muy pocos”. “Ni tan pocos. ¿No ve que con nosotros no se da abasto?”. “Yo llevo semanas aquí y no he podido llegar hasta él, para que me cure”. “Quien sabe entonces qué ande haciendo allá”. “Ha de ser por argüendero que es Don Enrique, el que lo mangonea, ése al que le dice papá”. “Solo que sea por eso”. “¿Cómo no va a ser, si siente que se le acaba la minita?”.

En pocos días, Fidencio y sus acompañantes regresan a Espinazo y la gente vuelve en sí cuando se reanudan las curaciones. “Ojalá me toque sanación antes de que se vaya para ese otro lugar”. “Ni se le ocurra decirlo”. “No nos eche la sal, oiga”. El tiempo sigue su curso. El cambio de sede no se lleva a cabo. El lugar al que planeaba cambiarse se queda vestido y alborotado. La gente sigue feliz, aun cuando no le llegue el turno de curarse. Fidencio en cambio se ve decaído, agotado porque, pese a que viene menos gente, debe redoblar esfuerzos para curar a la que ya espera, a la que llega y a la que está por llegar.

\*\*\*

Una mañana, contra lo acostumbrado, Fidencio no se presenta en el consultorio. ¿Le ha pasado algo? ¿Se encontrará enfermo? ¿Cómo? ¿Y acaso él, que todo lo cura no se puede curar a sí mismo? La gente se arremolina impaciente. ¿Qué será de ella si le pasa algo al curandero, al sanador, al hacedor de milagros? Pasa toda la mañana, llega la tarde y ni señas de él. “Hay que preguntarle a Don Enrique”, dice uno. “¿Para qué, con el genio que se carga?”.

La gente se dispersa, decide salir en busca de comida, al fin que este día ya se perdió. Hay quejas por doquier. “Si trabajando no da abasto, ¿ahora sin trabajar?”. “Hay que buscarlo”. “¿Con lo bueno que es para esconderse?”. “Es cierto, el Niñito puede esconderse hasta en el aire”. “Hay que esperar, ya verán que aparece cuando menos pensemos”. Y como para darle la razón al último que habla, Fidencio aparece sonriente con una bolsa enorme en los brazos.

“¿Pues dónde andas, Niñito?”. “Por ahí”, dice señalando difusamente hacia sus espaldas. “¿Y eso qué es?”. “Son listones para adornar Espinazo”. “¿Negros? ¿Por qué listones negros y no de colores?”. “Son para que sepan que voy a hacer un largo viaje”. Quienes lo rodean fruncen el ceño. ¿Entonces sí es cierto que se va a curar a San Luis Potosí? “¿Y a dónde te vas, Niñito?”. “Lejos, lejos de todos lados”, dice contento, casi aliviado a pesar del decaimiento.

Observa las caras tristes y les dice: “Tengo que colgar estos listones”. “¿Y dónde los vas a poner?”. “En todas las casas de aquí. Ahora en la tardecita tienen que quedar listos, para que todos sepan que ya me voy a morir”. “¿A morir?”, dicen varios abriendo asombrados los ojos. “Ni lo mande Dios, Niñito, itú no puedes morir!”. “¿Y quién nos va a curar si te mueres?”. “Con eso no se juega, Niñito”. “No es juego, ya estoy muy cansado de curar, ya no puedo más”,

exagera el gesto de abatimiento, mientras echa a caminar seguido de Ulises, el hijo de Don Enrique.

“¡Ah!”, dice deteniéndose, “pero voy a volver para seguir curando”. “Entonces es una broma eso de que te vas a morir, ¿verdad?”. “No es una broma: sí me voy a morir”, sigue caminando y al llegar a la primera casa saca un trozo de listón, unas tijeras, lo corta, lo hace moño y lo coloca en el saliente de una ventana. La gente que lo ha seguido ya no sabe qué preguntar. “¿Cómo puedes morirte y luego volver?”. “¿Vas a resucitar?”.

No contesta. Sigue caminando, la gente no se le despega. “¿Entonces?”. “¿Entonces qué?”. “¿Entonces cómo vas a volver?”. “Pues muy fácil: voy a volver en otra persona y nadie va a saber en cuál. Ni siquiera esa persona va a saber que es yo”, dice con una sonrisa divertida. “No juegues con nosotros, Niño”, dice una anciana. “Si tú te mueres, nosotros nos vamos a morir sin quién nos cure”. Fidencio los mira a todos y les dice: “Ustedes no se van a morir antes que yo”. Como si la gente se sintiera a salvo con tal aseveración, deja que Fidencio y Ulises sigan colocando moños negros en las demás casas.

\*\*\*

Dos días después de colocar moños negros por todo Espinazo, los enfermos vuelven a quedarse esperando para que los cure. ¿Y ahora qué? ¿Acaso no ha terminado de enlutar el lugar? ¿Se habrá ido como se ha anunciado al lejano San Luis Potosí? ¿Habrá sido capaz de abandonarlos en su dolor? No, él no es capaz de desentenderse de los dolores de otros. Podrá olvidarse de sus propios dolores, pero no de los de la gente que va a verlos, porque parecen dolerle más.

“No creo que se haya ido sin avisar”. “¿No avisó antier ya que se iba a morir?”. “¿Usted cree que haya muerto de verdad?”. “No puede ser. ¿Cómo puede morirse sin curarnos?”. “El lunes dijo que los que estábamos alrededor de él no debíamos preocuparnos, porque nos íbamos a aliviar”. “Pues he oído eso, pero yo acabo de llegar y no estuve ahí”. “¿Cómo puede haberse muerto si tenía que curarme?”. “Dirá: si tenía qué curarnos”. “Sí, eso quise decir”. “No ha de tardar”, dice alguien y todos callan.

“¿Y si no viene?”. “Tiene que venir”. “¿Y si se murió?”. “Tiene que resucitar”. “Dios nunca lo abandona”. “Ya se ve muy cansado, además, miren todas las casas con moños de luto”. “¿Y si se trata de una broma?”. “Puede ser. ¿Ya ven cómo le gusta bromear?”. “Pues la broma no es muy divertida”. “Es cierto, no tiene ninguna gracia”. “Y la casa en que vive está cerrada. No han salido ni Ulises ni Don Enrique. Ya sería hora de que salieran a decir algo”.

Cientos de rostros compungidos se encuentran en la incertidumbre. Esperan y no saben a ciencia cierta si lo hacen en vano o vale la pena. Miles esperan alejados del lugar, convencidos de que todavía no les toca su turno para ser atendidos por Fidencio. Quienes esperan frente al consultorio ven salir a Don Enrique y no alcanzan a formular sus preguntas, porque el hombre dice muy solemne: “Se acabó, señores. El Niño Fidencio acaba de morir. Hagan favor de desalojar, porque no tardan en venir unos doctores a hacerle la autopsia, para después embalsamarlo”.

La gente se arremolina indecisa. ¿Cómo va a estar muerto el Niño? No, él no está muerto, y nadie tiene derecho a hacerle la autopsia. ¿Cómo van a dejarlo en manos de sus enemigos, los doctores? ¿Cómo van a permitir que le hagan la autopsia estando vivo? Nadie se retira, no es necesario para que la voz se corra: “El Niño Fidencio acaba de morir”.

“¿Qué?”. “Que alguien mató al Niño Fidencio”. “Que unos doctores le quieren hacer la autopsia al Niñito, aunque todavía esté vivo”. “Que unos doctores quieren matar al Niño Fidencio”. “Que el Niño Fidencio ya no va a curar”. “Que no hay que dejar que maten al Niño”. “Que hay que velar tres días al Niño Fidencio porque va a resucitar”.

Hoy, miércoles 19 de octubre de 1938, se esparce el rumor de que José de Jesús Fidencio Constantino Síntora, mejor conocido como Niño Fidencio, ha muerto. La gente solo piensa en revivirlo y nadie puede persuadirla de lo contrario. Espinazo se convierte en un manicomio.

\*\*\*

Los enfermos que esperan curación de Fidencio se arremolinan alrededor de la casa en que ha muerto. Forman una valla infranqueable, empeñados en no permitir que entren los médicos que han de practicarle la autopsia, según lo ha anunciado Don Enrique. Aunque todavía no llegan, no dejan un resquicio para que pasen al interior. A menos que lleguen por el aire, será imposible que puedan hacerlo.

“¡No está muerto!”, grita una mujer y un vocerío corea lo mismo. “¡Está meditando!”, coro eco de la multitud. “¡Está dormidito y quiere descansar!”. “¡Lo que los doctores quieren es vengarse!”. “¡Quieren matarlo porque son sus enemigos!”. “¿A quién se le ocurre hacerle esa maldad?”. “El Niñito es de nosotros y no del tal Don Enrique!”. “También él quiere matarlo!”. “¡Viejo cochino, ya sabemos...!”. “Es cierto, acuérdense de cuando lo corrió”. “Lo quiere matar porque no le hizo caso de irse a San Luis!”.

Así se pasan el primer día y los médicos no llegan. Hasta el jueves hacen acto de presencia, inútilmente, porque la valla humana es hermética y les resulta imposible colarse hacia el interior de la casa. “¡Déjenlos pasar!”, se oye el grito

de Don Enrique. Nadie se mueve, aunque lo ven amagar con la pistola. El griterío en su contra es atronador. Los médicos se retiran, no quieren provocar a los enfermos. Don Enrique insiste en su petición y es desoído.

Amenaza con que mandará traer a la policía para desalojarlos. Nadie se mueve, nadie da un paso atrás. Los gritos enfurecen. Cunden los vituperios hacia la policía, hacia los médicos, hacia Don Enrique.

Leprosos, infectados, tullidos, ciegos, llagados, en este momento pueden ser confundidos con los locos más feroces, todos parecen haber perdido el control, la razón.

Los médicos se alejan, Don Enrique se encierra en la casa. Tal vez la policía sea capaz de hacer algo, pero ha de tardar.

“¡El Niño está vivo!”, insiste alguien. “No hay que dejar que lo mate Don Enrique”, agrega alguien más. “¡Si algo le pasa al Niño, Don Enrique va a tener la culpa!”. “¡Hay que velar su sueño!”, propone una mujer y, de la nada, aparecen veladoras por doquier. Atardece y nadie se mueve de su lugar, anochece y Espinazo se ve alumbrado. Las veladoras se encuentran quietas. La gente se sienta, se recuesta, canta loores a Fidencio. Las voces enronquecen.

La esperanza es firme. El Niño Fidencio ha de regresar de su sueño, de su meditación. Ya otras veces ha estado así. Duerme que parece muerto y de pronto vuelve en él, descansado. Hay que resistir, porque al cumplirse los tres días, si acaso estuviera muerto, va a resucitar. Él mismo lo ha dicho mientras colocaba los moños negros que regresaría y nadie sabía ni en quien. Los espiritistas están convencidos de eso. “¿Cómo no va a hacer un milagro en él si lo ha hecho en otros?”, claman los adeptos.

Que nadie desmaye, que nadie flaquea, si ha salvado a miles de desahuciados, ahora les toca a ellos salvarlo de los

médicos y de la mala entraña de Don Enrique. Y rezan y cantan y hasta los coyotes responden a lo lejos.

\*\*\*

No se retiran. Deciden velarlo, aunque esté adentro de la casa y no lo vean. La fe sigue firme. No importa que se haya roto el paralelismo entre la vida de Jesucristo y la de Fidencio por no morir a los treinta y tres años. A sus seguidores no les queda el menor rastro de duda: va a resucitar al tercer día, y ya van casi a la mitad del plazo. Lo importante ahora es que nadie salga de la casa y, por encima de todo, que nadie entre. Y mucho menos si se trata de los médicos o de la policía.

Muchos de quienes hacen guardia velándolo entonan canciones que saben le gustan a Fidencio. Son voces somnolientas, cascadas de tanto cantar, voces que se atorán en el sueño. Muchas otras las cubren mientras se reponen. Hasta los mudos, sin proferir palabras, emprenden las tonadas y resplandecen en la esperanza de que el milagro de la voz ya opera en ellos. Cuando los cantos parecen apagarse, de repente emerge una voz removiendo los rescoldos del canto y lo atiza: “¡El Niño Fidencio sigue vivo!”. Y el canto revive con bríos renovados.

Don Enrique entreabre la puerta y dice a gritos algo que el canto atronador no deja escuchar. Ni siquiera quienes lo tienen frente a ellos pueden oírlo. Se desgañita sin éxito.

“¡El niño Fidencio no está muerto!”, dice una voz más potente que la suya y se convierte en eco en otras voces, y termina haciéndose unánime, coreada por la multitud.

Temeroso, Don Enrique desiste de su propósito, entra y atranca la puerta.

Después de un rato de corear esa especie de consigna, los cánticos retoman fuerza. Un día y medio nada más.

Hay que esperar con fe. Con entonar un millar o dos de cánticos se completarán los tres días. Así fueran cien mil, así fuera con las gargantas desgarradas, los entonarían. Todo sea porque el Niño Fidencio vuelva de su meditación, de su sueño o de la misma muerte.

Pasan horas y, en uno de los lapsos entre cántico y cántico, alguien grita: “Vienen otra vez!”. “¿Quiénes?”. “¡Los doctores de la autopsia!”. “¡Que no pasen!”. “¡Vienen con otro!”. “¡Es la policía!”. “¡No!”. “¿Entonces?”. “¡Es el que lo va a embalsamar!”. “¡Es lo mismo!”. “¡Todos lo quieren matar!”. “¡Que no pasen!”. “¡Que se larguen!”. “¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!”. El manicomio cunde.

Los médicos y el embalsamador retroceden espantados. Un trabajo, por mejor pagado que sea, no vale la pena si en él les va la vida. ¿Todo para que luego digan que ellos le hicieron la autopsia y lo embalsamaron? No, mejor que lo hagan otros. Mejor que otros pasen a la historia. Más vale cuidar el pellejo que el trabajo. Lo malo es que el tren no vuelve hasta mañana. La única esperanza que les queda es que llegue en su ayuda la policía, pero ha de tardar. No les queda otro remedio que hacerse a un lado y mantenerse a buen resguardo.

\*\*\*

Los seguidores se sienten agotados cuando la noche llega a Espinazo. Desaparecen los cánticos, pero no abandonan la guardia alrededor de la casa en que yace. Ya faltan menos horas. Hay que reponerse para cuando despierte o resucite. Comen lo que pueden sin abandonar sus lugares. La noche es templada pero el sueño hace que se sienta fría. Con tal de no dormir, empiezan a recordar la vida y los milagros de Fidencio.

Voces roncadas recuerdan la visita del tren olivo, las increíbles adivinaciones que el Niño ha hecho, la voz celestial bajo el pirul revelándole su destino, la mujer parálitica que se alivió cuando el niño le dejó caer un bulto, los frutazos que la gente recibe para curarse, los filos de vidrio encajándose en la piel para expulsar tumores o pus, la felina inofensiva que regresa el andar y el habla, el agua hirviendo que no quema pero cura arrojada a la multitud, los ojos ciegos vueltos a la vida como si se les hubieran quitado las lagañas.

Se habla de Don Enrique, de los abusos que ha cometido con el curandero, de sus sospechas de asesinato sobre la esposa, de sus cuentos de que anduvo con Pancho Villa en la revolución y dárseles de coronel, de las ganancias que ha obtenido mangoneando al Niño Fidencio, de que una vez intentó dispararle y se le paralizaron la mano y el brazo, de que desde niño lo trató como a un criado, de que se conocieron lejos de aquí, de que está terco en cambiar el consultorio a donde haya más gente y ganancias.

Salen a relucir las desavenencias con los sacerdotes porque les quita clientes, porque ya casi nadie cree en la iglesia católica, de cómo ha pasado cientos de años despojando a la gente, de cómo para cualquier servicio que se requiera de parte de Dios es cobrado: bautismos, confirmaciones, primeras comuniones, matrimonios, extremaunciones. Y no contentos con eso, los sacerdotes exigen su diezmo, como si la gente pobre tuviera dinero de sobra, cuando apenas le alcanza para mal comer. Y todavía vienen y le exigen a Fidencio que no se meta a hacer lo que a ellos les corresponde, sintiéndose mejor que él, como si a ellos también les hubiera hablado la voz desde el pirul.

Y los peores de todos, los doctores, que se la han pasado acusando a Fidencio de no tener conocimiento de medicina

como ellos, que dicen que no se vale curar sin tener un certificado médico. Pregúntenles a los enfermitos que ha curado Fidencio, a ver si no vale la sanación que les hizo. Como si ellos curaran tanto, como si a ellos no se les muriera nadie que pase por sus manos, como si no encajaran los colmillos con sus consultas y sus medicinas para gente rica.

La noche transcurre, la madrugada se desliza en un suspiro. El día encuentra a la gente plantada todavía alrededor de la casa. En medio de la modorra se escucha un clamor que se va acercando y no se entiende sino cuando un grupo de policías se abre paso a culatazos. “¡A un lado!”. “¡Dejen paso o disparamos!”. La gente se abre y no tiene más que retroceder al escuchar los balazos.

Los policías, escoltando a los médicos y al embalsamador, entran a la casa cuya puerta ha abierto oportunamente Don Enrique. Hay estupor y lamentos, se acaba la esperanza. Todavía no se cumplen los tres días. Ya nada queda por hacer.

\*\*\*

El acta de defunción del Niño Fidencio dice: “En Espinazo, N.L. a los 19 días del mes de Octubre de 1938, se presentó en este Juzgado Civil de mi cargo el Sr. Joaquín Constantino, manifestando que hoy a las dos de la tarde falleció su hermano Fidencio S. Constantino a la edad de 44 años, originario de La Cueva de Siranda, Yrámuco, Guanajuato y vecino de este lugar de raza indígena mezclada con blanca, ocupación jornalero, dormía en cama, comía pan de trigo, llevaba pantalón, siendo la causa de la defunción ‘Fiebre’, dando testimonio de la presente acta el mismo. Doy fe. El Juez Civil”. Aunque el acta diga 44 años, se supone que muere a los 40.

En dicha acta no se consigna más que la palabra Fiebre, pero algunas personas complementan con otros datos. Por supuesto, cada quien asevera lo que le conviene. Sus adeptos dicen que se trata de una fiebre producida por anemia, porque Fidencio se concentraba tanto atendiendo pacientes que llegaba a trabajar hasta tres días seguidos sin darse tiempo para comer o dormir. Sus detractores, en cambio, aseguran que se trata de una fiebre hepática que ha sido provocada por el alcoholismo flagrante, pues el curandero desayunaba siempre con un vaso de vino al lado.

No falta quien opine que el gremio médico con licencia y los fabricantes de medicamentos con patente, sus enemigos jurados, lo mandaron asesinar; que los que se encargaron de ultimarlos fueron los médicos que le practicaron la autopsia para no dejarlo resucitar; y el tipo que lo embalsamó, contratado por Don Enrique, lo hizo para que la gente venerara al Niño Fidencio aún después de muerto y para seguir obteniendo ganancias de él.

Hay quien da testimonio de que El Niño se encontraba en una meditación que debía durar tres días y que, cuando los médicos le hicieron un corte en la garganta para iniciar la autopsia, saltó un chorro de sangre, lo cual es prueba de que no había muerto. Agrega que Dios, en su infinita sabiduría, hará justicia y los médicos terminarán muertos. Nadie sabrá de qué, porque habrá evidencias de violencia o envenenamiento. No falta quien diga que el chorro de sangre dejó ciegos a los médicos, pero el mal a Fidencio ya estaba hecho.

Se dice que, al practicarle la autopsia, los médicos cayeron de rodillas, cuando, al extraerle el corazón a Fidencio, notaron que en él se encontraba estampada la imagen de la Virgen de Guadalupe. Quedaron mudos de asombro y a duras penas terminaron su trabajo. Y por ese milagro,

ambos médicos morirían víctimas de arrepentimiento.

No es de extrañar que declaraciones como éstas y otras mucho más asombrosas se tejan alrededor de la muerte de Fidencio. Lo más insólito es que existan testimonios de gente que ni siquiera lo conoció, gente que asegura haber estado en Espinazo mucho antes de nacer, pero nunca salió de su remoto lugar de origen. En fin, gente sumida en la ignorancia y dotada de gran imaginación, guiada por encarnadores del Niño, escritores que le inventan evangelios, mercenarios de una iglesia que Fidencio jamás fundó.

*Monterrey, México a 24 de marzo de 2025*



# ÍNDICE

|                |     |
|----------------|-----|
| Prólogo...     | 11  |
| Capítulo 1...  | 15  |
| Capítulo 2...  | 25  |
| Capítulo 3...  | 39  |
| Capítulo 4...  | 51  |
| Capítulo 5...  | 63  |
| Capítulo 6...  | 75  |
| Capítulo 7...  | 87  |
| Capítulo 8...  | 99  |
| Capítulo 9...  | 113 |
| Capítulo 10... | 125 |
| Capítulo 11... | 137 |



***Fidencio, El Niño***, de **J. R. M. Ávila**. Se terminó de formar en el mes de julio de 2026 en el Centro de Información de Historia Regional-Hacienda San Pedro. En su composición se utilizaron tipos New Baskerville de 8, 9, 10, 11, 12, 14, 18, 24, 30, Trajan Pro 12, 14, 16 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor. Formato electrónico y portada de Héctor Manuel Pérez Martínez.





LIBROS UANL

**A**lrededor de la vida y la muerte de José de Jesús Fidencio Constantino Stintora, se ha tejido un sinfín de asombros: operaciones a punta de vidrio, sanaciones desde el pavor, reencarnaciones aparentes, impostura de milagros o proclamación de evangelios apócrifos.

En las páginas de Fidencio, *El Niño*, no se trata de comprobar la veracidad o la falsedad de este fenómeno, sino de intentar una explicación de por qué fue posible. Para ello se explora la visita a Espinazo del presidente Calles en su Tren Olivo, la construcción involuntaria del mito (reportajes, entrevistas y películas), las pugnas entre la medicina científica y la tradicional, y los reparos de la iglesia católica al sentir que se invadía su reino terrenal.

ISBN 978-607-27-2930-8



9 786072 729308

